

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
INSTITUTO DE FILOLOGÍA

BIBLIOTECA DE DIALECTOLOGÍA HISPANOAMERICANA

VI

EL ESPAÑOL EN CHILE

TRABAJOS DE

RODOLFO LENZ, ANDRÉS BELLO Y RODOLFO OROZ

TRADUCCIÓN, NOTAS Y APÉNDICES DE

AMADO ALONSO Y RAIMUNDO LIDA



BUENOS AIRES

1940

OBSERVACIONES PRELIMINARES

ESTUDIOS CHILENOS (FONÉTICA DEL CASTELLANO DE CHILE)

POR

RODOLFO LENZ

I

OBSERVACIONES PRELIMINARES

Vamos a caracterizar brevemente la pronunciación chilena. El español ha evolucionado probablemente en Chile más que en ninguna otra región de la tierra ¹ y es de un extraordinario interés fonético debido a sus originales peculiaridades de pronunciación. No encontramos casi ningún cambio fonético enteramente cumplido, pero sí numerosos sonidos que están precisamente en el instante mismo de cambiar. El aislamiento en que los españoles llegados a Chile vivieron durante casi trescientos años bajo el señorío de la metrópoli, unido a la lenta mezcla con sangre indígena y a la falta, casi completa entonces, de toda educación escolar ², hubo de tener necesariamente por consecuencia una rápida evolución de la lengua, no sólo en el bajo

¹ Dejo enteramente de lado los dialectos criollos y análogos, porque desgraciadamente no los conozco bastante. Los pertinentes trabajos de Schuchardt, Coelho y otros sobre este tema no me son accesibles. Por lo demás, tales dialectos apenas pueden ser considerados como mero desarrollo del español.

[Posteriormente el doctor Lenz ha contribuído al estudio de los dialectos criollos con una obra capital: *El papiamento. La lengua criolla de Curazao. La gramática más sencilla*. Santiago de Chile, 1928, 8º, 341 págs. La enfática afirmación del autor sobre el grado de evolución excepcionalmente avanzado del español chileno tiene que tomarse como una consecuencia de la falta de noticias sobre las hablas vulgares, de que Lenz se lamentaba en 1891.]

² [Ahora sabemos que la educación escolar en las colonias no era sensiblemente inferior a la peninsular.]

pueblo, sino también entre las escasas personas cultas. Todavía hacia 1840, según es voz pública en Chile, el santiaguino culto se diferenciaba poco, en su pronunciación, del hombre de clase inferior (el *roto* o *guasó*¹, como se dice aquí). Desde entonces, la afición a ocuparse de la lengua materna «castellana», — despertada por hombres como Andrés Bello —, y la instrucción escolar, por cuyo perfeccionamiento se trabaja desde la época de Bello con empeño extraordinario, han modificado las condiciones lingüísticas de Chile en beneficio del es-

¹ Pronunciado *řóto*, con *ř* semejante a la *r* en inglés *dry*; la *o* aproximadamente intermedia entre la *o* cerrada y la *o* abierta. *wáso*, *gwáso*, con *w* parecida a la *w* inglesa de *we*, pero con más clara fricación entre el dorso de la lengua y el borde anterior del velo del paladar (dorso-prevelar).

[Lenz transcribió *wáso*, con un arco sobre la *w* para marcar la fricación inicial de la semiconsonante. Esa transcripción respondía a convicciones teóricas: se trataba de un solo fonema que en su momento inicial acusaba un rozamiento particular. Nosotros salvamos aquí la opinión del eminente fonetista, pero adoptamos la representación *gw* por razones de uniformidad para toda la serie de la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*, pues esa pronunciación se ha registrado en el habla vulgar de casi todas partes. Además, la interpretación de *gw* (en *güeso*, *agüelo*, *güele*, *güeno*, etc.) como un solo fonema es muy objetable. Sabemos que en la realidad física el hablar no presenta una serie ni una cadena de fonemas, sino un fluir fónico; y que en ese fluir vamos reconociendo cada momento como un fonema determinado, según reencontramos en él un tipo de fonema, una entidad fonética que existe sólo como elemento de nuestro sistema virtual lingüístico. Queremos decir que, desde el punto mismo del sentimiento de la lengua que tiene el hablante, existe en un fluir fónico determinado fonema (la *g* en *guasó*, por ejemplo) cuando el hablante identifica ese instante articulatorio con uno de los tipos del sistema. Pues bien: ante la pronunciación *guasó*, *huaso*, *huele*, *güele* cualquiera responderá con seguridad si empieza o no con *g*. Y aun desde el punto de vista de una descripción empírica fisiológico-física resulta esa fricación inicial representable aparte, porque su naturaleza es plenamente consonántica, caracterizada por el punto y el modo del rozamiento, mientras que la *w* es una semiconsonante. (Sobre el especial carácter de las semiconsonantes y semivocales véase Navarro Tomás, *Manual de pronunciación española*, § 120 y *RFE*, X, págs. 40-42).]

pañol. No obstante, todavía hoy pueden descubrirse claramente en la pronunciación culta todos los caracteres de la evolución popular. Algunos, como los cambios de *s*, *d*, *b*, *v*, son casi generales; otros (como el trueque de *r* y *l*) se consideran vulgares; el intento de combatir el yeísmo tiene escaso éxito, aun en el estilo elevado, y apenas hay uno que otro pedante que procure diferenciar la *s* de la *z*, *c* como en Castilla. El vocalismo continúa siendo, en lo esencial, el español. Es curioso el extremo relajamiento de la actividad labial (parecido al del inglés); en cambio, hay marcada predilección por levantar el dorso de la lengua hacia el prepaladar. En los hiatos primarios o secundarios como *ái*, *áé*, *áu*, *áo* se tiende a acentuar la vocal más abierta con diptongación más o menos enérgica; por ejemplo: *méi* < *maíz*, *láuna* < *laguna*; inversamente, *éa* > *ía*, por ejemplo: *triáto* < *teatro*, etc. ¹.

Las vocales nasales son bastante raras; hasta ahora sólo poseo pocos ejemplos seguros de Santiago y sus alrededores: *nõ*, *komé*, *dormí* (*no*, *comer*, *dormir*), nasalización provocada siempre, como se ve, por nasal precedente; pero hay también vocales delante de *n* final (y a veces ante *n* o *m* intervocálicas) que resultan algo nasalizadas por oclusión imperfecta de la consonante siguiente.

Entre las consonantes, *p*, *t*, *k* permanecen en lo esencial invariables como oclusivas sordas puras (no aspiradas). En cambio, todas las oclusivas sonoras *b*, *d*, *g*, y ocasionalmente también *n*, *m*, tienden a una oclusión deficiente, que puede llegar hasta la total desaparición. Todas las dorso-postpalatales ² pasan

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

¹ [Esta tendencia ha sido general a casi toda América y España (menos Andalucía y Extremadura y las regiones de primera colonización, como las Antillas, o donde perdura un sistema fonético indígena, como en el español del Paraguay). La reacción cultista va triunfando en todas partes. Véase la geografía, cronología y estado social de este fenómeno en A. Alonso, *Problemas de Dialectología Hispanoamericana*, pág. 9 y siguientes.]

² Sobre la clasificación de las consonantes, cf. mi estudio *Zur Physiologie und Geschichte der Palatalen* [Para la fisiología e historia de

a articularse, delante de *e* y de *i*, en el linde prepalatal, por lo que a veces hasta la *k* parece transformarse en la correspondiente fricativa χ . El más notable de todos los cambios chilenos es la caída de *s* antecónsonántica y en posición final ante pausa (*s* equivale indistintamente a *s*, *c*, *z* españolas). Los verdaderos guasos, es decir, la última capa social de la población chilena, cambian también la *s* intervocálica en *h*, y, según datos de chilenos cuya exactitud no he podido aún comprobar, carecen en absoluto de *s*. Pero para la importancia del cambio es lo mismo que la desaparición de la *s* en esa capa de la población ocurra en forma completa o que queden aún restos de *s*; a medida que se asciende por la escala social, se va haciendo más plena la pronunciación de la *s*, pero nunca llega a ser perfecta, como lo es en el Perú ¹. *No creo inverosímil que esta desaparición se deba a causas étnicas*: a juzgar por datos merecedores de confianza ², la lengua de los araucanos no cuenta con *s* alguna, y justamente esta raza indígena — que subsiste con bastante independencia en Araucanía — es la que constituye la base de la población baja chilena. Claro que falta aún averiguar si esta ausencia de *s* es antigua en araucano, vale decir, si se remonta a época anterior a la invasión española ³; mas aun cuando se hubiera desarrollado después de esa época, no por eso sería de menor interés étnico-lingüístico la simultaneidad del cam-

las palatales], en la *Zeitschr. für vergl. Sprachf.*, de Kuhn, xxix, pág. 2 sigs.

¹ [El doctor Lenz nos encareció hiciésemos constar que siempre que habla del Perú se refiere exclusivamente a algunos estudiantes de las provincias de Tacna y Arica, entonces del Perú, que asistían a sus cursos de Santiago. Hoy, resuelto el largo pleito, Tacna queda en el Perú y Arica es provincia chilena. El doctor Lenz nunca estuvo en el Perú.]

² Cf. FEBRÉS, *Gramática de la lengua chilena*, 1765. Reimpresión de Santiago, 1846. [Repite a Lenz ECHEVERRÍA y REYES, *Voces usadas en Chile*, pág. 28.]

³ [Según el P. Valdivia, 1606, «en esta lengua raras veces se hallan estas sílabas: ... ni *sa*, *se*, *si*, etc.». En el *Vocabulario* no trae palabra alguna con *s*.]

bio en los araucanos españolizados y en los araucanos libres ¹. Espero poder hallar más tarde la solución de este problema; por ahora, sólo conozco la lengua araucana por la gramática citada; el estudio profundizado de esta y de todas las otras lenguas indígenas de América española arrojará luz, seguramente, sobre muchos hechos interesantes y acaso proporcione nuevos ejemplos de igualdad de articulación. Lo que hasta ahora se conoce de la influencia étnica de los pueblos indígenas de las regiones romanizadas de Europa ($f > h$ en español y gascón, $u > ü$ en los países célticos, $k > x$ — fricativa dorso-postpalatal o velar — en la zona etrusca, para no referirnos a otros fenómenos esporádicamente señalados) está todavía muy en el aire, porque la primitiva base de articulación de los pueblos romanizados es imposible de establecer, o al menos no se ha establecido aún. En América, por el contrario, la españolización data de pocos siglos y las lenguas indígenas no se han extinguido aún en la mayor parte de los países donde se hablaban. Tengo la seguridad de que el estudio del español de América va a dar de sí enseñanzas sumamente provechosas, por las numerosas analogías que existen entre la expansión románica en Europa y la expansión española en el Nuevo Mundo ².

¹ El hecho de que el mismo cambio fonético se repita en muchas regiones, en románico y en otras lenguas, no constituye de por sí ningún obstáculo para esta tesis; nunca hay cambios fonéticos aislados. El problema de la influencia étnica no puede resolverse *a priori*.

² [Desde la aparición del presente trabajo del doctor Lenz, esta analogía ha interesado vivamente a los romanistas. El ilustre profesor Max Leopold Wagner se decidió a estudiarla directamente en un artículo famoso: *Amerikanisch-spanisch und Vulgärlatein*, aparecido en la *ZRPh*, 1920, tomo XL; traducido al español por el INSTITUTO DE FILOLOGÍA de Buenos Aires en 1923 (cuaderno I), e incluido por Leo Spitzer en el segundo tomo de su selección *Meisterwerke der romanischen Sprachwissenschaft* (Munich, 1930). El tema merece ser retomado, no sólo por los beneficios de toda revisión, sino para dar cabida a nuevos aspectos. Una prueba, referente por cierto al problema del indigenismo, la ha dado A. Alonso en el prólogo al libro de M. A. Morínigo, *Hispanismos en el Guaraní*, publicado por este INSTITUTO, 1931.]

Entre los otros cambios fonéticos del español de Chile, es importante la vacilación entre *r* y *l*, que se repite en tantos otros lugares de la Rumania; la tendencia chilena es a formar, delante de consonante, sólo una *r* reducida, y en posición final, una *l* reducida¹. La bilabial fricativa **ɸ** (que se escribe en español *b* o *v*) tiende a desaparecer por completo, ocasionalmente con fuerte labialización de las consonantes vecinas. La *u* consonántica delante de vocal (en la escritura *u-*, *hu-*, *gu-*, *bu-*) se pronuncia **ɣw** con enérgica fricación dorso-prevelar o postpalatal; el correspondiente fonema sordo (que podría representarse por φ y un trazo curvo encima o bien por φ^h) sustituye a *fu* y *ju* + vocal. La *ll* española es absolutamente igual a *y*²; la *ñ*, en cambio, permanece invariable. Toda la pronunciación está influida por una fonética sintáctica extraordinariamente viva.

Todas estas observaciones se refieren en especial al habla vulgar. En el lenguaje conversacional de las personas cultas la evolución está en gran parte frenada por obra de la lengua escrita. Podrían distinguirse, para Santiago y sus alrededores, las siguientes capas de población:

1° Los guasos, el estrato último de la población rural, cuya pronunciación y vocabulario son los que más rasgos indígenas ofrecen: al habla de los guasos pertenecen formas como **káha** (casa), **méha** (mesa). (Yo he tenido pocas oportunidades de observar directamente este grupo social.)

2° En la ciudad, la clase ínfima la forman los *rotos*, el proletariado. Ni los *rotos* ni los *guasos* saben, naturalmente, leer ni escribir, y no hay, por tanto, estorbos en la evolución fonética.

3° Individuos aislados de estos dos primeros grupos, que encuentran ocupación en la ciudad como criados y en otras fun-

¹ [Véase el apéndice *Observaciones sobre RR, R y L.*]

² Este cambio parece corresponder sólo a Chile central. En el sur, la *ll* = **ʃ** se conserva: la **ʃ** es precisamente muy abundante en araucano, como lo demuestran ya los numerosos nombres toponímicos con *ll*.

ciones parecidas y tienen a menudo ocasión de oír hablar castellano; en estas mismas condiciones se hallan los oficiales de mano rurales; no es raro que sepan leer y escribir, pero tampoco es lo habitual.

4° La clase llamada aquí *de medio pelo*: los empleados modestos, dependientes de comercio y oficios análogos; poseen siempre alguna instrucción escolar, pero no pueden sustraerse del todo, por más buena voluntad que tengan, al dialecto vulgar.

5° La clase social que sigue en orden ascendente corresponde a las personas que han estudiado «gramática castellana»; en la conversación despreocupada, el lenguaje de estas gentes no se diferencia apenas del habla «mejor» de los *de medio pelo*; pero si se les interroga, por ejemplo, sobre la pronunciación de una palabra, contestarán seguramente en puro español. En el punto más alto de esta clase se encuentran aquellas personas que quieren hablar en castellano perfecto y miran desdeñosamente las palabras chilenas, en la medida — claro está — en que pueden distinguirlas de las españolas. Esta gente no llama a la moneda de veinte centavos *una chaucha*, como en los grupos 1 y 2, ni *un veinte* (pronunciado *úmbéinte*), como en los grupos 3, 4 y 5, sino *una peseta*; en lugar de *mampara* y *casilla* (de correo) dicen *cancel* y *apartado*, porque así aparecen en el diccionario de la Academia de Madrid¹. Estas personas «cultas» llevan a menudo su purismo al extremo de pronunciar toda *v* como labiodental, lo que es enteramente anticastellano.

Hechas estas observaciones preliminares, que sólo pueden proporcionar una imagen superficial de la infinita riqueza de variaciones e igualaciones de la lengua viva, vamos ahora a ocuparnos detalladamente de algunos casos.

¹ [*Cancel* puede ser tradicional en Chile, concurrente con *mampara*, quizá medio desalojado por *mampara*. ¿*Peseta* está en el mismo caso? *Peseta* todavía se usa, por ejemplo, en las Antillas y en el Ecuador.]

I. *r* y *l*

Sabido es que en español se distinguen dos sonidos de *r*, uno de los cuales, la *r* «simple» o «débil», sería, según las indicaciones de los gramáticos, alveolar, sonora y débilmente vibrante, y, según otros, consistiría en un simple golpe del ápice lingual. El otro sonido de *r* — «fuerte» —, que se escribe *rr* en medio de palabra y *r* en posición inicial y después de *s*, *l*, *n*, es alveolar fuertemente vibrante (cf. BAIST en el *Grundriss* de Gröber, I, pág. 694) o sorda con contaminación de un sonido ξ (cf. PAUL FÖRSTER, *Spanische Sprachlehre*, § 3). Según explica Förster, la *r* es sonora en posición final, entre vocales y en contacto con cualquier consonante sonora: lo es, pues, en *alrota*, *honra*, *Enrique*; sorda, siempre que es *rr*: *perro*, *tierra*, en posición inicial (inclusive en palabras compuestas como *malrotar*, *sonrisar*, cuyos elementos se sienten aún como separados), y cuando precede o sigue una consonante sorda, sea oclusiva o fricativa. Considero sencillamente falsa esta última aseveración, como sin duda son meras suposiciones teóricas, y en gran parte falsos, todos los datos de Paul Förster sobre la sonoridad de *r*, *l*, *c*, *z*, *s*; lo cual es tanto más lamentable cuanto que sus observaciones, muy minuciosas, tienen la apariencia de investigaciones científicas. Por lo que se refiere a la *r*, es indudable que nunca un español cambiará la *r* suave por *r* fuerte; y la Academia explica que después de *l*, *n*, *s* se ha de escribir *r* sencilla, «por no haber en castellano voz ninguna en que no sea fuerte como letra inicial, o siguiendo a cualquiera de estas tres consonantes» (*Gramática de la lengua castellana* por la Real Academia Española, Madrid, 1883, pág. 361); como ejemplos típicos se dan *honra*, *israelita* y *malrotar* (!), que no es, por lo tanto, palabra «cuyos elementos se sienten aún como separados», como piensa Förster, pues en estos casos la Academia escribe *rr* (*contrarréplica*, *prorrata*, etc.). La influencia de una consonante sorda sobre la *r* inmediata, en cuanto a la sonoridad, no

puede negarse, pero estoy persuadido de que es menor que en francés y mucho menor que en inglés; es posible, pues, que en esa posición la sonoridad de la *r* se reduzca ocasionalmente, pero no por eso la *r* española «se volverá *r* fuerte».

La verdadera pronunciación usual de la *r* fuerte en España, tal como se ha conservado hasta hoy, por ejemplo en el Perú, me parece ser la *r* supra-alveolar fuertemente vibrante; a veces la sonoridad de este fonema es imperfecta, pero creo que sólo en raros casos falta del todo. Un sonido \check{r} , de tipo \check{s} , articulado en el mismo punto con vibración menor o con ninguna vibración y con reducción ocasional de la sonoridad, existe también en España, según documenta experimentalmente A. Alonso, *El grupo TR*, en *Homenaje a Menéndez Pidal*, II, págs. 167-191. Todas estas pronunciaciones suelen oírse aquí, pero la única usual en Santiago y sus alrededores es la siguiente: para *r* suave, una vibración simple áptico-supraalveolar, parecida o igual a la del inglés *very*, ejemplo: *pero*, *para*; para la *rr* fuerte, una \check{r} supraalveolar articulada relajadamente, en la cual habitualmente los dientes se mantienen juntos. La sonoridad de este fonema es a veces reducida; si no me equivoco, corresponde al polaco *rz*; ejemplos: *perro*, *tierra*, *rosa*. Con fuerte pérdida de sonoridad se encuentra ese mismo sonido en la pronunciación vulgar (capas de población 1, 2, 3, más raramente 4, 5) después de explosiva sorda, especialmente después de *t*, en lugar de *r* suave; por ejemplo: *traigo*, con *tr* semejante a la del inglés *try*.

Para representar la *r* vibrante simple, emplearé el signo *r*; para la vibrante múltiple, \bar{r} ; para la *r* vibrante y asibilada (de tipo \check{s}), \check{r} ; si la vibración falta por completo, \check{z} ; con sonoridad reducida, \check{r} o \check{s} ¹.

¹ [Hemos alterado algo el primitivo sistema de representaciones fonéticas del autor para uniformarlo con el de la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*. En la edición alemana dice Lenz: «Als bezeichnung für *r* mit einem zungenschlag nehme ich \check{r} , völlig gerollt: *r*, gerollt und \check{s} -artig \check{r} , ganz ohne rollen \check{z} , mit reduzierten stimmton \check{r} bzw. \check{s} ».]

Antes de ahondar en los pormenores de la evolución de la *r* en Chile, debo hacer algunas previas consideraciones generales para exponer mi opinión sobre la naturaleza del fonema *r*. Las obras fonéticas que consulto son: SIEVERS, *Phonetik*; VIËTOR, *Elemente der Phonetik*; TRAUTMANN, *Sprachlaute*; TECHMER, *Zur Veranschaulichung der Lautbildung*, y SEELMANN, *Aussprache des Latein*.

SIEVERS (pág. 84 sigs.) parte, de acuerdo con su teoría de las «sonantes», de la *r* no vibrante en que la punta de la lengua forma detrás de los alvéolos un estrechamiento «caracterizador» en comparación con las vocales y se mantiene fija, sin vibración: vale decir que Sievers considera como *r* normativa la del inglés *sir*, *bird*, lo que difícilmente concuerda con la opinión general. Al tratar de la *r* vibrante, Sievers habla de «golpes de la lengua», en lo que parece entenderse, sin embargo, sólo un vibrar en el estrechamiento, no una oclusión completa entre los alvéolos y la punta de la lengua.

TRAUTMANN (§ 244 sigs.) incluye la *r* en el número de las oclusivas y atribuye al sonido normal *varias* oclusiones repetidas una tras otra; con *un solo* golpe de lengua no es posible formar sino sonidos impropios de *r*; la llamada «*r* aspirada» es para él una simple ápico-prepalatal *ř* o *š*. De la adhesión parcial que le merecen (§ 229, nota) las afirmaciones de Grützner, se infiere que también para Trautmann la diferencia entre la *r* de *una sola* vibración lingual y la *d* articulada en el mismo punto consiste en la mayor presión del aire que necesariamente requiere la *d* y en la rapidez y suavidad con que, en la *r*, la lengua abandona los alvéolos apenas tocados.

Según VIËTOR (§ 92), en la *r* usual se forma un estrechamiento entre la punta misma de la lengua levantada y los alvéolos; en la *r* vibrante, la punta de la lengua es puesta en movimiento (oscilación, aleteo) por la columna de aire espirado. «La punta de la lengua, al levantarse, parece determinar simultáneamente una elevación gutural de la base de la lengua».

TECHMER (§ 20) admite el fonema propiamente vibrante como alternancia de estrechamiento y oclusión, y, como variante, la alternancia de apertura y estrechamiento.

La opinión de SEELMANN coincide en general con la de Trautmann.

Si se comparan entre sí estas opiniones, resulta claro que ninguna de ellas es del todo perfecta. La dificultad reside, como en tantos otros casos, en que cada uno piensa ante todo en los fonemas que le son habituales y en que es difícil emanciparse de las grafías tradicionales. Si lo decisivo en la *r* fuera una completa oclusión bucal, aun cuando poco enérgica, no se ve bien en qué se distingue la *r* (con un solo golpe de lengua) de la *d* articulada en el mismo punto. Si, en cambio, hay sólo estrechamiento sin oclusión, ¿dónde estará el límite entre la *r* y la *z* de igual punto de articulación? ¹

Pasemos a examinar la *r* simple. No hay duda de que su sonido produce la impresión de una percusión, pero es distinta de la percusión de la *d* articulada en su mismo punto. El sonido de *r* pierde su carácter cuando se trata de prolongarlo, es decir, de mantener la punta de la lengua en oclusión, mientras que esta especie de alargamiento de la pausa oclusiva es perfectamente posible en la *d*. En la *r* no debe de haber, pues, oclusión *completa*. Yo he tratado de decidir esta cuestión experimentalmente. Los trazados estomatoscópicos no dieron, como era de preverse, ningún resultado, pues la oclusión o, mejor dicho, toda la articulación de la *r* es extraordinariamente débil (articulación *lene*, diría yo). En cambio, después de algunos ensayos, logré muy bien ver directamente la articulación con ayuda de dos espejos: coloqué uno, casi horizontalmente, en el labio

¹ [La diferencia de timbre entre una *r* fricativa sonora ápicoalveolar y una *s* fricativa sonora ápicoalveolar, *ɹ* y *ʒ*, consiste en la forma de la estrechez del ápice contra los alvéolos: redondeada para *ʒ*, alargada para *ɹ*. Por no tener esto en cuenta, el doctor Lenz ha representado en este trabajo con *ʒ̣* y *ʒ̇* variantes de *rr* que corresponden más bien a *ř* y *ř̇*.]

inferior, de tal modo que reflejara sobre los alvéolos la luz solar directa, y observé con el otro espejo la imagen del primero. Pude comprobar al punto que para formar una *d* (y *t*) alveolar la punta de la lengua tocaba en toda su amplitud los alvéolos, mientras en la pronunciación de *ara* la línea media de la lengua, en el sitio en que la prolongación del frenillo toca la punta, quedaba encogida. Los dos cordones musculares, a derecha e izquierda de la línea media, tocaban los alvéolos. Al intentar sostener una oclusión, tenía que pasar a la oclusión completa de *d*, o bien formaba una abertura que adoptaba la forma de un triángulo equilátero de unos 3 milímetros de lado, de tal modo que el punto medio del ápice de la lengua, evidentemente por acortamiento del frenillo, era tirado hacia atrás, y el sonido resultante era una *ž*. El que la articulación se produjese en la mitad de los alvéolos o más arriba, en el paladar anterior, era indiferente hasta para la más pequeña diversidad de timbre; pero más abajo, hacia los dientes, se ve claramente que la parte superior de la lengua forma la oclusión con su gruesa capa de mucosas, por lo que la abertura se ensancha algo hacia los lados, pero con menor distancia en el centro. En esta forma, y por el modo como la corriente de aire espirado viene a dar contra los dientes inferiores, se produce el cambio de timbre, que es ahora de *z* (*s* sonora). Para articular una apical *ž*, como supraalveolar o prepalatal, se necesita estrechar artificialmente la abertura triangular de la *ž*. Es evidente, pues, que debemos considerar la *r* simple como un fonema intermedio entre *ž* y *d*. Es un fonema de percusión *sin oclusión perfecta en el punto medio*¹. En la *d* articulada imperfectamente, toda la punta de la lengua se acerca a los alvéolos sin aplicarse firmemente sobre ellos; en la *r* los dos lados del ápice se aplican por completo y sólo queda

¹ [A esta conclusión llegó el doctor Lenz tras las experiencias sobre su personal articulación de la *r*. La *r* de los castellanos tiene oclusión completa, aunque momentánea. Cf. T. NAVARRO TOMÁS, *Manual*, 3ª ed., § 112, y SAMUEL GILI GAYA, *La «r» simple en la pronunciación española*, RFE, VIII, págs. 271-280.]

recogida la parte central. Pero este estrechamiento es tan angosto y toda la articulación tan relajada que no es posible fijar, prolongar en la oclusión una *r*, a menos de contener artificialmente la espiración. Con presión espiratoria normal, o hay que ensanchar la pequeña abertura hasta formar una *ž*, o cerrarla hasta *đ*. (Cf. sobre presión espiratoria y retención, *Zeitschr. f. vergl. Sprachf.*, de Kuhn, XXIX, pág. 51).

Ahora bien, al observar la formación de la *rr* apical vibrante, descubrí con gran sorpresa que la punta de la lengua se doblaba considerablemente hacia la derecha; el borde muscular derecho de la lengua se apoyaba firmemente un poco a la derecha del centro de los alvéolos; la línea media se recogía un poco, y el borde muscular izquierdo, tendido ampliamente en el centro de los alvéolos, era puesto en vibración por la corriente de aire espirado que le hacía herir los alvéolos. Ya en la *Zeitschr.* de Kuhn, XXIX, pág. 20, hice yo notar esta oblicuidad en la articulación de la *r*, pero no había advertido aún, en lo tocante a la *r*, la completa diversidad de articulación de los dos lados de la lengua. Es posible, claro está, que tal diferencia sea completamente individual; pero también puede ser que aparezca con regularidad, o al menos con frecuencia¹. El vértice de la lengua necesita, naturalmente, un punto de apoyo, para facilitar lo más posible la vibración del resto de la lengua. De cualquier modo, mi articulación es tan característica que vale la pena comprobar si se presenta a menudo en la forma descrita. Como el observarse a sí mismo, con ayuda de dos espejos, es más fácil que observar a otro, yo agradecería a mis lectores que estudiaran su propia pronunciación de la *rr* y publicaran una breve exposición de los resultados obtenidos.

Por de pronto me parece seguro que la *r* de vibración simple y la verdadera *rr* vibrante son dos fonemas de naturaleza enteramente distinta; el segundo no consiste en la repetición del primero y mucho menos en repetir la oclusión de la *đ*. Para

¹ [Es individual.]

vibrar (*r*), se necesita una peculiar relajación de la parte aleante de la lengua. Esta vibración se asemeja más al flamear de una bandera al viento que a la vibración elástica de la lengüeta de un instrumento musical. La *rr* vibrante requiere una considerable intensidad espiratoria y es probable que se produzca por una alternancia de oclusión y estrechamiento, aunque, como sucede en mi propia pronunciación, aparezca con la oclusión una abertura mínima (en la línea media del ápice) que acompaña al fonema en toda su duración.

¿Hay también una *r* de vibración múltiple con alternancia de abertura y estrechamiento? En rigor no. Y sin embargo, en inglés *drink, bring*, la *r* — que hemos representado por \dot{z} [\dot{r}] — se aproxima más, sin duda, a la *r* de vibración múltiple que una *š* sorda del mismo tipo a una *r* vibrante sorda. El punto de vibración determina en la \dot{z} un fuerte rehilamiento ¹. No sé si ya ha sido señalada por otros esta vibración, característica de las apicales *z, ž*, así como de la labiodental *v*; pero lo cierto es que presta a esos fonemas y, en menor medida, a todas las fricativas sonoras, un timbre característico que falta por completo a las sordas correspondientes, aun cuando sean de articulación débil (*lenis*), esto es, aunque tengan una debilidad articulatoria que por lo regular corresponde sólo a las sonoras. Con lo dicho deajo indicada la causa de la vibración: está en la simultánea

¹ [El término *rehilamiento* fué empleado por A. Alonso, tras conversaciones con Navarro Tomás, para referirse a un zumbido especial que se produce en el punto de articulación de algunas consonantes sonoras debido a la vibración adicional de las mucosas linguales (*Rev. Ling. rom.*, I, 335). Tiene rehilamiento la *th* dulce inglesa y no la *-d-* española, y en eso se diferencian estos dos fonemas sonoros, fricativos y ápico-interdentales. Tiene rehilamiento la *y* (*mayo, calle*) de la provincia de Buenos Aires y no la castellana ni la chilena; etc. Rehilar es temblar. Se decía de las armas arrojadas que *rehilaban*, para referirse a su zumbido. Ver T. NAVARRO TOMÁS, *Rehilamiento*, RFE, 1934, XXI, 274-279. El primer fonetista que observó el rehilamiento de la *rr* dialectal española fué Lenz. Véase, al final de este tomo, AMADO ALONSO, *Rodolfo Lenz y la dialectología hispanoamericana.*]

vibración de las cuerdas vocales, y es análoga al conocido fenómeno de resonancia por el cual una cuerda se pone a vibrar al sonar otra igual o correspondiente. La vibración de las cuerdas vocales es transmitida por el aire, con especial intensidad, a las mucosas oportunamente relajadas. La *ž* [ṛ̌] adquiere de ese modo un timbre áspero, como de zumbido, que recuerda la *r* vibrante múltiple: y de ahí que la reemplace tan a menudo. Muchas veces el zumbido es reforzado por la aproximación de los dientes superiores e inferiores, lo que puede prestar a la pronunciación de la *r* vibrante un timbre parecido al de la *ž*.

Nos queda aún por examinar la *r* «sonante» que se produce cuando, partiendo de la posición de *ž*, la lengua se aleja aún más del prepaladar. De esa manera la abertura se hace tan grande que la sonoridad es con mucho lo más importante del fonema y es lo que pasa al primer plano de la atención; por lo regular este sonido se acerca mucho a una *ö*, de la cuarta serie de Trautmann, porque la parte posterior del dorso lingual, al levantarse el ápice, es apretada contra el velo; debido a la débil fricación entre la punta de la lengua y el prepaladar, unido al rehilamiento de aquélla, el fonema adquiere ruido consonántico. Creo perfectamente clara y correcta la opinión de Trautmann, quien considera este fonema y otros análogos como *Nebenvokale* (paravocales). Se puede muy bien hacer pasar toda fricativa sonora a un sonido consonántico aspirado, con sólo aumentar la abertura. Estos sonidos son de gran importancia para la evolución lingüística; constituyen el último grado de una *b*, *d*, *g* en camino de extinguirse. Yo las representaré con el signo correspondiente de tamaño menor y puesto sobre la caja del renglón: *ḅ*, *ḍ*, *g̣*. Las hallaremos en el español de Santiago con no poca frecuencia.

Acerca de la *l*, no es necesario entrar en explicaciones minuciosas, pues su carácter no ofrece lugar a dudas. Por su articulación, es esencialmente una oclusiva¹; pero, lo mismo que la

¹ [Quiere decir que el ápice hace contacto con el paladar; pero la ar-

m, *n*, *ŋ*, tiene muchas propiedades comunes con las fricativas. Los ruidos de fricación de una *l* prolongada se parecen especialmente a los de la *r* sonora: son principalmente vibraciones de las mucosas. El estrechamiento, en uno de los lados de la lengua o en ambos, no es suficiente para producir — con la débil presión del aire espirado ejercida por la sonoridad — ruidos perceptibles; en la *l* sorda, en cambio, se oyen muy claramente. Mas por otra parte, tampoco es perceptible el ruido del contacto apical, a causa de la simultánea abertura lateral, lo que justifica bien su inclusión con la *r* sonante y con las nasales bajo el nombre de fonemas sonantes. La *l* española es supradental y, según mis propias investigaciones, siempre sonora (considero falsas las indicaciones de PAUL FÖRSTER, *op. cit.*, § 3). La reducción de sonoridad en contacto de fonemas sordos, aun cuando se admita en general su existencia, carece en todo caso de importancia ¹.

La *ll* española es la *l* puramente dorso-prepalatal (*Kuhns Zeitschr.*, XXIX, pág. 30 sigs.); en Santiago y sus alrededores, como en muchas otras regiones del español, se ha igualado completamente con la *y* (fricativa dorso-mediopalatal de articulación relajada).

Hechas estas consideraciones teóricas, pasaré a describir el fonema *r* en el español de Santiago.

La articulación no es oclusiva, sino fricativa, pues, como observa bien el autor, la abertura lateral es simultánea, de modo que en ningún momento se halla cerrada (oclusión) la salida del aire. Cfr. T. NAVARRO TOMÁS, *Manual*, 3.^a ed., § 111, y *Sobre la articulación de la «l» castellana*, en *Estudios fonéticos*, publicados por P. Barnils, Barcelona, 1917, I, pág. 265-275.]

¹ [Sobre *l* ensordecida en contacto con consonante sorda, véase FRITZ KRÜGER, *Studien zur Lautgeschichte westspanischer Mundarten*, Hamburgo, 1914, § 367 y sigs.; T. NAVARRO TOMÁS, *Sobre la articulación de la «l»*; AMADO ALONSO, *El grupo «tr» en España y América*, en el *Homenaje a Menéndez Pidal*, tomo II, pág. 186. Se refiere a la *l* chilena ensordecida JULIO SAAVEDRA, *Fonética chilena*, en el *Maître Phonétique*, París, 1904, pág. 145, nota, de modo menos cauto que Lenz: «Mi gusto habría sido escribir *ʀ*, *l̥* en vez de *r*, *l* líquidas después de consonante áfona.»]

Como queda dicho arriba, en español se han comprobado hasta ahora sólo dos tipos de *r*: *r* suave y *r* fuerte. La primera es sin duda la *r* que ya hemos descrito, de vibración simple; la otra, que se escribe *rr*, excepto en comienzo de palabra y después de *n*, *l*, *s*, es absolutamente distinta de la primera. Ya lo señaló ESCRICHE Y MIEG, el primer español que se puso a observar sin prejuicios la pronunciación española, en su acertado librito sobre ortografía española ¹, pág. 55: «no tiene nada que ver la *rr* con *r + r*», del mismo modo que la *ll* española (= *ʎ*) no equivale a *l + l*. [Y ahora lo ratifica Navarro Tomás, *Manual de pronunciación española*, § 116, con la mayor competencia de especialista.]

La pronunciación de la *r* fuerte consiste en Chile en una *r̄* o *r̃* vibrante. Esta *r̃* es un sonido intermedio entre *r̄* y *ʒ*, que se produce aplicando la punta de la lengua con menos fuerza que la necesaria para la *r̄* estrictamente vibrante. La parte vibradora del ápice golpea dos o más veces, sin producir oclusión completa en toda su anchura, de modo que al sonido resultante se mezcla desde el principio una especie de *ʒ*, en la cual acaba el fonema por transformarse completamente, por efecto de un rehilamiento intenso. Ya he hablado más arriba de la deficiente sonoridad de este sonido. Toda *r*, antes y después de consonante, parece pronunciarse en español *r*; es posible, y probable, que esta *r*, después — y quizás también delante — de un fonema sordo, pierda eventualmente algo de su sonoridad, pero esto no es, de modo alguno, necesario. A lo menos yo he oído a españoles y peruanos, y a menudo también a chilenos cultos, pronunciarla con sonoridad muy completa, como en *ar:te*, *tʳabaxár*², *kuér̄po* (*arte*, *trabajar*, *cuerpo*), donde entre el golpe de lengua de la *r* y las consonantes vecinas puede percibirse un perfecto sonido glótico (*svarabhakti*)². Entre vocal y

¹ *Reforma de la ortografía castellana*, por D. TOMÁS ESCRICHE Y MIEG. Bilbao, 1890, 2ª edición.

² [El doctor Lenz representa con un signo convencional este sonido glótico entre la *r* y la consonante con la que se agrupa. ARAUJO, *Estudios*

consonante sonora o en posición final, este elemento vocálico es en Santiago muy común, especialmente en la pronunciación «cultá», pues en la popular muchas de estas *r* sufren otras transformaciones; p. ej. *tór^odo*, *d^oráma*, *lár^ogo*; *bér^o* (*ver*), etc. Tenemos, pues, como pronunciación general de la *r* suave, también en Chile, una *r* de *un solo golpe de lengua* y de *sonoridad completa*.

La *r* fuerte se pronuncia no pocas veces *r̄* en Santiago (en el Perú, siempre), pero la pronunciación popular, aun entre las clases superiores, es *r̄*, muy parecida, si no igual, a la *r* del inglés *bring*, *drink*, a menudo con los maxilares fuertemente apretados: *řósa*, *pěřo*, *ónřa* (*rosa*, *perro*, *honra*) ¹. La lengua popular de Santiago es — como siempre ocurre — mucho más rica que la lengua escrita.

La *r* intervocálica en medio de palabra es *r*, como en la lengua literaria: *mire*, *mira*, única exclamación usual aquí para llamar la atención de alguien (los españoles, y también los peruanos, dicen en cambio *oiga*). Para más ejemplos, basta señalar

de fonética castellana, Toledo, 1894, pág. 51, llama la atención también sobre este carácter de la *r*, sin referirse a Lenz, y lo representa con una ^o. Araujo pasa por ser el primero en observar este rasgo de nuestra pronunciación, pero el doctor Lenz se le adelantó en un par de años. Araujo, antes de publicar en español sus *Estudios* (Toledo, 1894), los publicó en francés: *Recherches sur la phonétique espagnole*, en la revista alemana *Phonetische Studien*, dirigida por W. Viëtor, tomos III, 1890, V, 1892, y VI, 1893. Lenz publicó sus *Chilenische Studien* en la misma revista, tomos V y VI. Pues bien, Araujo no observa en 1890 — al hablar de *r* — el momento de sonoridad entre la *r* y la consonante con que se agrupa, y sí lo observa en 1894, después de haber leído, sin duda, a Lenz. Esta sonoridad entre la *r* y la otra consonante ha sido estudiada y medida experimentalmente por Navarro Tomás, *Diferencias de duración entre las consonantes españolas*, *RFE*, 1913, V, págs. 385-7, y *Manual*, 3.ª ed., § 113, y por SAMUEL GILI GAYA, *La «r» simple en la pronunciación española*, *RFE*, 1921, VIII, pág. 274 y sigs.]

¹ Sucede a menudo — yo mismo lo he comprobado — que hasta chilenos instruídos son incapaces de pronunciar una *r* vibrante múltiple, así como muchos alemanes nortefios usan sólo la *r* uvular.

los derivados, muy del gusto de estas gentes, en *-ero*, *-era*, *-ura*: *panaéro*, *lecéro*, *tetéra*, *asukaréra*, *tomaúra* (también *tomáura* 'borrachera'), etc. No es raro que la vibración lingual única se articule muy débilmente; pero de todos modos no es usual la completa desaparición de la *r* intervocálica. Los dos únicos ejemplos que he encontrado requieren explicación especial; son *para* > *pa* = *paa*, que CUERVO, *Apuntaciones*, § 685 [6.^a ed., § 771], cita también como bogotano observando que es «común casi dondequiera que se habla nuestra lengua», y un ocasional *a^uasi* < *ahora sí* como exclamación, que precisamente por tener este uso no entra en la fonética habitual: en los demás casos, *ahora* permanece como *aóra* o *áura* (con el acento igualmente en la *a* y en la *u* abierta). También se conserva la pronunciación antigua *agóra* en el pueblo chileno.

La *l* intervocálica se conserva invariable: *ala*, *pelo*, etc.; lo mismo en posición inicial: *lana*, *leña*, *lión* (< *león*), etc. La *r* y la *l* finales las estudiaré con *l*, *r* ante consonante.

Consonante + r, en posición inicial de palabra: *pr*, *br*, *kr*, *gr* mantienen invariable la *r* como *r*: *présio*, *brábo*, (*b* es bilabial, con articulación muy relajada siempre); *kréo*, *gránde* (*g* es una fricativa postpalatal); delante de *o* y de *u*, la articulación de la *b* es tan imperfecta que, por lo general, resulta sólo una *r* con redondeamiento labial y sonoridad previa: *^b(r)úxo* (el paréntesis que encierra a la *r* representa un redondeamiento simultáneo de los labios; *x* es fricativa postpalatal sorda) < *brujo*, *^b(r)óma* < *broma*. La sonoridad glótica previa no puede faltar, pues al santiaguino le es imposible pronunciar *r* inicial. *Fr* permanece asimismo invariable: *frío* o *φrío* (*φ* es fricativa bilabial sorda), *φrúta*. Suele presentarse sonoridad imperfecta después de *p*, *k*, *f*, pero no es lo regular. De todas maneras, esto no cambia el carácter de la *r*, que no se transforma en *r* fuerte, como pensaba Förster.

Los fonemas *t* y *d*, afines, por su formación, a *r*, se comportan de distinto modo que *p*, *b*, *k*, *g*, *f*, cuya articulación es por entero independiente de la *r* que les sigue. El grupo *dr*

inicial en palabras vulgares es tan raro en español como lo era en latín; la única palabra que he podido hallar es *droguería*, que pronuncian ^oroyería (^o = sonoridad; *y* es fricativa prepalatal, *ye* casi como *ye*): la articulación de la dental *đ* cerca del punto de articulación de la supraalveolar *r*, imposible para los chilenos, ha desaparecido totalmente. Quiero observar asimismo que la *đ* en el habla del bajo pueblo (y sólo a él nos estamos refiriendo) es en general muy rara. El grupo *tr-*, en pronunciación culta *tr*, es decir, *t* dental + *r*, en el cual la sonoridad glótica se produce inmediatamente después de la explosión de la *t-*, se vuelve en el habla popular *tř*, esto es, *t* áptico-prepalatal en que la oclusión no se abre de un golpe, en toda la punta de la lengua, sino que empieza recogiéndose la línea media de la lengua; se obtiene así una explosión impura, parecida a la de las dorso-prepalatales (cf. *Kuhn's Zeitschr.*, XXIX, pág. 22 sigs.), sólo que la impureza de la explosión en las áptico-prepalatales es voluntaria, en tanto que en las dorso-prepalatales es involuntaria, obligada. Este fonema se asemeja mucho a la *tr* del inglés del sur en *try*, pero me parece que en nuestro caso es más momentáneo; la *ř* es, por lo general, un breve fonema de transición. Yo creo que el origen de este fonema debe atribuirse a influencia araucana, por las razones siguientes: 1º, otros casos de articulación áptico-prepalatal son extraños al español; 2º, el araucano posee una áptico-prepalatal *t* especial (Febrés emplea para este sonido la grafía *th* y explica: se pronuncia «tocando la punta de la lengua a lo alto del paladar»); en boca de chilenos cultos la oigo como *tř*; no he podido aún, por desgracia, oírla pronunciar a araucanos; 3º, las palabras indígenas que continúan viviendo en el pueblo conservan este fonema, como pronunciación vulgar, en una *t* áptico-prepalatal ligeramente impura, pero no es raro que empleen a la vez una forma — que se considera más culta — con *t* española simple. Tales palabras son: *třálka* ('trueno', que alterna en el uso con la palabra española *třuén*o), escrita en nombres toponímicos como *Talca*, *Talcahuano*; *trenca* o *tenca*, es decir, *třénka* o *ténka* (ave parecida al tordo, *mimus thenca*);

třiuke o *tiuque* (especie de gavilán, *caracara* o *milvago chimango*)¹; **kotřótřo** o *kotóto* 'chichón', etc. Las formas con *t* pura son las que los conquistadores españoles oyeron equivocadamente; las formas con **tř** son las verdaderas, que persistieron en el pueblo bajo, de sangre indígena bastante pura; se ha igualado con ellas la *tr* española, pues el araucano no poseía *rr* vibrante ni *r*, sino sólo una *r* intermedia, según Febrés, entre ambos fonemas españoles y «que se parece a la *s*, doblando algo la punta de la lengua hacia arriba, o a un lado», vale decir, ř, la *r* «fuerte» usual en Chile.

Algunos otros ejemplos: **třáigo** < *traigo*, **třes** < *tres*, **mesa třínče** < *mesa trinche* = 'trinchero'.

Consonante + *r* en posición interior corresponde en su evolución a posición inicial: **libriyo** < *lebrillo*, **fiěbre** o **φiě^u(r)e** < *fiebre*, **abrá** < *habrá*, **ōbra** u **ō(r)a** < *obra*, **pōbre** o **po(r)e** < *po-bre*, etc. Quizás fuera más exacto escribir **ō^b(r)a**; de la ^b queda sólo un avance de los labios hacia adelante, no volviendo atrás sino durante la articulación de la *r*. No debe extrañar la existencia de formas dobles: designan en realidad pronunciaciones distintas; y yo quisiera llamar la atención sobre el hecho de que en general las formas lingüísticas son mucho más imprecisas de lo que comúnmente se piensa; en el curso de estos estudios sobre el español de Chile nos encontraremos muy a menudo con ejemplos mucho más sorprendentes aún que los mencionados. Una misma persona puede utilizar, sin motivo alguno, distintas formas de pronunciación, y no solamente — como en nuestro ejemplo — formas entre las que haya una que se aproxime a la pronunciación «culta» más que la otra, sino también formas igualmente alejadas todas de la «buena» pronunciación. Esta posibilidad ha de tenerse muy en cuenta al uniformar textos medievales. La existencia de grafías diferentes de una misma palabra no sólo puede explicarse por error o porque nin-

¹ [Véase LENZ, *Diccionario etimológico de las voces chilenas...* Santiago, 1905-1910, s. v. *tenca* y *tiuque*.]

guno de los signos empleados corresponda a la pronunciación verdadera para la cual no hay signo propio en la escritura, sino que pueden corresponder ambas a pronunciaciones diversas e igualmente usuales, que no por eso atentan contra el carácter unitario de la lengua.

Después de *m*, el grupo *br* permanece invariable, con oclusión bilabial: *siembra*, *ámbre*, *nómbre*, etc. Se conservan también *pr* y *fr* interiores; *aprendió* < *aprendido*, *siempre*, *afréco*. *Gr* se conserva invariable después de *n*: *sáñgre*; en los otros casos la oclusión de la *g* se realiza imperfectamente, de modo que se produce el pasaje ¹ a ξ o γ según las vocales próximas: *lágrima* < *lágri-ma*, *neyro* < *negro*; en este último caso hay tendencia a pasar a *neiro*, cambio que a veces llega a producirse.

El tratamiento de *tr* y *dr* interiores es análogo al de los mismos grupos en posición inicial: *tr* > $t\ddot{r}$: *ótro* < *otro*; *quítre*, en la escritura *fulre* = 'señor distinguido', 'hombre de levita' (también con significación de 'fatuó, presumido'); *chátre*, escr. *chatre* 'campesino (*guasó*) endomingado'; *éntre* < *entre*, etc. El grupo *dr* es, como queda dicho, de incómoda pronunciación para el vulgo; en la lengua familiar de las personas educadas se pronuncia como en España: *pádrre*, *piédra*, donde la vocal sobre la caja del renglón indica la sonoridad glótica que aparece durante el tiempo que sigue a la distensión de la débil oclusión áptico-postdental (*d*) mientras la punta de la lengua se recoge y se levanta para producir contra el borde superior de los alvéolos la vibración de la *r*. En un grado más avanzado, la punta de la lengua ya no se adelanta lo bastante para alcanzar los dientes articulando la \ddot{d} ; no hace más que levantarse hacia su punto de articulación, pero sin llegar a formarla: el resultado es una sonoridad glótica ligeramente modificada, que yo representaré ^d.

¹ [Las consonantes *b d g*, que Lenz clasifica como oclusivas sonoras, pues así son en alemán, tienen en nuestro idioma articulación oclusiva o fricativa, según su posición, y las condiciones son en España y en toda América las mismas que en Chile.]

La *r* que sigue se articulará también, por lo regular, muy incompletamente; parece que inmediatamente después de la articulación relajada de la *d* es difícil un movimiento enérgico de la punta de la lengua. Lo que tenemos así, pues, es una *r* «sonante», con sonoridad glótica modificada por la elevación del ápice contra el borde superior de la región alveolar: *pádre*, *Pédro*, *kate^{dr}ál* < *catedral*. Pero a menudo parece presentarse una especie de vibración de *r*. Lo que ocurre entonces es que la punta de la lengua, en el trayecto de *d* a *r*, roza el punto más alto de los alvéolos convexos, adonde se acerca más que al verdadero punto de articulación de *d* o de *r*. Mientras *r* es un fonema bastante intenso, con ruido fuerte, la lengua superficialmente tendida ofrece resistencia demasiado escasa para poder introducir cambios importantes en el sonido glótico. Ahora bien: parece ser ley del lenguaje articulado el que se requiera cierto grado de energía articularia y de plenitud de sonido para producir un fonema inteligible; justamente por esa razón son tan raros los fonemas poco diferenciados, como *d*, *b*, etc.: no son más que estados de transición, en los que el idioma pocas veces se mantiene largo tiempo. De todas las vocales, la más próxima a *d* es una *e* indiferente, que se articula con insuficiente elevación del dorso lingual. La pronunciación popular de *dr* intervocálica es *ir* [= *ir*], formando un diptongo con la *i* y la vocal que le precede. Para esto es menester que el ápice permanezca inmóvil detrás de los incisivos inferiores y que el dorso se levante contra el paladar medio. Esta elevación de la parte anterior del dorso de la lengua ¿no será un resto de aquel mismo impulso que empujó antes el ápice contra los incisivos superiores y que ahora, al quedar éste fijo en los dientes inferiores, la saca de su primitiva horizontalidad y la fuerza a dirigirse hacia arriba? Después de esta *i* [= *i*] aparece la *r* corriente; así, pues: *páire*, *máire*, *kuáira* < *cuadra*, *yéira* < *yedra*, *piéira* < *piedra*, *óire* < *odre*, *púire* < *pudre*; lo mismo en sílaba protónica: *lairáo* < *ladrado*, *empieiráo* < *empiedrado* = *empedrado*, *poirío* < *podrido*, *puiríura* < *putridura*. Después de *i* se

produce el correspondiente refuerzo en la elevación del dorso lingual, dando *iy*: *bíyrio*, aunque también *birio* < *vidrio*; *bíyriero*. No son raras las formas con *y*, *g*, o con una *g* algo más tensa (aunque nunca llega a la oclusión) en lugar de la *i* [= *j*], sobre todo, según parece, en sílaba protónica: *magrina*, pero también *págre*, *bígrío*. Formas como *piégra*, *págre*, ocurren asimismo en Tacna, aparentemente sin el grado intermedio con *i*: sospecho que se trata en este caso de sustitución fonética directa de *d* por *g*¹.

De distinto modo se comporta el grupo *dr* después de *n*; *b*, *d*, *g*, en chileno, tienen oclusión completa casi únicamente después de las respectivas nasales *m*, *n*, *ɲ*. Pero mientras en otra posición *nd* es postdental, en *ndr* el punto de articulación del grupo se asimila al de la *r*, es decir, se hace supraalveolar, y la pronunciación de la *r*, partiendo de una oclusión enérgica, se efectúa lo mismo que en el grupo *tr*, encogiendo la línea media: resulta así *ndř* (el punto debajo de la consonante indica articulación áptico-supraalveolar): *benđřá*, *ponđřé*; ř es el sonido de *r* «fuerte» usual en Chile. Sucede con frecuencia que el cierre del conducto nasal se retarda hasta el momento de apertura de la oclusión apical, de modo que, por ejemplo, *liendre* se pronuncia por lo general como *honra*: *lięńře*, *ónřa*; a menudo también *benřá*, etc.².

Ninguna observación especial hay que hacer sobre la combinación de consonante + *l*, en posición inicial o media, por lo menos en lo que se refiere a la *l*; conserva en todos los casos su carácter de áptico-supradental o alveolar inferior; por lo tanto, su punto de articulación está habitualmente poco más arriba que en *đ*, *t*, *n*³. No creo necesario citar ejemplos.

¹ [Para *pagre* < *padre*, etc., en distintos países americanos y en España, véase MANGELS, § 34; ESPINOSA, § 133; ALONSO y ROSENBLAT, *BDH*, I, 167-8; G. DE DIEGO, *RFE*, IX, 139; *BDH*, IV, 138, 144 y 293.]

² [La misma pronunciación de los grupos *tr* y *dr*, y la asibilada de la *rr* y de la *r* agrupada se dan en casi toda la América y en parte de España. Véase nuestro apéndice sobre el etnismo lingüístico.]

³ [La *n* de nuestro idioma no es dental, y, por tanto, el punto de articulación de la *l* es sensiblemente el mismo que el de *n*.]

Son muy interesantes, en cambio, las transformaciones de *r* y *l* finales, tanto de palabra como de sílaba. En esta posición ambos fonemas deben ser estudiados al mismo tiempo. Por el contrario, hay que establecer una neta distinción entre *r*, *l* seguidas de articulación heterorgánica (labial o dorsal) y *r*, *l* seguidas de articulación homorgánica (apical). En posición final absoluta, es decir delante de pausa, el fonema preferido es *l*; y lo mismo cuando esta *l* final de palabra se une con la vocal inicial de la palabra siguiente: por lo tanto, no sólo queda invariable *papel*, *el*, *mil*, *tal*, *sol*, *asúl*, sino que se dice también *matál*, *lairál* < *ladrar*, *asél* < *hacer*, *olól*, *aparaól* < *aparador*, *paél* < *paér* < *padér* = *pared* (*padér* también en Tacna; Cuervo cita, § 708, *paderón* como bogotano)¹. No es raro que esta *l* final se articule incompletamente, es decir, que la lengua no llegue a los alvéolos, pero se conserva la angostura lateral de la lengua, como en la *l*: no puedo representar este fonema sino con el signo ^{lr} 2.

¹ [«El latín español, en vez de *parete* debía conocer *paterz*, de donde el vulgar cast. *pader*, que no parece ser metátesis del romance *pared*, pues la *-d* final no es igual a la medial» (M. PIDAL, *Manual*, § 67). *Pader* se usa en diversas regiones de España y América: en Andalucía (*pader*, *paer*, *pael*, *paé*; cf. ALCALÁ VENCESLADA, pág. 284; TISCORNIA, *Lengua MF*, en BDH, III, § 61); en Salamanca *paderón* (LAMANO, pág. 558); en Murcia *paerazo* y «muchos huertanos dicen *paer*» (SEVILLA, s. v. *paerazo*); en Nuevo Méjico (HILLS, BDH, IV, pág. 63); «muy común en Méjico, con derivado como *empaderar*» (HENRÍQUEZ UREÑA, BDH, IV, pág. 63, nota, con ejemplos de cantos populares mejicanos); cf. MARDEN, BDH, IV, § 60; MUÑOZ-LEDO, en *Inv. Ling.*, II, pág. 137, para Querétaro; RAMOS Y DUARTE, pág. 385, para Méjico (Distrito Federal), Oajaca y Michoacán; CARREÑO, pág. 31. «Los indios de La Cañada, en el Estado de Michoacán, no entienden lo que es *pared*: dicen *pader*» (HENRÍQUEZ UREÑA, BDH, IV, pág. 63, nota, citando a Salvador Novo); *paderón* en Costa Rica (GAGINI, s. v.); *empaderar* en Colombia (URIBE, s. v.). Añádase: Chile y Perú (Tacna), que cita el autor. Para Chile también Echeverría y Reyes: *pader* > *paderón* (*Voces usadas...*, pág. 58.)]

² ¿Será éste el mismo fonema que Sievers, ² 12, n. 4, ha oído pronunciar a un papúa? [Se oye también en diversas regiones andaluzas, castellanas, navarro-aragonesas, etc. Véase el apéndice *Observaciones sobre RR, R y L.*]

Este fonema característico es intermedio entre *l* y *r* sonante (*r*), y desaparece, en ciertas ocasiones, parcialmente o por entero, sobre todo después del grupo *nasal + vocal*, como en los infinitivos *komé* (*comer*), *đormí* (*dormir*), pero yo creo haber oído ocasionalmente, también en otros verbos, un sonido análogo, como en *hacer*; acaso no sea más que una sonoridad glótica nasalizada que sigue a la vocal: *asé*[~], con nasalización que invade en mayor o menor grado la vocal precedente. Alguna vez creo haber oído un claro *asén*¹.

Al interior, *rb*, *rv*, *lb*, *lv* dan *r̥b* o *r̥b*: *bárba*, *karbón*, *sórbo* (también *só(r)bo* con *r* labializada) < *sorbo*, *irbiendo*, *porbéinte* = *por veinle*, *pórbo* < *polvo*, *enerbóte* = *en el bole*, *mairesérba* < *madreselva*. Delante de oclusión labial parece prevalecer *r*: *dufmiendo*, *árma* = *arma* y *alma*, *kuérpo* < *cuerpo*, *górpe* < *golpe*. El pasaje de *l* preconsonántica a *r* parece ser provocado por una pronunciación muy instantánea de la *l*, muy corriente en el habla culta. Con eso se destaca fuertemente la percusión de la *l*. Mientras en alemán se articula *lp*, *lb*, *lk*, *lg* formando la oclusión de *p*, *b*, *k*, *g* antes de distenderse el contacto áptico-alveolar de la *l*, los chilenos cultos — y creo que también los españoles — comienzan por pronunciar entera una *l* y sólo después forman la oclusión siguiente, de tal modo que resulta una pronunciación vecina a *gólpe*, *bal^okón*, que difiere de *gór:pe*, *bar:kón* mucho menos que la *lk* del alemán *Wolke*.

¹ [Henríquez Ureña, *RFE*, VIII, 373, señala para las Antillas el cambio de *-r* final de sílaba o de palabra en *<n* alveolar relajada precedida casi siempre de una aspiración sorda; el fenómeno ocurre particularmente cuando en la palabra hay otro sonido nasal: *comer* > *comé^hn*, *bañar* > *bañá^hn*, *venir* > *vení^hn*, *virgen* > *vi^hŋgen*] y remite al presente trabajo de Lenz y a Schuchardt, *ZRPh*, V, 310, quien da para Andalucía *binge* < **bingen* < *virgen*. Wilhelm Giese, *Nordost-Cádiz*, págs. 206 y 221, trae para Grazalema (Cádiz) las formas *tambón* (tambor) y *orinán* (orinal) alternando con *oriná*. Otros casos, como *mejor* > *mehó[~]* (con resonancia nasal en lugar de la *r*), creemos haber oído en andaluces, aunque no los hallamos documentados. En las transcripciones de Henríquez Ureña la ^h podría reemplazarse por la nasal sorda: *ŋ* o *ŋ̥*.]

En la región de Colonia y Bonn se oye a menudo, en posición final, algo que correspondería a la pronunciación chilena (pero con *l* velarizada, como en inglés *help*): **hał:p** (*halb*), **kał:k** (*kalk*).

Delante de articulación dorsal: **arbérxa** = *arveja* > *arverja*, **gorxiál** < *gorjear*; **erxabón** = *el jabón*, **erxir^oyiro** = *el jilguero*, con acento cambiado; en todos estos casos aparece *r*, nunca *r*, pues la punta de la lengua, para articular el sonido que sigue, debe inmediatamente volver a la base de la boca, detrás de los incisivos inferiores, con lo cual se deja oír claramente la sonoridad glótica, en especial delante de fonemas sonoros, desde que cesa el contacto con los alvéolos superiores hasta que se forma el estrechamiento dorso-palatal. Otros ejemplos: **órka** = *horca*, **árko**, **arkaôfa** < *alcachofa*, **barkón** < *balcón*, **orğuyóso**, **púrğa** < *pulga*, **árgo** < *algo*, **korğáo** < *colgado*, etc. En todos estos casos donde el punto de partida español es *l*, puede, naturalmente, aparecer también una *l*, o bien *l^r*; pero la pronunciación de una verdadera *l* es siempre indicio de cierto grado de cultura; muy raramente se encontrará en el habla de gente analfabeta. Sólo en un caso se conserva la *l*, y hasta la *r* misma se transforma en *l*, a saber, delante de *ê* (*ch*): **kolcón** = *colchón*, **kolcáo** = *colchado*, pero también *corcho*, *marchando* pasan a pronunciarse vulgarmente **kólco**, **malcándo**¹. La razón de este fenómeno está, sin duda, en el carácter prepalatal de la *ê*; la enérgica elevación del medio-dorso lingual, que en la *ê* se aplica contra la bóveda palatina, está en la más dificultosa oposición con la articulación apical que se ha de formar casi en el mismo lugar. En cambio la *l* se asimila fácilmente a la *ê*, de modo que sería más propio escribir **kolcáo**, lo mismo que **ánco** y no **ánco**². Pero el carácter prepalatal de la *l* (y de la *n*) delante de *ê* — sonidos mojados — no se advierte fácil-

¹ A veces se oye también decir **macándo**, **macál**, con desaparición de la *r*.

² [Así se hace ahora en filología española.]

mente, ya que la explosión impura que es característica de ɶ y ŋ falta cuando van seguidas de ɛ , porque se funde en la explosión de la ɛ , cuya implosión se forma por el cierre de la abertura lateral en la ɶ , y del conducto nasal en la ŋ ¹. Por eso, en español no se escribe *colchón*, *añcho*, sino *colchón*, *ancho*. En la precisa escritura fonética del sánscrito, esta asimilación, por lo general, se representa expresamente.

Esto en cuanto a l , r delante de fonemas de punto de articulación heterorgánico. Pero agrupadas con d , t , n , s , así como en el grupo rl , se comportan de modo muy diferente. No he hallado ninguna palabra popular con lr interior; en el habla culta, ese grupo se pronuncia como r «fuerte». Lo mismo que en tr y ndr , comienza por asimilarse el punto de articulación; la articulación entera es entre alveolar y prepalatal, y con eso las dos articulaciones se funden en una sola. Así como en tr , $ndr = \text{tʃ}$, ndʃ la r es sustituida por una distensión peculiar de la oclusión, así en nuestro caso se produce una peculiar formación de la oclusión. La punta de la lengua pasa inmediatamente, de la posición de ʃ o r a una oclusión d en el mismo punto; por esa razón la ʃ se acorta en general considerablemente, de manera que, por lo regular, en vez de ʃd resulta sólo una oclusión de d formada con algún retraso, pero que adopta la duración originaria de los dos fonemas. La misma articulación se presenta para ld . No sé a ciencia cierta cómo representar gráficamente esta característica pronunciación; ʃd , ʃn sería excesivo, ya que de ningún modo se percibe el fuerte silbido de pɔndʃé ; quizá sea suficiente ʃd o ɶd ; pero no debe olvidarse que la articulación de d , n , etc. es muy enérgica, especialmente tras sílaba

¹ [ŋ , ɶ ante ɛ , *colchón*, *mancha*, son, pues, implosivas y no explosivas; de sus tres momentos, intensidad, tensión y distensión (fr. *tension*, *tendue*, *détente*), la distensión coincide temporal y fisiológicamente con la intensidad de la ch y por lo tanto no se cumple con explosión. Ahora bien, como el rasgo que decide acústicamente la fisonomía diferencial de ll y de \tilde{n} es su explosión, al faltar ésta quedan oídas y sentidas como meras nasal y lateral, n , l , y no como especificadas (\tilde{n} , ll).]

tónica: **tóɽdo** = *tordo*, **góɽdo**; **móɽde** < *molde*, **fáɽda** < *falda*, **tiéɽno** < *tierno*, **káɽne**. Es menos energética en **soɽdáo** < *soldado*, **koɽdéɽo**.

En el grupo *rl*, articulado de análoga manera, la pérdida de la sonoridad no aparece sino simultáneamente con la oclusión completa, y hasta, a menudo, durante la oclusión misma: **páɽte**, **áɽto** = *harlo* o *alto*, **koɽtál** < *cortar*, **suéɽte** = *suerte*, **suéɽto** < *suelto*¹. En la *rs* hay asimilación más o menos completa entre **ř** (= *r*) y la áptico-alveolar *s*, habitualmente **šs**, es decir que la lengua empieza por una **š** áptico-supra-alveolar o prepalatal y va descendiendo, durante el sonido mismo, hasta una *s* áptico-alveolar. El final de la vocal precedente resulta **r**, de modo que el grupo *ors* suena muchas veces en forma muy parecida a la pronunciación de *horse* en inglés meridional. Representaré este fonema por **ɽs**: **béɽso** = *verso*, **foɽsál** < *forzar*, **soɽsál** = *zorzal*, **poɽsínko** = *por cinco*, **sáɽsa** < *salsa*, **dúɽse** < *dulce*, etc.

El grupo *rl* vacila entre **!l** y **!!**; ejemplo **búɽla** = *burla*: no recuerdo por el momento otro ejemplo. Los infinitivos con sufijo pronominal reciben otra pronunciación: la *l* larga usual, no **!l**, que se distingue claramente por su timbre: **maɽtallo**, **vella** = *matarlo*, *verla*; así también **kebrállóya** = *quebrar la olla*. Pero delante de *s* resulta **ɽs**: **matáɽse**, **dáɽselo** (*dárselo*)².

Ninguna observación particular me queda por añadir acerca de la *r* «fuerte» en el habla vulgar. Toda *r* inicial de palabra es **ř**: **la řósa**, **eř řatón** o **eřatón** (= *el ratón*), en este último caso con una **ř** algo prolongada. Ya he hablado sobre el grupo *nr*; no dispongo de ejemplos vulgares de *lr*, *sr* en interior de palabra. Igual pronunciación tiene la *rr* interior; también esta **ř** es a menudo bastante prolongada y pierde ocasionalmente su sonoridad en mayor o menor grado, aunque nunca del todo;

¹ A menudo *rl* suena casi como una **!l** larga: **mulla** > **múɽta**; así también **tién:o**, **góɽ:o**.

² [Véase nuestro apéndice: *Observaciones sobre RR, R y L.*]

creo que esto sucede más a menudo en posición interior que en inicial: **pěřo** o **pěřo**, pero no **pěšo** (*perro*). En el pasaje de *r* a *ř* seguramente interviene también la influencia araucana (cf. pág. 109 con la cita de Febrés) ¹.

16 de enero de 1891.

Nota adicional

He tenido después oportunidad de estudiar la pronunciación de un español — madrileño — culto. Empleaba tres sonidos distintos para la *r*. En posición interior, entre vocales, y en comienzo de sílaba después de consonante, *r* con una sola vibración lingual. En final de palabra la *r* resultaba algo vibrada, muda al final: **ber**, **por**. En interior de palabra, ante consonante, la *r* era asimismo un poco vibrada, y si la consonante que seguía era oclusiva sorda, había tendencia a la pérdida de la sonoridad, por lo menos en la unión misma de los dos fonemas: **arte**, **arpa**, **arca**; **árbol**, **pierdo**, etc.

La *r* en comienzo de palabra y de sílaba tras consonante, así como la *rr* interior, eran siempre fuertemente vibrantes, sin pérdida de la sonoridad: **řosa**, **tiěra**, **ónřa**.

Ignoro si esta pronunciación puede tomarse como normal para Madrid: mi sujeto de observación lo cree así.

Muy parecida es la pronunciación de un alumno mío, natural de Tacna (antiguo sur del Perú). También él pronuncia *r*

¹ El material lingüístico utilizado en el presente trabajo se basa por completo en la observación directa de la lengua popular, especialmente de un criado mío originario de Ñuñoa, en los alrededores de Santiago *, pero que ha vivido casi exclusivamente en la capital, desde hace muchos años. No sabe leer ni escribir, pero ya distingue entre su propia habla y el *muy guaso*, que dice, por ejemplo: **ai kompráoumpañuelo también řebonitáho, tájguenáho** (*he comprado un pañuelo tan bien rebonitazo, tan buenazo*) y **téjgo mučihmo en káha** (*tengo muchísimo en casa*). La diferencia efectiva parece limitarse a la pronunciación de la *s* entre vocales y al uso de algunas pocas palabras.

* [Hoy ya un barrio de Santiago.]

únicamente entre vocales y en los grupos como *pr*, *cr*, *fr*, etc.; en los otros casos emplea una *r̄* vibrante múltiple. Esta *r̄* en posición final (*calor*) no pierde sonoridad ni alcanza a tener una vibración tan enérgica como la *r̄* de *parra*, *rosa*.

En Chile parecen ser usuales, aun en la pronunciación de los guasos, una *r̄* vibrante y una *r̄* semivibrante, junto a la *r̄* asibilada corriente, aunque son menos frecuentes que ésta. La *r* y la *l* delante de *d*, *t*, *n* tienen no raras veces una común pronunciación de *rd*, *rt*, *rn*; en cambio en el bajo pueblo es rarísima la conservación de la *l* delante de esas consonantes. La *r* (= *r* o *l* españolas), delante de *r* «fuerte» inicial, se le asimila: *deñrosario*. Cuando hago repetir, por broma, a mi criado chileno palabras alemanas, emplea siempre su pronunciación chilena y dice, por ejemplo, en lugar de *kalt*, *kast*¹.

9 de marzo de 1891.

II. s, c (e, i), z

Las transformaciones de la *s* en Chile constituyen sin duda el capítulo más interesante de la fonética chilena. Nada puedo agregar todavía a lo que ya he dicho sobre mis sospechas de que la desaparición de la *s* se debe a causas étnicas. Para ello necesitaría conocer previamente la pronunciación de aquellas provincias que se mantienen todavía en trato continuo con los araucanos, en el sur de Chile y de la Argentina, admitiendo que los araucanos de la pampa — que emigraron, con toda seguridad, del sur de Chile — no ofrezcan fenómenos lingüísticos diferentes de los de sus antecesores². (Cf. igual observación de Sievers, en *STORM, Engl. Philol.*, I, pág. 426. Nota de la pág. 29).

¹ [Acerca del timbre de estas consonantes, véase nuestro apéndice final *Observaciones sobre RR, R y L.*]

² Posteriormente me he enterado de que la pérdida de la *s*, tal como ocurre en Chile, se extiende, con seguridad, por el sur de la Argentina, hasta Buenos Aires. No dispongo aún de noticias más precisas.

Es corriente aquí afirmar que esta pérdida de la *s* se debe a *influencia andaluza*, pues los conquistadores y primeros pobladores de Chile habrían venido de Andalucía y Extremadura, donde la *s* se ha transformado también, más o menos completamente, en *h*. A esto hay que objetar que *de hecho nada se sabe con seguridad sobre la ascendencia de esos pobladores*: los numerosos apellidos vascos en Chile indican más bien inmigración de españoles del norte ¹.

Otra cosa ocurre con el problema de cómo ha de explicarse la igualación, general en el español de América, de *s* con *c* (*e*, *i*) y *z*. El problema es muy difícil, porque no poseemos aún conocimiento cabal de los fonemas españoles *s*, *c*, *z*, *ç*, en los siglos xv y xvi. Es dudoso cuál sería la articulación de la *z* y de la *ç* y la sonoridad de todas las consonantes mencionadas. Es bastante nutrida la bibliografía ya existente sobre ese punto; pero, desgraciadamente, los únicos trabajos de que yo puedo disponer son MEYER-LÜBKE, *Gram.*, § 441 y otros, GRÖBER, *Grundriss* y PAUL FÖRSTER, *Spanische Sprachlehre*; sólo a base de recuerdos puedo decir que los análisis de JORET y de HORNING tampoco me parecieron satisfactorios por la época en que los leí.

A los testimonios ya conocidos sobre la pronunciación antigua, podré agregar algunas indicaciones tomadas del raro libro de JUAN PABLO BONET, *Reducción de las letras, y arte para enseñar a hablar los mudos. En Madrid, por Francisco Abarca de Angulo, 1620*. Este veterano de la fonética fisiológica dice: *c* delante de *e* y de *i* (pág. 79) «se forma hiriendo la lengua en los dientes inferiores, y arrojando fuera de la boca con alguna violencia la respiración un ceceo suave y sutil». Sería un fonema un poco menos sibilante que *z*; en cambio, se pronunciaría como

¹ Pero aun admitiendo que procedieran del sur de España y que el cambio *s* > *h* existiera ya por entonces en Andalucía (lo que por cierto no está todavía demostrado), ¿por qué no queda en el Perú rastro alguno de esa transformación? Y sabemos, sin embargo, que Chile fué conquistado y gobernado desde el Perú.

z en posición final. La z es (según págs. 106, 108 y 146) «más fuerte y larga» que c (e, i), ç (a, o, u); para pronunciar la z «ha de poner el mudo la punta de la lengua entre los dientes, y expeler la respiración que salga sin que la lengua se aparte de aquel lugar».

Claro que semejante distinción entre ce y ze no puede carecer de todo fundamento. Como Bonet no siempre indica claramente la sonoridad de cada fonema, no es imposible que la ç fuera a veces sonora; a lo menos nos invita a suponerlo así la afirmación (pág. 303) de que la ζ del griego moderno es la z española «pero más suave, como la c con ci». También es posible que la c no fuera todavía fricativa pura, sino africada con oclusión inicial. Según Bonet, la ortografía vacilaba muy a menudo entre ç y z (lo que ocurre, ciertamente, en su mismo libro) y los impresores no respetaban suficientemente la diferencia entre uno y otro fonema. Describe la s (págs. 100 y 145): «[toca] la punta de la lengua en el principio de la encía superior, que participen algo los dientes».

Tenemos, pues, en la pronunciación de Bonet, año 1620: s: fricativa apical (o frontal) articulada en el borde alveolar inferior; ç: postdental y predorsal (o frontal), quizá con oclusión («con alguna violencia») y quizá también sonora; z: fricativa interdental sorda.

Ahora bien: estos datos se hallan, parcialmente, en abierta contradicción con los resultados a que llegan Joret y otros en el estudio de los documentos del español antiguo y de las gramáticas del siglo xvi. A mi entender, la cuestión de los distintos valores fonéticos de la s y de la ç en antiguo español no está aún resuelta. Espero que alguna vez podré volver a tratar con detenimiento este mismo punto. Entre tanto, pienso que la actual diferenciación del español literario en Madrid es esencialmente producto artificial del escribir con pretensiones etimologizantes y de la educación escolar: no continuación natural de la evolución fonética histórica. Sólo se podrá establecer cuáles fueron los fonemas importados en América

mediante un estudio profundo y amplio de los documentos originales del siglo XVI. Aun admitiendo que una θ interdental precisa formara parte del sistema fonético importado, su empleo era sin duda mucho más limitado que en la pronunciación noroespañola actual ¹.

¹ [Después de 1892, ya se han publicado trabajos que nos dan más luz sobre estos temas. Aunque hay estudios más recientes, los más valiosos siguen siendo los dos primeros: RUFINO JOSÉ CUERVO, *Disquisiciones sobre la antigua ortografía y pronunciación castellana*, en la *Revue Hispanique*, 1895, tomo II, págs. 1-69, y 1898, V, págs. 273-313; J. D. M. FORD, *Old Spanish sibilants* (en *Studies and Notes in Philology*, II, 1900, Universidad de Harvard), reseñado por A. Horning y por E. Herzog en *Zeitschrift für romanische Philologie*, XXVI, 1902, págs. 360-364, y por W. Meyer-Lübke en *Literaturblatt für germanische und romanische Philologie*, 1900, pág. 297. Véase además: J. SAROÏHANDY, *Remarques sur la phonétique du «ç» et du «z» en ancien espagnol* (en *Bulletin Hispanique*, IV, 1902, págs. 198-203); MENÉNDEZ PIDAL, *Manual*, § 35 bis, y *Orígenes del español*, 2ª edición, § 9 y pág. 576; H. GAVEL, *Essai sur l'évolution de la prononciation du castillan depuis le XIV^e siècle d'après les théories des grammairiens et quelques autres sources*, París, 1920; A. ALONSO, en *Rev. de Filol. Esp.*, 1933, XX, págs. 68-75 (reseña crítica de N. L. WILLEY, «C» and «z» in *American Spanish*, en *Philological Quarterly*, Universidad de Iowa, V, 1926, págs. 306-324, que da una representación arbitraria de la pronunciación española del siglo XVI, sin conocimiento de la anterior bibliografía). No es satisfactoria tampoco la representación de DELOS L. CANFIELD, *Spanish Literature in Mexican languages as a source for the study of Spanish pronunciation*, Nueva York, Instituto de las Españas, 1934, 257 págs.

Éste es el cuadro resultante para la pronunciación del siglo XVI:

s, fricativa áptico-alveolar sonora;

ss, fricativa áptico-alveolar sorda;

z, africada dental sonora («como la zz italiana»);

ç, africada dental sorda («como la z italiana» tras consonante).

Este cuadro se completaba con otras dos consonantes:

j, africada sonora dorso-palatal («como la gi italiana de giorno»; por eso el apellido español *Borja* se escribía en italiano *Borgia*, reproduciendo con distinta ortografía la misma pronunciación);

x, fricativa sorda dorso-palatal («como italiano sci», o «como francés ch», o «como inglés sh»).

Las correspondencias están aseguradas por los insistentes testimonios de las gramáticas bilingües de la época. Este sistema comenzó a alterarse

Pasemos a examinar la pronunciación moderna.

Según los españoles, hay sólo una *s* y una *c* (delante de *e*, *i*, equivalente a *z* seguida de *a*, *o*, *u* y en final de sílaba): la primera se pronuncia *s*, es decir, *s* sorda; la segunda, *θ*, fricativa interdental sorda.

No alcanzo a comprender absolutamente las indicaciones de Paul Förster (*ob. cit.*, §§ 10, 11) ni las de Baist (*Grundriss* de GRÖBER, I, pág. 694).

Según P. Förster la *s* se pronuncia: I. *sorda*: 1, en posición

en la segunda mitad del siglo XVI, y, en la alteración, Castilla la Vieja, Castilla la Nueva, Andalucía y América llevaron paso distinto, como exponremos en otra ocasión circunstanciadamente. Juan Pablo Bonet era aragonés, es decir, de una región que llevaba el paso de Castilla la Vieja; y publicó su libro en 1620, cuando la evolución estaba muy avanzada. Como la distinción principal entre *z* y *ç* (siglo XVI) estaba justamente en la sonoridad de la *z* (*ds*) frente a la sordez de la *ç* (*ts*), el que diga Bonet que la *z* se parece algo, sin ser igual, a la *ç* del griego, no autoriza a suponer que la *ç* también fuera sonora. En los tiempos de Bonet, lejos de eso, ambas eran sordas. Lo que la descripción de Bonet prueba es que la *z* se hizo interdental, ya con la pronunciación de hoy, mientras la *ç* conservaba todavía — y por varias décadas — la antigua pronunciación *ts*. La explicación es obvia: la *z* perdió su elemento oclusivo inicial mucho antes que la *ç*, porque, por ser sonora, era articulación muscularmente blanda; la *ç*, en cambio, como sorda, era articulatoriamente fuerte, más enérgica, y conservó el elemento oclusivo inicial durante más tiempo.

El doctor Lenz dice aquí que en Madrid *s* y *z* se diferencian sólo por presión escolar, en pronunciación de pretensiones etimologizantes. El autor desconocía en aquella fecha la existencia firmísima de la distinción *s-z* en los campos castellanos, leoneses, aragoneses, navarros, murcianos, extremeños (menos tres o cuatro localidades), y en un tercio de los andaluces. El doctor Lenz, consultado sobre este punto, nos contestó que ya no mantiene opinión tan extraña, pero que, en vez de enmendar el texto, prefería dejarle su valor histórico encargándonos el hacer las correcciones necesarias en notas. Para ayudar a su explicación, recordemos que otro filólogo alemán, Federico Hanssen, llegado como Lenz desde su Alemania directamente a Chile, dió en su *Gramática histórica*, § 573, esta misma explicación de artificio escolar a la diferenciación peninsular *he estado* — *estuve*, que, en verdad, tiene en España un uso nada artificioso.]

inicial; 2, en posición interior entre vocales; 3, delante y después de *m, n, p, t, k, f*; 4, indistintamente delante y después de *l* y de *r* y formando combinaciones con *des-*, *dis-*, *es-* delante de consonantes sordas. II. *sonora*: 1, en posición final (!); 2, en combinación con *des-*, *dis-*, ante vocales (!); 3, delante de consonantes sonoras (entre ellas la *c*, ejemplo: *escena!*); 4, el grupo *bs* se pronunciaría más bien (!) *ps* que *bz*. Según Baist, la *s* es, en la mayoría de los casos, sorda; en cambio, sería sonora en posición final (!) y delante de *g*.

Según Förster, *c, z* son: I. *sordas*: 1, en posición inicial; 2, después de oclusiva sorda; 3, indistintas delante de oclusivas sordas. II. *sonoras*: 1, en posición interior intervocálica (!); 2, en posición final; 3, antes y después de *r* y de *l*; 4, antes y después de *m* y de *n*; 5, delante de oclusivas y fricativas sonoras. La articulación es interdental. Según Baist la *z* — como *c* (*e, i*) — simplemente es sonora (!) y postdental.

Jamás me he encontrado en fonética — lo repito — con afirmaciones tan incomprensibles como éstas. O es que ambos autores ignoran qué cosa sea sonoridad, o yo no he oído jamás hablar a un español ¹.

Los madrileños cuya pronunciación he estudiado con exactitud pronuncian infaltablemente toda *s* sorda, y lo hacen apoyando la punta de la lengua en los alvéolos; toda *c, z* es fricativa interdental sorda. Sólo delante de *b, d, g* es cuando la *s* se pronuncia con sonoridad bastante intensa y la θ con

¹ [Las noticias de Förster eran palos de ciego. La concisa exposición de Baist «la *s*, sorda en los demás casos, es sonora en posición final y ante *g*» fué bien enmendada en la segunda edición del *Grundriss*, pág. 855: «La *s*, sorda en los demás casos, se hace sonora ante consonante sonora, y esto aun cuando es final de palabra». Lo cual es plenamente correcto. Cf. T. NAVARRO TOMÁS, *Manual de pronunciación española*, § 107. Respecto a la *z, c*, el pasaje de la primera edición: «*z*, lo mismo que *ce, ci*, es sonora y postdental» fué modificado en la segunda, pág. 885: «*z*, lo mismo que *ce, ci*, es sorda y postdental; sonora en los casos mismos de la *s*», donde sólo hay que rectificar *postdental* con *interdental*. Cf. NAVARRO TOMÁS, *obra citada*, §§ 92, 93 y 94.]

alguna sonoridad¹. De todos modos, es por completo suficiente la grafía empleada por Escriche y Mieg en su *Reforma de la ortografía castellana* (Bilbao, 1890), donde toda *s* se representa por *s*, y toda *c*, *z* por *z*; la transcripción fonética publicada en *Maître fonétique* (mayo de 1890) se limita asimismo a los signos *s* y *θ*. No sé exactamente si en Madrid alterna usualmente con la *θ* interdental una variante postdental *θ*², aunque lo creo verosímil. De todos modos, la *θ* española presenta siempre un fuerte ruido de fricación, mientras que la *th* inglesa me parece que es a menudo más bien explosiva impura que sibilante.

Un español norteño, cuya pronunciación estudié hace tiempo, articulaba la *s* siempre como áptico-supraalveolar y la *z*, en cambio, de dorso-alveolar a postdental³. Su *z* era siempre mi *s* alemana. El timbre de su *s* se parecía mucho al de una *š*, matiz que más tarde he oído muchas veces en boca de castellanos nativos. Ambos fonemas de *š* (apical) y *s* (dorsal), no sólo delante de *b*, *d*, *g*, sino también ante todo otro fonema sonoro, adoptaban sonoridad bastante intensa, y a veces hasta total. En final de palabra recibían distinto tratamiento según fuese la sílaba

¹ [La *s* y la *z* son sonoras delante de cualquier otra consonante sonora: *mismo*, *muslo*, *durazno*.]

² [No existe esa variante sospechada.]

³ [El español norteño que Lenz estudió era sin duda un vasco bilingüe, probablemente guipuzcoano, que no había aprendido el español sino tarde e imperfectamente. Esa pronunciación de *s* = *š* áptico-alveolar y de *z* = *s* predorso-postdental es la propia de los vascos de Guipúzcoa y de la parte vecina de Navarra. Los vizcaínos no hacen distinción entre *z* y *s* en su vascuence. En el valle navarro del Baztán la *s* predorsal (ortografía *z*) se pronuncia con un especial avanzamiento de la mandíbula inferior, con lo cual resulta una articulación predorso-interdental, que los demás vascos encuentran parecida a la *z* castellana, pero que más bien se parece a la granadina. Ver T. NAVARRO TOMÁS, *Pronunciación guipuzcoana*, en *Homenaje a Menéndez Pidal*, III, págs. 610-615; ID, *Observaciones fonéticas sobre el vascuence de Guernica*, en el *Tercer Congreso de Estudios Vascos*, San Sebastián, 1923, pág. 52, y A. ALONSO, *Consonantes sibilantes en el dialecto vasco baztanés*, en el mismo *Tercer Congreso*, págs. 57-59.]

que seguía, llegando inclusive a desaparecer; esto era lo normal en *buenodías*, *buenanôces*; otros ejemplos: *loz grandes árboles*, *mizmo*, *bói a la kása (caza)* *i dešpués a mi kása (casa)*, *konósko*, *xúzgo*, etc. ¹.

En Andalucía y Extremadura la *s* y la *z* deben de haberse igualado, como en América; no he hecho todavía al respecto ninguna observación personal ².

En el Perú, parece que la *s* española, ápico-alveolar, se emplea en general tanto para *s* como para *z*. En cambio, en Chile parece sólo usual una *s* dorso-alveolar de tono muy agudo, igual al mencionado sonido de *z* del español del norte. No puedo, por ahora, hacer indicaciones más precisas acerca de los otros países americanos. Ignoro si en alguna región del continente se distinguen entre sí la *s*, *c*, *z*, dejando de lado las tentativas — vanas casi siempre — de uno que otro maestro de escuela. La pronunciación interdental de la *c* produce más bien en el americano una impresión cómica, como la del ceceo en alemán o en francés.

Hechas estas observaciones, podemos pasar al examen de las múltiples transformaciones de la *s* (que corresponde indistintamente a *s* y *c*, *z* españolas) en la vida propia del habla chilena. La *s* en comienzo de palabra y de sílaba se conserva,

¹ [Sabido es que en las fórmulas de saludo y tratamiento, así como en ciertas fórmulas sintácticas muy usadas, hay un especial desgaste fonético. Con *bueno días*, *buena noches* se juntan *pa* < *para*, *mia* < *mira*, *pue que* < *puede que*, etc., *seña*, *ña* < *señora*, etc. etc. El doctor Lenz, que al escribir este estudio era casi llegado a Chile de su Alemania, podía haber cotejado este *buena noches* con su *n Abend* < *guten Abend*. La supresión de la *s* en estas fórmulas tiene sin duda su importancia fonética, pero es necesario, para no dislocar esa importancia, advertir que se trata de fórmulas].

² [Extremadura, contra la creencia tan divulgada, no iguala *s* y *z*, salvo en tres o cuatro localidades, una de ellas la ciudad de Badajoz. De Andalucía, un tercio distingue *s* y *z* como Castilla, otro tercio las iguala en *z* (ceceo), el otro tercio las iguala en *s* (seseo). Véase T. NAVARRO TOMÁS, A. M. ESPINOSA (hijo) y L. RODRÍGUEZ-CASTELLANO, *La frontera del andaluz*, en *RFE*, 1933, XX, págs. 225-277.]

las más veces, en la pronunciación santiaguina; hay que considerar también comprendida en este caso la *s* final de palabra cuando resulta inicial de sílaba por fonética sintáctica: *losombre* (*los hombres*), pronunciada exactamente como en *la sombra*; la separación silábica es siempre claramente perceptible en la pronunciación santiaguina. Algunos ejemplos: *sá(b)ana*, *sapáto*, *kása* = *casa* o *caza*; *kosél* = *coser* o *cocer*, etc.; *ensima*, *pienso*. Después de *r* o de *l*, la *s* se articula como apical y muy arriba en los alvéolos: *so:śal* (*zorzal*), *dú:śe* (*dulce*). Cf. *Estudios chilenos*, I, en este volumen.

También en la pronunciación de los guasos la *s* inicial de palabra o de sílaba se transforma en una fricativa extraordinariamente relajada (la lengua se mantiene plana en la boca, el ápice en el borde superior de los dientes inferiores; la fricación se realiza débilmente en la parte posterior e inferior de los dientes: la represento *ś*), que hasta llega a ser una simple *h* (la fricativa glótica alemana); yo creo, no obstante, que por lo menos en los alrededores de Santiago, especialmente en Ñuñoa, apenas existen personas que hayan perdido todas las *s*. De todos modos, la tendencia a formar muy relajadamente la oclusión de *s* es fuerte en la baja población rural; el habla chilena carece, en general; si se exceptúa la prepalatal *χ*, de fonemas propiamente fricativos formados con marcado estrechamiento. A juzgar por cuanto he oído hablar hasta ahora en el país, unas mismas gentes pronuncian la *s* unas veces con mayor, otras con menor perfección. Tan pronto como el estrechamiento se ensancha hasta el punto de dejar de oponer obstáculo suficiente a la corriente de aire espirado, se produce un sustitutivo estrechamiento de la laringe. (Cf. mi exposición crítica en *Kuhns Zeitschr.*, XXIX, pág. 51 sigs.). No he observado aún ningún caso de desaparición completa de la *s* intervocálica. Ejemplos: *méha*, *káha*, *kóha*, *heñól* o *hiñól* (*señor*) o, más a menudo, *mésa*, *kása*, etc.

En final de palabra, delante de pausa, la *s* se pierde en mayor o menor grado en la pronunciación vulgar; después de sílaba acentuada queda en lugar de la *s* una aspiración; después de

sílaba átona, se pierde del todo. Se dice, pues: *kru'* (*cruz*), *me'* (*mes*), *nari'* (*nariz*), *lombri'* (*lombriz*), *do'* (*dos*), *bo'* (*vos*), pero *lápe* (*lápiz*), reemplazando por *e* la terminación en *i* átona, extraña a los hábitos lingüísticos del chileno; *ánte* (*antes*). La huella de la *s* en *kru'* no es precisamente una *h* alemana: la diferencia entre *u'* y la *u* usual — por ejemplo la de *tu* — está en que la *u* tiene en su comienzo una presión espiratoria más enérgica que al final, mientras que la *u'* se pronuncia con intensidad creciente, o por lo menos la corriente espiratoria no se debilita hacia el final, sino que es interrumpida repentinamente al separarse las cuerdas vocales que antes se habían acercado para vibrar. Esta interrupción va seguida no pocas veces de aspiración, con lo que la vocal recibe cierto carácter de brevedad y brusquedad. Que en el sentimiento lingüístico de los hablantes se cumple efectivamente una distinción entre *-e'* (procedente de *-és* acentuado) y *-e* (procedente de *-es* átono) lo demuestran las formas del plural *mése*, *narise*, *krúse*¹, mientras que el plural de *lape* es *lape*, igual al singular, y no *lápese* ni *lápise*, como sería de esperar partiendo de *lápices*²; lo cierto es que para el plural de *cruz* ya se emplea vulgarmente *kru'*, alternando con *krúse*, hecho que se explica perfectamente si se tiene en cuenta

¹ Por analogía, no es raro que el plural de palabras terminadas en vocal acentuada se forme con *se*: *axí*: *axíse*, *kafé* o *kafé*: *kafése*, en vez de *ajíes*, *cafés* (cf. en español el caso aislado *maravedises*). [Además del anticuado *maravedises*, en España son vulgares hoy los plurales *pieses* y *cafeses*, de *pie* y *café*, aun en regiones que no aspiran la *-s*. Cfr. M. Pidal, *Manual*, § 75.]

² [Probablemente *los lápiz* tiene otra explicación. En Buenos Aires no es de uso la pronunciación de la *-s* que Lenz denuncia en Chile, *cru'*, *nari'*, *me'*, sino que se dice *narís*, *crus*, *mes*, con aspiración ocasional: *cruh*, *meh*, *narih*. (Una pronunciación muy vulgar, italianizante, suprime del todo las eses finales)— El plural es en estas palabras *cruses*, *narises*, *meses*. Sin embargo, el plural vulgar de *el lápiz* es *los lapis*, igualándose en la forma al singular lo mismo que en Chile. Esto nos dice que las causas no son fonéticas, como interpretaba Lenz, sino morfológicas. La gente ha agrupado analógicamente la palabra *lapis* con las muchas en *-is* que no varían su terminación para el plural: *crisis*, *tesis*, *análisis*, *apendicitis*, etc.]

que también en las sílabas acentuadas la aspiración sufre un comienzo de desaparición y hasta a menudo desaparece por completo. Esto sucede especialmente en aquellas palabras que no conservan fácilmente dobles formas, con -s y con -', por no ser su aparición ante palabras que comienzan por vocal tan frecuente como con s, por ejemplo, en *do'*, *bo'*: *dósómbre* (*dos hombres*), *bósayái* (*vos halláis*), junto a *dó'* *péřo* (*dos perros*)¹, *bó'* *kantái* (*vos cantáis*).

Por lo que se refiere a la s final, el uso, como en tantos otros casos, es vacilante. El chileno culto pronuncia en general una s más o menos completa después de vocal acentuada, pero en las sílabas átonas desinenciales pronuncia una vocal aspirada y brusca como la que emplea el habla vulgar en sílaba acentuada, mientras que en los otros casos de sílaba átona pierde toda huella de s, o bien se limita a pronunciar la vocal final con alguna mayor claridad (la e y la o algo más abiertas).

Igual diversidad de pronunciación ofrece también la s final de palabra seguida de consonante (inclusive cuando está ligada sintácticamente a la palabra que sigue). Las observaciones de Sievers sobre pronunciación (cf. STORM, *Engl. philologie*, I, pág. 426) son en general correctas, pero resultan demasiado estrechas si se las examina por lo menudo².

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

¹ Debido a las distintas pronunciaciones posibles de la r fuerte, será quizá más práctico mantener la transcripción ř, más fácilmente comprensible, en lugar de escribir en todos los casos z como lo he hecho en la primera parte de este trabajo.

² [El pasaje de Sievers, reproducido por Storm en la segunda edición de *Englische Philologie*, I, págs. 70-71, dice así: «Sobre la -s española yo he hecho algunas observaciones en un joven peruano que también ha vivido mucho tiempo en Chile y que principalmente habla con pronunciación chilena, según me ha manifestado. En la pronunciación chilena (no en la peruana) desaparece toda s, como tal, ante consonante; esto es, es asimilada en el punto de articulación a toda consonante siguiente si ésta es continua; pero para ello la consonante siguiente se ensordece, por lo menos en su comienzo; se dice, pues, por ejemplo, *la letra* pero *la letras*, *la madre* pero *la madres*; *lo do* *đientes* casi como en inglés *lo thoth-*; *lo đuanes*, casi como con

La pronunciación plena de *s* ante consonante es extremadamente rara, aun en personas cultas; existen, por lo demás, numerosos grados intermedios.

Cuando la *s* precede a una fricativa sorda, desaparece com-

una *x* rusa, sólo que más débil. Ante consonantes fricativas sordas, la *s* desaparece por completo: *lo fuegos*. Ante oclusivas sordas, en cambio, la *s* aparece como un soplo suave, que atraviesa la posición o articulación de la *s* sin producir en ella el ruido de la fricación, casi como una pausa entre vocal y consonante: *e'to*. Y Storm continúa por su cuenta: «A esto observaba yo en el mismo lugar [en la primera edición, pág. 426]: La *s* chilena coincide con la andaluza, así como en general los dialectos hispanoamericanos están estrechamente emparentados con el andaluz (cf. SCHUCHARDT, *Zeitschrift für romanische Philologie*, V, 304). En lo esencial, la pronunciación aquí descrita se encuentra en el sur de España; en rigor, la *s* se articula flojamente, como una especie de *h*, y este soplo débil casi siempre se percibe todavía un instante, antes de asimilarse a la consonante siguiente: *lah mádreh*. También en posición final absoluta casi siempre se convierte la *s* (*z*) en *h*, cuando no desaparece: *Cádi(h)* (Cádiz).

Después se ha expresado Schuchardt (*ZRPh*, V, 319 sigs.) coincidiendo conmigo en lo esencial. Según él, este cambio *s* > *h* está en relación con la *s* castellana de *esto*, arriba descrita. «Es esta *s* la que en andaluz se hace *h* [es decir la *s* ante consonante, que en castellano se pronuncia más débil que entre vocales]: *ehlá*, *bohque*, *mihmo*». Schuchardt señala bien el mismo cambio en la *z*: *conohco*. Recientemente WULFF, *Phonétique andalouse*, pág. 39, ha propuesto otra interpretación, a saber, que la forma básica de la pronunciación de *s* + consonante en andaluz es una nasal homorgánica sorda: no sólo *mimmo* < *mismo* — lo cual yo también reconozco — sino también *ente* < *este*, *obimpo* < *obispo*, *freŋco* < *fresco*. Yo no he oído más que *e'te*, *obi'po*, *fré'co*, y por cierto con gran frecuencia entre andaluces y extremeños. Todavía en 1889 observaba yo esta pronunciación en un andaluz en Londres. Lo que se forma ante toda oclusiva es una aspirante muy particular, completamente floja, que pasa más o menos rápidamente a oclusiva; esto es, una especie de *h* labial, o dental, o velar, que apenas se diferencia de la aspiración sorda del nórdico e islandés *Go'tt*; en pronunciación descuidada casi resulta *ette*, *obippo*, *frecco*. De todos modos, en andaluz queda algo más de la estrechez consonántica, de manera que el andaluz *e'te* suena algo más dental, más siseante que el puro soplo a través de la posición de la vocal en el nórdico *Go'tt*. La forma descrita por Wulff ha de ser mirada como concurrente. «Kristoffer Nyrop me dice por carta que ha oído formas como *dende* (desde), *dempués* (después) hasta en Toledo; escritores mo-

pletamente, o a lo sumo prolonga un poco la pronunciación de la fricativa. Ejemplos:

1. *satisfación*, o más exactamente *satiçación* (con φ represento una *f* bilabial, tal como es corriente entre el pueblo; entre las

dernos consignan la pronunciación popular mediante las grafías *dende*, *dempués* (Pereda, *La Puchera*, 102, 276, 177). El fonetista portugués Vianna, que habla el español como un español y que también está familiarizado con el andaluz, coincide conmigo al observar en su reseña de la *Phonétique andalouse* de Wulff (*Maitre Fonétique*, 1890, pág. 106): El valor atribuido a la *s* como nasal soplada homorgánica con la consonante siguiente, debe ser individual y se la puede considerar como *h* modificada por esa consonante. Ya en 1870 me llamó la atención en España la coincidencia entre el andaluz *ho'pítal* y el francés *hôpital*. Más tarde, el romanista noruego K. Brekke (*Romania*, XVII, pág. 91) ha hecho una observación semejante, remitiendo a Gaston Paris, *Romania*, XV, 619-622, a propósito del antiguo francés *maihnie*, *blahmer*.

Hemos creído de importancia reproducir en extenso estas notas de eminentes lingüistas, todos ellos contemporáneos o maestros de Lenz, porque debido a la rareza de la revista en que se publicaron y a que no han sido recogidas por nuestros filólogos en otras ocasiones, están prácticamente perdidas para nuestra dialectología; además, completan el cuadro histórico de los conocimientos fonéticos de entonces sobre el español; y por último, el más ilustre de estos lingüistas, Hugo Schuchardt, relaciona la aspiración andaluza de la *s* ante consonante con la debilidad articulatoria de esa *s* en español, y otros dos, Storm y Brekke, la relacionan también satisfactoriamente con el mismo fenómeno del francés antiguo, con lo cual plantean la necesidad de una explicación que rebasando lo estrictamente español le da extensión románica: justamente al revés de lo que Lenz hizo al reducir el fenómeno y su explicación a los límites chilenos. Más modernamente, FRITZ KRÜGER, *Studien zur Lautgeschichte westspanischer Mundarten*, Hamburgo, 1914, §§ 402 y 404, reconoce también implícitamente la base hispánica de este fenómeno, que él encuentra por su parte en los dialectos leoneses, donde el cambio *s* > *h* tiene mucha extensión: «Son notables las formas registradas en Ahigal con *tl* < *st*: *agottu*, *gulla*, de *agosto*, *gusta*. Me parece que esto coincide exactamente con lo observado en chileno por Lenz, *Phonetische Studien*, VI, 25, en análogas circunstancias («*l* enérgica con larga pausa de oclusión»). STORM, *Englische Philologie*, I, 71, nos da noticia de análogas formas en andaluz: *ette*, *obippo*, *frecco*».

Dende y *dempués* son formas muy usadas en nuestros dialectos de Es-

personas cultas, es frecuente la articulación labiodental y también, muchas veces, un término medio entre *f* y *φ*); **lo φόφορο** (*los fósforos*), **la φλόρε** (*las flores*).

2. **la xaula** (*jaula*, por lo regular sin distinción entre singular y plural), **lo xaΰdine** (*los jardines*), **lo xóbene** (*los jóvenes*); *x* es casi siempre postpalatal o — más raramente — prevelar.

3. **loχέnero** (*los géneros*, sólo en la significación de 'paños'); **loχινέte** (*los jinetes*): *χ* es prepalatal.

4. **loφυύéte** (*los juguetes*), **loφυέgo** (= *los juegos o fuegos*, que por lo general no se distinguen en la pronunciación), **lo φύtre** (*futres*, jóvenes elegantes de la ciudad), *φ* es aquí una combinación de *x* con *φ* redondeada; es bastante parecida a la *w* inglesa sorda, por ejemplo, *what* en la pronunciación del norte de Inglaterra.

Delante de *p*, se pierde la *s*, pero se aspira la vocal; aunque desaparezca la presión espiratoria, por lo menos la vocal se acorta, de tal modo que el lugar y la duración correspondientes a la *s* desaparecida son ocupados por una rápida pausa articulatoria entre la vocal y la consonante siguiente; ejemplos: **kre'po** (*cre-po*), **e'páda** (*espalda*), **obí'po** o bien **obí.po** (*obispo*).

Del todo análogo es el tratamiento de *s* delante de *t*, sólo que en este caso, debido a la estrecha afinidad de ambas articulaciones, la energía correspondiente a la *s* pasa fácilmente a la *t*. Después de cesar bruscamente la vocal, el ápice es impulsado por una enérgica espiración a formar oclusión detrás de los incisivos superiores, de modo que la implosión se hace perceptible, sin apoyarse inmediatamente en la vocal que le precede. A menudo sucede también que el grupo *st* es reemplazado por una

pañña y América. Su nasal es sonora, y no sorda como Nyrop apuntó, y su explicación no es de orden fonético, sino morfológico. Para *dende* está asegurada la etimología *de inde*; *dempués* muestra la acumulación de prefijos tan frecuente en español: *de en pues*. Para *dende* y su extensa geografía dialectal, véase *BDH*, I, § 34 y nota].

simple *t*, enérgicamente articulada, con una larga pausa de oclusión, como en e'to, pá'ta, e'tá, e'táo (*estado*), bí'to (*visto*). También me parece escuchar una *t* de ese tipo, pronunciada con energía poco común, al comienzo de 'tabiën (*está bien*), 'táte sosegáo (= *estadte* (sic) *sosegado*), donde ha desaparecido la vocal inicial. Delante de *tr* (tř) la *s* suena frecuentemente como una perfecta š, — aunque muy breve —, pues la corriente de aire espirado provoca, inmediatamente antes de formarse la oclusión, ruidos fricativos perceptibles. Pero también puede suceder que la *s*, asimilándose a la articulación de la ápicosupraalveolar *t*, se libre de la desaparición a que está expuesta sólo la *s* dorso-alveolar; por ejemplo: řástřo, řástřóxo (*rastró, rastrójo*), etc. Si en lugar de tř se emplea *tr*, la *s* cae, como de costumbre: rá'tro.

Delante de *k*, el tratamiento de la *s* es un poco distinto; en esta posición aparece casi siempre una sensible fricación de la corriente de aire, al pasar el dorso lingual, inmediatamente después de interrumpida la vocal, a formar la oclusión siguiente; así, en lugar de mó'ka se pronuncia a menudo móxka, con mayor o menor grado de claridad. Representaré este fónema — que no es, sin embargo, una *x* perfecta — con el signo ^x sobre la caja del renglón. Tenemos, pues: de^xko^xkáo (*descoscado, 'fruta seca de la que se ha quitado el hueso'*), kué^xko (*cuesco*), bú^xka (*busca*), e^xkína (*esquina*), piyi^xkón (*pellizcón*). En estos casos el punto de articulación es influido siempre por la vocal próxima. No es raro que delante de *k* el cambio se realice de tal manera que la oclusión de la *k* no se forme completamente, con lo que resulta exxína o simplemente exína, y a veces también exę o éxię = *es que*, etc. Parece también ocurrir que la *k* se forma imperfectamente, pero sólo entre los «guasos»; creo haber oído a veces exóa alternando con e^xkóa (*escoba*), y asimismo en una canción popular: si no áde rexatárme nó me kautibe' (*si no has de rescatarme no me cautives*); sin embargo, no estoy aún completamente seguro de que no se trate en este caso de error o de defecto de audición.

La *s* delante de **ʔ**¹ (en la escritura *b* o *v*) pasa asimismo a ‘; ejemplos: ře‘balón (*resbalón*), la‘bála; ésta es la pronunciación culta. Pero como los labios, ya durante la aspiración, pasan a formar un estrechamiento, muy a menudo en lugar de ‘b aparece una ʔ de ataque sordo: řeʔbalón, laʔbála‘; la ʔ se forma siempre muy relajadamente y tiene, por lo tanto, sonido poco intenso. En interior de palabra aparece, en el habla vulgar, una simple ʔ de tipo usual en vez de la ʔb que hemos descrito; así, pues: řeʔalón, řeʔaláo, řeʔála; no obstante, en palabras compuestas y en casos de fonética sintáctica, es raro, aun en la lengua vulgar, ir más allá de ‘b o ʔb: de‘béido o deʔbéido (*desvaído*); es rara también la asimilación completa del primer elemento al segundo: labbála‘, debbéido, o la pérdida del primero: la bála.

La *s* delante de *w* (inicial; bilabial, con abocinamiento y con fuerte estrechamiento dorso-postpalatal o velar) se corresponde perfectamente, en su manera de comportarse, con la *s* seguida de *b*, sólo que — como ocurría con *s* + *k* — la ‘ es reemplazada por ^x: lo^xwéso (*los huesos*), lo^xwenosómbre‘ (*los buenos hombres*), lo^xwáso (*los guasos*), más raramente lowwéso‘; a veces, también, sencillamente lo wéso, como la bála (sólo en el habla de los guasos).

La *s* seguida de *g* y de *ý* — *g* fricativa velar y medio palatal respectivamente — da lugar a las correspondientes variedades: la‘gayína‘ o, más a menudo, la^xgayína‘ (*las gallinas*). No es rara en este caso la asimilación que da por resultado una *g*, *ý* larga o sencilla laggayína gránde góǵda (*las gallinas grandes gordas*, grito de los vendedores de gallinas); laxýinda > laýýinda > la ýinda (*las guindas*). En interior de palabra, correspondiendo exactamente a la ʔ de řeʔalár, aparece en la pronunciación del bajo pueblo una *x* o ʔ sorda simple (*x* con

¹ Probablemente delante de *b*, *d*, *g* haya que partir, en rigor, de la pronunciación de *z* (*s* sonora). Pero debido a la formación imperfecta del estrechamiento bucal ha ocurrido, sin duda, la pérdida de sonoridad glótica (cf. *Kuhns Zeitschr.*, xxix, pág. 52, acerca del pasaje de ž a x).

simultánea fricación bilabial en posición de *u*): *ařexáo* (*arriesgado*), *řaxaúra* (*rasgadura*), *řuxál* (*juzgar*), *řařuñál*, *řařuño* (*rasguñar, rasguño*). En palabras compuestas parece — como en el caso de *ř* — que no se produce pérdida completa de la sonoridad: *de^xgařál* (*desgarrar*); la pérdida completa se considera en general como vulgarismo; el chileno educado dice *řu^xgár* o *xu^xgár*. Las personas semicultas hasta escriben, no pocas veces, *rajuñar* y pronuncian conforme a esa grafía.

El grupo *sd* se comporta en forma diversa de la de los ya mencionados. Según he podido comprobar, nunca se produce en este caso una fricativa sorda claramente perceptible, como admite Sievers (en STORM, *Engl. Phil.*, l. c.) para «*lo Do Dientes*, casi como la pronunciación inglesa de *lo thoth-*». O se pronuncia *lo^o do^o diente^o* o bien *lo^odo^odiénte^o*. La *đ* representa una *d* con oclusión más enérgica que la habitual y que sólo aparece como representante de *sd*; es también más postdental y hasta, a menudo, casi interdental al formar el ápice oclusión con el borde inferior de los incisivos superiores. La *d* corriente forma la oclusión en el límite entre alvéolos e incisivos, y cuando se articula imperfectamente no se convierte en *đ* (interdental o postdental, como el inglés *th*), pronunciación que he escuchado, por ejemplo, en el portugués *náđa* —, sino que se transforma en un fonema en el cual la sonoridad domina en absoluto al debilísimo rumor consonántico de fricación. Lo representaré con una ^d sobre la caja del renglón o simplemente con *đ*, quedando ya el lector avisado sobre esta particularidad.

El chileno no presenta, en general, *đ* ni *θ* puras, si bien la oclusión dental de la *đ* nunca es completa debido a la desigualdad de los dientes.

Delante de *m* y de *n*, o bien aparece ^d o bien — más raramente — los órganos, inmediatamente después de la vocal, pasan a formar *m*, *n*, cuya pronunciación comienza entonces siendo sorda a causa de que la corriente de aire que correspondería a la *s* sale por la nariz; así, pues: *pá^dman*, *mí^dmo*, *kuaré^dma*, *durá^dno*, *ařebu^dnío* (*arrebuznido*, ‘rebuzno’) o, con menos fre-

cuencia: **pámman**, **mím̄mo**, **kuarém̄ma**, **duráño**. Son raras las asimilaciones completas; donde más a menudo las he observado es en **lo mím̄mo** o **lo mīmo** en lugar de **mi'mo**; los guasos dicen **mé'mo** o **mémo**, conservando la forma del español antiguo *mesmo*. En *colisnabo* (Tolhausen menciona sólo *colinabo*), suele oírse a menudo, en vez de **koli'náo**, la forma **koli^xnáo**, con una ^x débil, esto es, con acomodación del soplo a la vocal *i*. Parecido es el cambio de **ku'tiún** (*cuestión*) en **ku^xtiún** o **kuϕtiún**. No es rara la desaparición total de *s* final por razones de fonética sintáctica: **la'máire**, **lam̄máire** (poco usual), **lamáire** (= *las madres*); en este último caso con pronunciación casi idéntica — o absolutamente idéntica — en singular y en plural. A veces, sólo queda de la *s* cierto exceso de energía en la pronunciación de la vocal, pero sin llegar a una aspiración que interrumpa la sonoridad glótica: **mi'mo**, **durá'no**.

Igual proceso se cumple delante de *l*: **ajso'láyo**, o, con *l* sorda: **ajso|láyo** (*al soslayo*); más raramente **ajso|láyo**, **mú'lo** o también — y las más veces — **mú|llo** y **mú|llo** con *l* geminada (*muslo*); lo mismo en fonética sintáctica, sólo que en este caso desaparece con frecuencia completamente la *s*.

Delante de *r* se produce siempre asimilación, con pérdida parcial o total de la sonoridad, aun cuando se trate de una *r* inicial de palabra: **lo'řéye'** se transforma, pues, por lo general en **lošéye'** o **lořřéye'** o **lořéye'** (*los reyes*), con *r* sorda.

Los cultismos que contienen *nst* o *nsp*, tan poco castellanos, pierden en el habla popular la *n*: **ko'tutusión** (*constitución*), **i'titúto** (*instituto*); sin embargo, es corriente también, junto a **e'peutór**, la forma **empeutór** (*inspector*).

III. *j, f; y, ll; b, v; hue, hua*

En España, la pronunciación de la *j* (que delante de *e* y de *i* escriben los españoles a menudo *g*, absurda grafía etimológica, poco usual en Chile) es **x**, postpalatal fricativa sorda. En Madrid se considera pronunciación incorrecta el avanzar

el punto de articulación de la *j* cuando va seguida de *e*, *i*. También suele formarse, sin duda, este fonema como prevelar; pero entonces, a juzgar por mis propias observaciones, resulta siempre una consonante puramente fricativa, nunca con vibración áspera (velar) como en alemán *ach* y en la *ch* suiza. Hacia 1600 este sonido de *x* se hizo general; procede de dos fonemas distintos por lo menos: de una *š* dorsal y de *ž* (cf. las indicaciones de PAUL FÖRSTER, § 12 y mis observaciones fisiológicas en *Kuhns Zeitschr.*, XXIX, pág. 50 sigs.).

Es claro que antes de que el cambio se cumpliera enteramente debió de precederle una época más o menos larga de vacilación. No se sabe aún con certeza la fecha en que la *x* española se igualó por completo con la *j* y con la *g* (*e*, *i*); pero no hay duda de que debió de ser distinta en las distintas regiones. Juan Pablo Bonet parece todavía diferenciar un fonema de otro; véase cómo los describe: para pronunciar *ge*, *gi*, el mudo debe «corvar la lengua más cerca de la punta de lo que la corvaba para la pronunciación primera (*ga*, *go*, *gu*)¹ y con lo corvado tocará en el paladar poco más adentro de las encías, y aunque la respiración pulse en aquella misma parte, no se ha de despegar la lengua de aquel puesto, sino quedarse pegada, y este mismo sonido tendrá la *i* cuando hubiere de servir de jota» (págs. 140-1). Con esto se alude, evidentemente, a una dorsomedialpalatal fricativa.

Acerca de la *x* dice Bonet (págs. 104, 145) que según ciertos autores (se refiere sin duda a los gramáticos latinos) equivale a *c + s*, *g + s*, pero que en español ambos sonidos se funden uno en otro: la *x* sería «una respiración que no puede pronunciarse tan simple que no participe algo de esas dos letras, porque a cada una le toma la mitad de su sonido, y de los dos medios haze uno, que es el suyo. Y así empieza la respiración estando la lengua en la parte que suele para formar la *c*,

¹ Este sonido se forma del siguiente modo (págs. 85, 140): «encorvándose la lengua hiere en el paladar alto con la mitad della».

con el sonido de *ca*, y baxa por el paladar adelante acabar donde se forma la *s*, de manera que queriendo pronunciar la *c* gutural y la *s* aprisa, se pronuncia y forma este sonido, que significa y tiene por nombre la *x*». A juzgar por esta descripción, quizá fuera posible que la *x* de Bonet tuviera a la vez fricación postpalatal y alveolar; pero también pudo suceder que la descripción resultara exagerada por la intención de descubrir en ese fonema algo de *k* y de *s*. De todos modos, sería extraño que *ge* y *xa* tuvieran exactamente el mismo sonido sin que Bonet hiciera referencia alguna a ese hecho. No recuerdo ningún pasaje en que Bonet confunda *x* y *ge* en un solo fonema, como lo hace con la pronunciación de *g* y *j*. Por eso, no me sorprendería que en algún rincón de América se conservaran restos de pronunciaciones distintas para la *x* y para la *g* (*j*); pues el pasaje a la *x* actual no se había cumplido definitivamente en el primer siglo de colonización española. Por las noticias que hasta ahora tengo sobre el español de América, debemos admitir como base para todas las regiones la *x* dorso-postpalatal; en el Perú parece haberse conservado este fonema en cualquier posición; en Chile, en cambio, se ha diferenciado fuertemente según la vocal que le siga, lo mismo que en Buenos Aires, si la memoria no me es infiel ¹.

Delante de *a*, se mantiene como postpalatal fricativa: *báxa*, *brúxa*, *óxa* (*hoja*), *řéxa*, *íxa* (*hija*). (En los dos últimos ejemplos, los alemanes residentes en Chile suelen pronunciar, naturalmente, *réxa*, *íxa*, en absoluta oposición a las leyes fonéticas del chileno.)

¹ [Antes ha dicho el autor que en Madrid se considera pronunciación incorrecta el avanzar el punto de articulación de la *j* cuando va seguida de *e*, *i*. Sin embargo, un avanzamiento ligero de la articulación de la *j* ante vocal anterior es lo normal en España. Cf. NAVARRO TOMÁS, *Manual*, § 131. Lo peculiar de la pronunciación chilena es el extremar ese avanzamiento haciendo la *j* mediopalatal. La pronunciación de Buenos Aires, contra los recuerdos del autor, se agrupa con la de España en abierta oposición a la chilena.]

Cuando va seguida de *o* y, más aún, de *u*, la *x* tiende — en menor grado en la pronunciación culta, más entre el pueblo bajo — a una simultánea fricación labial, de manera que a veces el español *jo* y *fo* y casi siempre *ju*, *jué*, *juí* y *fu*, *fué*, *fuí* se pronuncian absolutamente del mismo modo, pues la *f*, además de su fricación bilabial, adopta también fricación postpalatal: representaré el fonema correspondiente por φ . No se trata de un *redondeamiento* de los labios, como en varias ocasiones he venido diciendo para simplificar, porque en chileno la *o* y la *u* no tienen propiamente un redondeamiento como el que hay en alemán y más enérgicamente aún en francés, sino que los labios se acercan uno a otro en disposición muy floja, correspondiente al ángulo que forman los maxilares, y, como nota más característica, avanzan un poco abotargadamente.

De ahí que, al escribir, las personas de escasa cultura tengan continuas vacilaciones entre *f* y *j* delante de *u*: unas veces escriben *juersa* (*fuerza*) y otras *fuisioso* (*juicioso*), y aun *conjorme* (*conforme*). No he hallado todavía, aunque tal vez se deba a casualidad, *fornalero* en vez de *jornalero*, o casos análogos.

Se pronuncian φ uégó = *juego* y *fuego*, φ uérsa (*fuerza*), φ uébe (*jueves*), φ uýéte (*juguete*), φ uláno. En la φ predomina unas veces la fricación postpalatal, otras la bilabial, pero con independencia absoluta de la ortografía; mientras que delante de *o* la grafía *j* corresponde a una *x* algo labializada, y la *f* a una φ con débil fricación palatal, que sólo bajo condiciones favorables se transforma en una verdadera φ o en *x*, como en *conforme*, que resulta entonces *konxórma*.

Ante *e*, *i*, la *x*, como todas las dorso-postpalatales, se vuelve en chileno mediopalatal y hasta prepalatal: χ énero, χ enerál, χ énte, *mu χ ér*, que no pocas veces suenan como χ iénte, *mu χ iér*; χ iro, χ inéte, etc.

¹ [La *f* bilabial, φ , es muy abundante tanto en las hablas rústicas de la Península como de América. Véase A. Alonso y A. Rosenblat, *BDH*, I, nota de las págs. 137-138.]

Acerca de la *f*, sólo hay que observar que la pronunciación general que domina entre el pueblo es la bilabial: φρέnte, φιέbre, φanága, φάxa (*faja*), αρφιλέλ (*alfiler*); así también lo corriente es un ómbre φormál. Sobre la labialización delante de *u*, véase más arriba. Entre las personas educadas se puede encontrar también, alternando con φ, la labiodental *f*, pero raras veces o nunca seguida de *u*. Creo que tampoco en España es rara la φ bilabial, pero me faltan datos más precisos sobre este punto ¹.

La *y* ha permanecido absolutamente invariable; es, como en español, dorso-mediopalatal fricativa sonora, abierta, mientras que la *j* alemana, en la mayoría de las localidades del norte de Alemania, se articula con mayor estrechamiento; por lo menos, yo percibo fácilmente diferencia de sonido entre *mi ja* alemán y el *ya* español. Este fonema se escribe en español *y*, o a veces *hi*, como en *hierba*, que alterna con *yerba*; *hierro*, *yerro* ². En cambio, después de consonante se mantiene la pronunciación *ie*, tanto en España como en Chile, es decir, *i* (puramente vocálica) + *e*, sin que pase a *j*, como en francés ³. Así, pues: *bién*, nunca *bjén* como franc. *bjē*; *tiéne*, no *tjéne*, ni *txéne* correspondientes al franc. *tiē* o *txē*. En interior de palabra se conserva el mismo fonema, por ejemplo: *ayúa* (*ayuda*), *láya*, etc.

Con esta *y* se ha igualado completamente en santiaguino la llamada *l* «mojada», en la escritura española *ll*. Ha ocurrido, pues, el mismo cambio que en francés. En español la *ll* es una *l* pura (cf. *Kuhns Zeitchr.*, XXIX, pág. 30 sigs.) y no *lj* ³. El

¹ Es falsa la afirmación de Baist (*Grundriss* de GRÖBER, I, pág. 693) de que *y* está por *i* en comienzo y en final de diptongo: *yegua*, *hay*; *yegua* se pronuncia *ye-*, no *ie-*, mientras que *hay*, *rey* se pronuncian (y en Chile se escriben) *hai*, *rei*. Comp. las acertadas consideraciones de ESCRICHE Y MIEG, *Reforma*, págs. 33 y 47.

² [Sobre los diptongos españoles, el doctor Lenz tenía una opinión muy personal, de que nos ocuparemos más adelante].

³ La observación de PAUL FÖRSTER (§ 14) de que *ll* es un sonido compuesto, *ly*, es falsa. Con razón defiende ESCRICHE Y MIEG, en su re-

pasaje a y se ha producido también en otras regiones del español, por ejemplo — si no me equivoco — en Costa Rica. En Buenos Aires la *ll* se ha transformado en *ž*; por ejemplo *řóžo* = *rollo*. En Chile, como ya lo he hecho notar, el cambio está limitado al centro del país; el sur conserva la *ll*, que es también muy frecuente en araucano, y la conserva también el norte de Chile, y el Perú. No he podido aún establecer cuáles son los límites de *ll* e *y*. Tenemos, pues: *yáma*, *yamál* (*llamar*), *yegába* (*llegaba*), *yóro* (*lloro*), *yúbia* (*lluvia*), *řáya* (*falla*), *éyo*, *póyo*, *búya*. Únicamente en contacto con *i* es cuando me parece que la fricación se forma con mayor apretamiento, acercándose más a la *j* alemana: *bríya*, *piyi'kón* (*pellizcón*), *ayí* (*allí*), *piyándo* (*pillando*), etc.

Más complejo es el problema de las labiales fricativas sonoras en español. ¿Qué son la *b* y la *v* españolas? Baist acierta, en lo esencial, al responder (*loc. cit.*, pág. 694) que «*b* y *v* son idénticas: bilabiales, con cierre muy relajado de los labios; más enérgico, por lo regular, después de *m*». En cambio, son absolutamente inadmisibles, una vez más, las indicaciones de PAUL FÖRSTER (*loc. cit.*, § 6,1 y § 6,2), para quien la *b* sería una bilabial oclusiva que sólo entre vocales se formaría con oclusión muy relajada: de ahí su semejanza con la *v*; la *v* sería una labiodental. ESCRICHE Y MIEG afirma, con razón, que, ya se escriba *b* o *v*, para un español son equivalentes, y propone escribir siempre *b*; pasa por alto el que en español existen, a pesar de eso, dos pronunciaciones de la *b* o *v*. Según mis observaciones, lo que ocurre es lo siguiente:

1. La *v* labiodental no pertenece al sistema fonético usual en español. Si aparece en ciertos casos aislados, se trata de una pronunciación enteramente artificial.
2. La distinción etimológica entre *b* y *v* — tal como la hace

forma ortográfica, la absoluta indivisibilidad de la *ll* española — como de la *ñ*, *rr* y *ch* —; para los españoles, ya el silabeo es prueba segura de ello.

en la ortografía la Academia, y aun prescindiendo de sus errores, voluntarios o no: *abogado*, *bermejo*, *invierno*, etc. — no está confirmada de ningún modo por la pronunciación.

3. El sonido habitual de ambas letras es **ɸ**, vale decir, bilabial fricativa sonora relajada.

4. La **b** bilabial oclusiva aparece después de *m* (por ejemplo *ambos*), aun en los casos en que se escriba *nv*: *imbiéjno*, *embídja*, *kombersaθión* (ésta es la pronunciación natural y espontánea); el mismo fonema es el normal en fin de sílaba: *club*, *subscripción*, *subjetivo*, *observar*, etc.; pero todas estas palabras son extranjerismos o productos del afán etimologizante de la Academia.

5. En posición inicial no es raro que aparezca **b** alternando con **ɸ**; la **b** es también usual, por lo menos en España, después de *r* y *l*: *árbol*, *alba*.

Las mismas reglas de pronunciación valen para el Perú y para el habla culta de Santiago de Chile (sólo que aquí se dice, según creo, *árbol*, *álba*)¹.

En el habla popular de Santiago la **ɸ** se forma siempre muy relajada, de tal modo que no es raro que la sonoridad anule por completo la perceptibilidad del débil ruido fricativo. Donde más cerca de su desaparición total está la **ɸ** es en proximidad de *o*, *u*, y más bien después de sílaba acentuada que inmediatamente antes del acento.

La pronunciación de la *b* inicial depende, naturalmente, de la fonética sintáctica. Después de pausa, la **ɸ** usual es reemplazada, no pocas veces, por una **b** completamente oclusiva, en particular cuando la palabra se pronuncia con acentuación enérgica. Me parece absolutamente imposible fijar reglas para estos casos. Tenemos, pues: *háyase* o *báyase*, *béo* o *béo*, etc. Después de vocal se usa sólo **ɸ**; así: ¡*ké se báya*, *pué!* (¡*que se vaya, pues!*), ¿*no be?* (= '¿ve usted?'). Entre dos *aes* el fonema

¹ [Después de *r* y *l*, *árbol*, *alba*, la *b* es fricativa (**ɸ**, no **b**), tanto en Santiago de Chile como en el resto de América y de España. En Chile es especialmente relajada].

resulta particularmente débil; a menudo no queda de él más que una contracción del labio inferior sin disminución de la abertura de las mandíbulas: *la(b)áka*, *una(b)ála*. Delante de *o* y de *u*, la vocal se pronuncia con menor abertura labial que la acostumbrada, y, ocasionalmente, avanzando ligeramente los labios. Yo puedo pronunciar así *la(b)óla* en tal forma que la abertura de los labios después de la *a* no tenga menos de 2 centímetros de ancho y $\frac{3}{4}$ de centímetro de altura. A menudo la *b* se asimila por entero a la *u* siguiente, de manera que la diferencia entre *la uba* (*la uva*) y *la 'ula* (*la bula*; con ' represento una mayor energía al comienzo del débil redondeamiento) está señalada por una presión espiratoria algo más intensa al principio de la articulación de la *u*. *Bue* se transforma las más veces en *we* — *w* es la sonora, descrita más arriba, correspondiente a φ —; por lo tanto, la inicial de *bueno* resulta exactamente igual a la de *hueso*, *huevo*, *guas*, *guanaco*: *wéso*, *wébo*, *wáso*, *wanáco*. Esta *w* se distingue de la *w* inglesa por la clara fricación postpalatal, que, por lo demás, parece faltar en castellano.

Después de nasal, toda *b*, *d*, *g* es en chileno, como en castellano, firmemente oclusiva, con simultánea asimilación del punto de oclusión de la nasal a la consonante siguiente: *úmbino*, *úmbáso*, pero *erbino*, *erbáso* (*vino*, *vaso*). Los españoles dicen siempre — y los chilenos cultos, a menudo — *umbuembino*, *embuelto*; pero lo corriente entre el pueblo es *unguembino*, *enjuéto*; en cambio, *unguéso* (*un hueso*) parece ser usual también en España (cf. ESCRICHE, *loc. cit.*, pág. 50)¹. El que en español se escriba *hue*, pero *gua*, es cosa accidental; el sonido es uno mismo, tanto en *wéso* como en *wánda*; igualmente imperceptible es la diferencia entre *bueno* y *güeno*, como suele encontrarse en textos antiguos.

¹ [La pronunciación *güe* por *bue* es tan corriente en España como en Chile y en otros países americanos. En casi todas partes es vulgar o rústica. Véase A. ALONSO y A. ROSENBLAT, notas en *BHD*, I, págs. 150 y 155, y el estudio de A. ALONSO sobre *Equivalencia acústica* en el mismo volumen, pág. 440 y sigs.]

Los grupos *bl* y *br* iniciales tienen aquí, por lo general, tanto en el pueblo como entre las gentes educadas, una **b** muy imperfecta; lo común es que aparezca una *l*, *r* débilmente redondeada precedida de sonoridad glótica: **b**(l)áñko, **b**(r)óma = *blanco*, *broma* (los paréntesis indican redondeamiento de la *l*, *r*).

La tendencia que siempre ha tenido la **b** española, ante *o* lo mismo que ante *u*, a formar estrechamiento postpalatal, está demostrada por arcaísmos — usados también en Chile — como *gómilo*, junto a *vómilo*; aquí no es raro oírlo también en otras palabras, como *golantín*, junto a *bolantín* (*volantín*, 'la cometa'), y hasta *gróma* alternando con *bróma*.

En posición interior entre vocales, la **b**, como ya he dicho más arriba, inmediatamente antes del acento es más fuerte que después de él; así, pues: *akabá^ba* (**b** = *b* imperfecta); especialmente en la terminación *aba* del imperfecto es donde la **b** desaparece a menudo casi por completo; *akabáa* puede equivaler a *acababa* tanto como a *acabada*; řó^ba, řo^báo. En el habla vulgar lo corriente es la desaparición completa de la **b** en el grupo *ábo*: řáo (*rabo*), náo (*nabo*).

En posición interior delante de consonante: *abrás* (*abrazo*), *sóbre*, *póbre*, *páb*lo, los labios se acercan uno a otro de manera siempre muy relajada, produciendo un sonido casi completamente vocálico, de timbre impreciso. Esto explica fácilmente por qué en antiguo español se intercambiaban continuamente en la escritura las letras *b*, *v*, *u*; grafías como *debda* junto a *deuda*, *cabtela* y *cautela* indican, pues, pronunciaciones, si no iguales, por lo menos muy parecidas; *Pablo* suena casi exactamente como en italiano *Paolo*. La evolución especial del español de Chile no ha introducido en este punto ninguna novedad, sino que ha conservado fielmente rasgos antiguos que en el español académico, quizás enturbiado ahora muchas veces por la escuela y la ortografía, aparecen como exagerados y apartadizos ¹.

¹ [El autor desconocía que hasta la segunda mitad del siglo XVI la *b* era en español bilabial oclusiva, y la *v* bilabial fricativa. Contra la afirmación

Las mismas gradaciones se presentan después de *r* y de *l*: la **bárba**, **sórbo** o **sór^{bo}**, llegando hasta la desaparición de la **b** en la (*r*) con redondeamiento: **só(r)o**, **arbañil** (*albañil*), **pórbo** (*polvo*), etc. Cf. lo dicho sobre la *l* en *Estudios Chilenos*, I.

Después de *m*, la *b* se mantiene oclusiva, como he indicado más arriba: **ámbos**; únicamente *también* se oye a menudo decir **tamién**, pero esto ocurre asimismo, según CUERVO, *Lenguaje bogotano*, § 666 [6.^a edición, § 788], en Colombia y aun en España misma. De igual modo que en el caso de *pa* en lugar de *para*, no se trata aquí de cambio fonético chileno, sino de importación de dobles formas.

La *b* final de sílaba, que las personas educadas pronuncian en *club*, *sub-*, *ob-*, es imposible para el pueblo: cuando no desaparece — como en **susí'te** (*subsiste*) — se transforma en *u*: **ausolúto**. Por lo demás, ha de tenerse presente que en el habla culta esta *b* no pierde su sonoridad ni aun delante de consonantes sordas: **obxéto**, **absolúto**, o también, con frecuencia: **ob^exéto**, **ab^esolúto**, pero nunca **apsolúto**, **opxéto**.

9 de marzo de 1891.

del autor, justamente en la articulación de la *b*, Chile ha cumplido una evolución, no en dirección distinta de la del resto de nuestros países, pero sí mucho más avanzada. Según nuestra experiencia personal y según nuestras noticias, en ninguna otra región de América ni de España se pronuncia la *b* tan relajada como en Chile, y ésta es una de las más decisivas características de la pronunciación chilena.]

IV

P, f, c(a, o, u), ch, b, d, g, m, n, ñ

Las oclusivas sordas son los fonemas más fijos del chileno; no sufren ningún cambio espontáneo, y sólo raras veces son afectadas por la articulación de los sonidos vecinos. Pero esto vale únicamente para la *p, t, k*, genuinamente castellanas; grupos consonánticos que chocan contra las leyes fonéticas del español, y que por tanto sólo se encuentran en palabras cultas — latinismos, helenismos o cualquier otra clase de extranjerismo — son para el pueblo de pronunciación imposible y desaparecen por lo general de acuerdo con las mismas leyes que encontramos en la formación del español o en la adopción de palabras librescás en antiguo español ¹.

P y *t* en comienzo de sílaba permanecen invariables; *p*, sorda bilabial oclusiva; *t*, áptico-postdental o subalveolar oclusiva. Sobre la asimilación chilena de la *t* al punto de articulación de la *r* que precede o sigue, así como de la transformación de *t* y *tr* (=tʃ), cf. *Estudios chilenos* I, pág. 107 sigs. Ejemplos: *papa, pampa, arpa, primero, pluma; çerpa (felpa)*, etc.; *lanto, aláo (alado), traigo* o tʃaigo, *arło* o, más frecuente, *arło*. *k*, en la escritura *ca, co, cu, que, qui*, acerca su punto de arti-

¹ [Lenz se refiere a los llamados grupos cultos: *acto, acción, apto, obstruir, columna, digno, atmósfera*, etc. Sobre la historia de estos grupos en el español literario véase R. J. CUERVO, *Disquisiciones sobre antiqua ortografía y pronunciación castellanas*, en *Revue Hispanique*, tomo II, 1895, págs. 1-69, y tomo V, 1898, págs. 273-313.]

culación al de la vocal siguiente; así como se pronuncia *xa*, pero *xe*, así también se pronuncia *ka*, *ko*, *ku*, dorso postpalatal, pero *ke*, *ki* con oclusión medio-prepalatal y acanalamiento prepalatal (véase *Kuhns Zeitschrift*, t. XXIX, pág. 21 sig.) o al menos con oclusión mediopalatal. La fricación que se añade a la *k* suena con claridad variable y es más perceptible delante de *e* que de *i*; así, pues: *kása*, *kómo*, *kúra*, pero *késo* (*queso*), *kea* (*queda*), *kíta* (*quita*). *Que* no se distingue, por lo regular, de *quie*, pues, por un lado, esta *i* queda absorbida en la fricación que se añade a la *k*, y por otro en *que*, al pasar la lengua de la oclusión a la posición de *e*, tiene que pasar por un estrechamiento de *i*. De esta manera se borra por completo la correspondencia — tan importante para la morfología — entre *ie* acentuado y *e* inacentuada después de *k* (*querer*, *quiero*), aunque parece como si ante vocal acentuada la fricación añadida tuviera a menudo más marcado su carácter de *i* que ante vocal inacentuada; así: *kéro*, *kére*, pero también *kerímo'*, *kerí'* (= *quiero*, *quiere*, *queremos*, *queréis*), y asimismo *kéo*, *kéa*, *keámo'*, *keái'* (= *quedo*, *queda*, *quedamos*, *quedáis*), aunque, como queda dicho, en *kéro* y *kéo* la fricación añadida a la *k* tiene a veces más acentuado carácter de *i* que en *kerímo'*, *keámo'*.

Sobre el empleo de *k* y de *k* con oclusión incompleta después de *s*, he hablado en estos *Estudios chilenos* II, pág. 133.

P, *t*, *k* en final de sílaba son impropias del castellano. Hay que distinguir dos casos:

1. Ante consonantes sonoras la *t* y la *k* se vuelven sonoras¹: *técnico* > *tég^onico*, *Tacna* > *Tág^ona*², *átlas* > *ád^olas*, *atlántico* > *ad^olántico*; esta pronunciación — por lo general con clara sonoridad glótica entre las dos consonantes, por lo cual la *g*, *d* se vuelven iniciales de sílaba — es la de toda persona educada en Chile, y probablemente también en otras zonas del español.

¹ Para la *p* me faltan ejemplos; las palabras que tengo son todas no latinas.

² En la misma Tacna se dice *táxna*; la forma popular chilena es *Taina*.

2. Ante sordas, los frecuentes grupos latinos *pt*, *ps*, *kt*, *ks* (= *x*), etc.

En las palabras populares estos grupos de consonantes no se han conservado; en los cultismos de época reciente el antiguo español presenta a menudo *u* en lugar de *p* y de *k*. El habla vulgar de Chile ha conservado en parte formas antiguas en las que la Academia ha querido poner las letras latinas; así *řesetól* < *receptor*, *kondúta* < *conducta*, etc. (cf. también CUERVO, *Leng. bogot.*, § 667). Así se dice también *satiqasión* < *satisfacción*, *espetíbo* < *efectivo*, *esixen* < *exigen*, *esistir* < *existir* y muchos otros. Pero la mayor parte de las palabras se pronuncian en Santiago con *u* en lugar de la *k* o de la *p*: *cáusula* < *cápsula*, *conseusión* < *concepción*, *preseutol* < *preceptor*, *caráuter* < *carácter*, *ausión* < *acción*, *reuto* < *recto*, *estrauto* < *extracto*, *eféuto* < *efecto*, etc. Junto a estas formas parece también haber otras con *i*, como indica CUERVO para Bogotá: *caráiter*, *aición*, *satisfaición* (*loc. cit.*, § 681); yo no he oído en Chile esta pronunciación¹.

Las personas educadas pronuncian todas estas palabras tal como se escriben; pero las semi-educadas (*medio pelo*), que saben que la pronunciación con *u* es «ordinaria» y que hay que evitarla, no saben, por lo general, si hay que pronunciar *p* o *k*, y por lo tanto dicen a menudo: *consecsión*, *presector*, *acstrapto*, así como *ecsétera* en vez de *etcétera* (no hay ningún otro caso de *ts* en español). Lo cómico es que, en su afán de hablar con corrección, suelen decir también *farmaséctico* en lugar de *farmacéutico*. Estos trabucamientos parecen ser muy frecuentes en todas las regiones hispanohablantes; CUERVO, *loc. cit.*, § 681, da muchos ejemplos. Se trata aquí de *trabucamiento*, y no de

¹ [En las hablas rurales y vulgares de todos nuestros países, estos grupos se simplifican o perdiéndose la primera consonante (*dotor*, *lección*, *columna*, etc.), o vocalizándose (*doutor* o *doitor*, *faición*, etc.). Véase A. M. ESPINOSA, *BDH*, I, §§ 168 a 179, 181 y notas de A. Alonso y A. Rosenblat, y E. F. TISCORNIA, *BDH*, III, § 56.]

cambio fonético como admite Cuervo cuando dice: «El primer grado de esta transformación (es decir *efepto* en lugar de *efecto*) es genial del válaco, v. gr. *copt* = *coctum*, *fript* = *frictum*. Del segundo (*efeuto* por *efecto*) tenemos ejemplo en *auto* = *actum*, y la pronunciación bogotana da la clave para explicar este hecho». El *cambio fonético* rumano no tiene nada que ver con el *trabucamiento fonético* español. Cambio fonético hay solo entre *ekto* > *euto*, *epsión* > *eusión* ¹.

El modo de producirse el cambio se puede observar a diario. Para los chilenos educados, decir *efecto*, *carácter*, *preceptor* es incómodo y difícil; para el hombre del pueblo, casi imposible. Existe, ante todo, la tendencia a dar sonoridad a la primera consonante, lo que para un alemán sería de pronunciación muy molesta si se sigue consonante sorda. Es frecuente oír *efeg-to*, *carág-ter*, *conseb-sión*, en que se articulan plenamente *g*, *b*, seguidas a menudo de sonoridad epentética. Ahora bien: en cuanto no se realiza la oclusión completamente, aparece la sonoridad contaminada de cierta consonantización postpalatal (para la *k*) o labial (para la *p*), y esa sonoridad se convierte rápidamente en la vocal homorgánica. Este pasaje se explica considerando que toda lengua tiene cierto temor a los fonemas nuevos que se parezcan mucho a los antiguos ya existentes. Esto hay que comprenderlo con criterio puramente fisiológico. A toda articulación corresponde un peculiar sentimiento motor, un modo y dirección de inervación propios. A todas estas direcciones corresponden en cada dialecto determinadas leyes que fijan su capacidad de combinación. Pues bien: cuando a la lengua se le impone un fonema que no es admisible según las leyes [fonéticas] dominantes, se asimila — tratándose en lo posible de conservar al principio su efecto acústico — a las

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILE

¹ [En la sexta edición Cuervo trata de estos trabucamientos, que él llama *trocantintas*, en los §§ 842-849. El pasaje censurado aquí por Lenz ha sido suprimido. Cuervo no dió más tarde estas alteraciones como cambios fonéticos.]

otras combinaciones permitidas (en nuestro caso $kt > gt$). Si el camino de inervación se roza con otro que sea más frecuente en la correspondiente combinación, se produce un repentino salto a este segundo camino, parecido al salto de la electricidad de un hilo a otro conductor mejor, que se le acerque demasiado. Con otra imagen: el carro marcha por las huellas que otros carros han seguido ya en el mismo camino, en lugar de mantenerse al borde de la huella.

Cuando yo digo a mi criado la palabra *sector*, que él nunca ha oído antes, le resulta, naturalmente, un poco extraña; si le invito a repetirla, suele empezar por responder: «No puedo»; al esforzarse por pronunciarla acaba por decir: *seutol*, con el característico fonema final intermedio entre *r* y *l*, mientras el que yo he pronunciado es acaso mi *r* velar alemana. Él quiere pronunciar también *kt*; pero no encuentra el camino verdadero, sino otro próximo y que ya le es familiar; el de *ut*. Así, pues, se explica también que dos articulaciones — *u*, *i* — aparentemente tan alejadas, puedan proceder de la misma *k*. Apenas la postalatal *g* o *g* se transforman en vocal, exigen por eso mismo la más fuerte elevación posible de la lengua. Pero no es posible articular una vocal pura con estrechamiento postalatal; de ahí que sobrevenga un debilitamiento del impulso de elevación hacia adelante — dando *i* — o hacia atrás — dando *u* —, según que la lengua encuentre uno u otro fonema más cómodo, más próximo al esquema habitual.

Con lo dicho se justifica que los gramáticos españoles vacilen entre las pronunciaciones *ks* y *gs* correspondientes a la *x*. Yo creía antes que la afirmación, repetida en la mayoría de las gramáticas españolas, de que *x* equivale a *k+s* o a *g+s*, debía su origen a la gramática latina, según la cual en vez de *k+s* y de *g+s* aparece una *x*, explicación que, por tanto, es de orden etimológico y no descriptivo. Pero me he convencido de que, efectivamente, junto a *eksamen* se dice también *egsámen*, pero nunca la *s* se vuelve a su vez sonora, como en francés *examen*.

La adopción de la grafía etimológica *x* ante consonante ha

sido, por lo demás, uno de los mayores disparates de los académicos españoles. Mientras antes se escribía, tal como se pronunciaba, *esposición, estranjero*, ahora hay hasta hablantes «cultos» que quisieran hablar como la Academia escribe: *exposición, extranjero*; pero como no siempre el diccionario está a mano, también se escribe y se imprime gustosamente *extricto, extrangular*, etc., y así como se escribe, así hay que pronunciar, por mucho que cueste. Así, confusión sobre confusión, sólo para que los señores académicos puedan lucir su erudición etimologista. Por suerte, en América, y especialmente en Chile, domina una razonable ortografía fonética ¹, e impresiona como afectado el pronunciar *eksposición, ekstranjero*, mientras que *s* por *x* entre vocales (*esistir, esamen*) se considera vulgarismo. (Lo mismo ocurre en España; cf. ESCRICHE Y MIEG, *Reforma*, pág. 38 sig. [y T. NAVARRO TOMÁS, *Manual*, § 129].)

La *ê* (en la escritura *ch*) es un fonema muy grato para los chilenos, lo que a mi juicio se debe a la gran frecuencia de *ch* en araucano; esta consonante desempeña papel muy importante en la formación de neologismos y en los cambios humorísticos de la forma de las palabras, en particular también en el habla de los niños. Asimismo a los araucanos les gusta, según Febrés, emplear formas cariñosas con *ch* en vez de *t*; en esa lengua también la *s* española se reproduce con *ch*: *chiñura = señora* (Febrés). Que la *ch* — así como la *t*, *l*, *n* — no es en ningún modo una combinación de *t + š*, como tan inexplicablemente y tan a menudo suelen todavía imaginarse fonéticos alemanes e ingleses, sino que es un fonema simple (de combinación), es evidente para todos los románicos que lo poseen; del origen y formación de este fonema he tratado con detenimiento en *Kuhns Zeitschr.*, XXIX, pág. 27 sigs.

En Santiago es de empleo corriente, junto a la verdadera *ê*, otra que se acerca a *t'* y una *t'š* próxima a *ts* dorsal. La *ch*

¹ Desde hace años la ortografía de Bello ha sido nuevamente reemplazada por la académica.

no sufre ninguna clase de cambio. La *n* delante de *ch* debería con más exactitud representarse ñ. La *ch* va a menudo precedida de *l* — mejor ¡ — y transforma la *r* en esta ¡: *málĉa*, *cólĉo*, *e'káĉa* (*escarcha*), *pélĉa*, etc. (Cf. *Estudios chilenos*, I, al tratar la *r*; en este tomo, pág. 115 sig.) La *ch* española no aparece ni delante ni tras otras consonantes.

Las oclusivas sonoras *b*, *d*, *g* se forman con oclusión completa casi únicamente después de la nasal correspondiente, pues la oclusión bucal de la nasal sólo desaparece un momento después de cerrarse la abertura velo-faríngea. La asimilación del sonido nasal — que se escribe siempre *n*, excepto cuando va en posición interior seguida de *b*, *p*¹ — a la oclusiva siguiente es obligada en interior de palabra y también por fonética sintáctica, siempre que no medie una pausa notoria entre ambas palabras. Así, pues, no sólo *pampa*, *calambre*, *hombre*, *mimbre*, *engüerto*²; *tinta*, *senda*, *gancho*³; *blanco*, *inquilino*, *rengo*, *mereñgue*, sino también *um pan*, *um bino*, *uñ güey* (*um buey*); *un tintero*; *un día*; *uñ chancho*; *uñ cordero*, *uñ gato*; *uñ quilo*; *uñ yanto* (*llanto*); *uñ ýiso* (*guiso*). En este último caso se suele también decir *uñ ýiso*, pero lo usual es no formar una oclusión completa (cf. más abajo, nasal seguida de fricativa).

Prescindiendo de *b*, *d*, *g* después de nasal, la lengua culta conoce la pronunciación *b*, *d*, *g* en posición que en el español correcto es final de sílaba: *ab'soluto*, *ad'jetivo*, *Tág'na* (véase más arriba); *club*; la *d* en final de palabra (*virtud*) suena a afectado. En general, *b* y *d* en final de palabra son muy reducidas; se hace apenas un intento de articulación sin producir distintamente una *b* o *d* — no hablemos de *b* o *d*: *klu^b* suena entonces en forma parecida a *kru'* (de donde resulta también el

¹ La ñ sólo aparece, en la escritura, delante de vocal.

² Entre gente educada, *embuello*. Cf. *Estudios chilenos*, III, al tratar de la *u*.

³ A pesar de que no se oye la explosión característica de la *n*, la *n* delante de *ch* debe representarse, de acuerdo con su modo de formación, como ñ.

plural popular *kluse*), aunque *kru'* se pronuncia sin verdadero soplo, con fuerte presión espiratoria al final (cf. *Estudios chilenos*, II); análogamente *salu^d*. Entre el pueblo, la *b* final (no recuerdo ahora otro ejemplo que *club* > *clú*) y la *d* final son mudas: *verdá*, *salú*, *decí*; también en medio de palabra: *ausoluto*, *oujeto*, junto a *susi'te* (*subsiste*), *soelegao* (*subdelegado*). En los demás casos, la pronunciación normal de *b* es **b**, a lo que ya me he referido en *Estudios chilenos*, III, al tratar de *v*; a veces también **b** en comienzo de palabra después de pausa.

El comportamiento de la *d* en chileno es bastante complicado. El chileno educado emplea, según creo, dos distintas pronunciaciones de la *d*. Una es la *d* áptico subalveolar; cuando este fonema no se forma de manera perfecta—caso frecuente—queda la sonoridad laríngea, tan sólo modificada por un movimiento instantáneo del ápice, sin que este movimiento determine una oclusión firme o una fricativa *z* o *đ* perceptible. Indicaré esta *d* reducida con ^d.

El otro fonema es postdental y se articula enérgicamente: la parte más delantera del ápice llega a veces a sobresalir de los incisivos. La oclusión no es completa: por eso el sonido resultante se asemeja al de *đ*; lo represento por *đ*. En el habla popular este fonema sólo aparece como resultado de *sd*: *dēde* (*desde*), *ló đó điente* (*los dos dientes*), cf. *Est. chilenos*, II. En el habla culta se emplea este fonema como *d* final de sílaba: *ađ^oje-tivo*, *ađ^okirir*, *ađ^ovierto*. La mayoría de las palabras donde esto se observa no son populares; las pocas que lo son reemplazan la *d* por una *r* débil o por el fonema intermedio entre *r* y *l* que representa la *r* final; así *arvuelto* o *arvuelto*, *arquirío* (*adquirido*). El mismo sonido se encuentra en la palabra *ataúd*, que conserva la consonante final más a menudo que las palabras de procedencia latina terminadas en *-ad*, *-ud* (*-atem*, *-ulem*). Tenemos, pues, en la pronunciación culta: *ataúd*; entre el pueblo, lo más usual es ahora *ataú*, pero el plural es *ataúle'* y *ataúre'*, mientras que el plural culto *virtude'* o *virtudes* (popular *virtúe'*) ha sido ya reemplazado por el plural genuinamente popular *virtú* (ejem-

plo: *la siete virtud*), así como para el plural de *crú* no sólo se emplea *cruse* sino también *cru* (cf. *Estudios chilenos*, II). El singular *ataúl* parece más propio del habla de los «medio pelo» que de la del bajo pueblo. Pero sin duda esta palabra no es popular: el guaso dice *cajón de muerto* o simplemente *cajón*. Entre los «medio pelo» *ataúl* parece haberse asimilado a *baúl*, pronunciación popular *báule* (el guaso llama también *caja* al baúl grande). La acentuación *áu* nunca es popular; sobre este punto, cf. más abajo al tratar de las vocales.

La *d* intervocálica tiende a desaparecer en el habla culta. En el habla madrileña la *d* es enteramente muda sólo en la terminación *-ao* (en lugar de *-ado*) de los participios¹, pero en femenino *amada*. La *d* final de las palabras en *-ad* y *-ud* es también muda en Madrid: *verdá*, *virtú*, pero en plural *verdades*, *virtudes*; en los casos en que se pronuncia, en Madrid la *d* final resulta por lo común *đ*.

En Santiago es corriente la desaparición de la *d* intervocálica — en el habla popular y a menudo también en la pronunciación «mejor» — después de vocal. Así, pues, no sólo *amáo* sino también *amáa*, *habío*, *cardúa* (= *calduda*, 'empanada de carne y cebolla'), *deo* (*dedo*), *vía* (*vida*), *nío* (*nido*), *tóo*, *náa*. Lo mismo después de antepenúltima acentuada: *méico* (*médico*), *créito* (*crédito*), *méula* (*médula*) o también *mebla* (cf. *Pablo* < *Paulo*). Igualmente entre las sílabas penúltima y última inacentuadas: *ásio* (*ácido*), *kálio* (*cálido*); sin embargo, en esta posición la *d* es ya algo más estable: se pronuncia generalmente *sába^{do}* con movimiento del ápice en la *d*, aunque sin contacto con los alvéolos ni con los dientes superiores. A veces se presenta también este contacto dando *r* o ^{r1}: *Brígira* = *Brígida*². Sobre los cambios secundarios de las vocales en hiato producido por la caída de la *d*, hablaré más abajo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

¹ Cf. las indicaciones de Esriche y Mieg, que he confirmado por mi propia observación.

² La *đ* no es un grado de transición del cambio *đ* > ... *r*, como admite MEYER-LÜBKE, *Gramm.*, pág. 361.

Inmediatamente ante sílaba tónica, la *d* intervocálica desaparece también por completo en el habla baja; pero en este caso no es raro que se conserve una *d* reducida. La *d* sigue viviendo en el sentimiento idiomático de las gentes, de modo que reaparece al hablar con claridad, lo que ocurre — por lo menos en palabras como *vía* (*vida*), *nío* (*nido*) — entre personas que saben leer y escribir ¹. Ejemplos: *preúto* (*producto*), *siguriú* (*seguridad*), *curaéra* ('*borrachera*', de *curarse* 'emborracharse') y las numerosas palabras terminadas en *-ador*, *-adura*, etc., pero también *na^dando*, frente a *náa* (*nada*), *apara^dol* y *aparaól*, etc. Entre sílabas protónicas lo más común es la desaparición total: *preicál* (*predicar*), *ailante* (*adelante*), *soelegao* o *suelegáo* (*subdelegado*); *Magdalena da* (además de *Maudalena*; cf. más abajo) *Madalena* > *Maalena* > *Malena*.

Tratamiento muy parecido recibe la *d* en comienzo de palabra: *lo eja* = *lo deja*, *le ice* = *le dice*. Como unas mismas palabras aparecen, por consiguiente, unas veces con *d* y otras veces sin ella, hay una confusión general, especialmente entre las palabras que comienzan con *dis-*, *des-* y las que empiezan con *ex-*: no sólo se dice *e'troncão* = *destroncado*, *eligencia* = *diligencia*, sino también *desigencia* = *exigencia*, *dehcogél* = *escoger*, *desagerál* = *exagerar*.

Por otrá parte, no es sólo en la escritura de los «medio pelo» y de los «guasos plumarios» donde muy a menudo aparecen, alternando con la desaparición de *d*, grafías como *deseda* en vez de *desea*, sino que tampoco es raro oír pronunciar una *d* falsa entre vocales, claro que sólo cuando gentes de las capas sociales citadas «quieren pulirse». Hace poco he escuchado en los campos de Ñuñoa a una joven «cantora» que con toda regularidad pronunciaba *mido* en lugar de *mío*, *deseda* por *desea*, etc.: pero sólo al cantar, no en la conversación. Estos hechos son

¹ La misma diferencia de estabilidad se observa en la *b*: *robaó* tiene una *b* más clara que *ró^bo*, *ró^ba*. De manera inversa se comportó la *d* latina en español; cf. MEYER-LÜBKE, *Gramm.*, § 443.

también de interés para la consideración histórica de la lengua. Si encontramos, p. ej., en un texto medieval una de esas grafías equivocadas, como una rima entre *seda* y *deseda* (= *desea*), podremos verosíblemente inferir que la pronunciación habitual del poeta es sólo *sea-desea*, es decir, que la *d* intervocálica, en la época de composición del texto examinado, era ya *completamente* muda ¹. Pero esto no es de ningún modo indispensable. El tiempo mismo de realización de un cambio fonético tan sencillo como la pérdida de la *d* intervocálica puede requerir varios siglos. Un mismo chileno pronuncia unas mismas palabras ya con *d*, ya con *ɗ*, ya con *ɗ̣*, ya con ausencia completa de *d*; unas veces quedan dos vocales, con dos momentos de aumento de la corriente de aire espirado: *náa*, *tóo*, que podríamos representar por <◇>, otras veces se funden en una vocal larga con intensidad espiratoria decreciente: *ná*, *tó* (>) o en una vocal breve: *ná*, *tó* (◇). Todas estas cinco o seis formas existen a la vez en la lengua actual, y no bien ocurre que en una palabra se llegue a la desaparición completa de la *d*, ya queda abierta la posibilidad de que otras palabras reciban, por falsa analogía, una *d* no originaria.

De los cambios de *d* ante *r* ya he hablado en *Estudios chilenos*, I. Mi opinión actual es que el cambio *padre* > *paire* se debe simultáneamente a dos causas opuestas. Por un lado, la articulación de *dr* es, de hecho, incómoda inclusive para el chileno educado y se prefiere más bien transformarla en *pá⁴re*. Pero por otro lado las formas con *i* (*paire*) son más bien de derivar de la antigua forma *páyre* < *pagre* que a la inversa ²; en chileno, la *g* tiende en general a oclusión incompleta y a *y*. Además *pagre* se encuentra también — como lo he mencionado

¹ Cf. por ejemplo, MEYER-LÜBKE, *Gramm.*, pág. 363: *signifie-vie*.

² El pasaje de *paire* a *pagre* no tendría en sí nada de sorprendente; cf. las indicaciones de GARTNER, *Rätorom. Gramm.* sobre el dialecto de Samaden (*Oberengadina*) y otros; pero este cambio no se aviene al sistema fonético chileno.

en *Estudios chilenos*, I — en regiones que no presentan formas con *i* y que en cambio conservan intactas las *g* (Tacna). Pero la razón principal es para mí este hecho que encuentro observado en el diccionario araucano de Febrés: «*pagh-re* — *por padre*; así llaman (los indios) al P. Misionero» y «*Ped-no* — *Pedro*». Febrés designa con *gh* una *g* o *g*, probablemente no del todo firme; *r* es *ř*; *d* no es fonema araucano; en la transcripción de Febrés suele intercambiarse con *s*: yo creo que se ha querido representar una *đ*. El guión en las dos palabras, que Febrés, por lo demás, nunca emplea en palabras araucanas auténticas, me parece que indican la dificultad o titubeo en la pronunciación. Es seguro, pues, que los indios no podrían pronunciar el *dr* de los españoles y que lo reemplazaron por *g-ř* — Acerca de la transcripción *Ped-no* hay que observar que en Febrés *perdonar* aparece como *ped-noñan*, que, evidentemente no es sino la palabra española desfigurada; no es extraño que los indios carecieran del concepto correspondiente.

He hecho también la prueba con mi criado: Le invité a repetir *adra*; él comenzó por decir *aldra*; cuando le hube llamado la atención sobre su falta, pronunció *atra*¹; en unos diez ensayos no fué capaz de decir un *adra* puro; en cambio repetía al instante, sin dificultad, *agra*. Me inclino, por tanto, a admitir que también el cambio *padre* > *pagre* > *paire* en Chile ha de explicarse directamente por causas étnicas².

Después de *n*, el grupo *dr* ha pasado, en pronunciación popular, a dar por lo general *nř*: *venřá* (*vendrá*), junto a *venđzá* (cf. *Estudios chilenos*, I).

Tratamiento distinto que entre vocales simples recibe la *d* delante de *i* + vocal o después de vocal + *i*. En todos estos

¹ Esta pronunciación explica la forma araucana *paliru* (por *padre*) que mencionan los misioneros y que es de uso más frecuente que *pagre*.

² En nada afecta a mi afirmación el hecho de que ese mismo cambio *padre* > *paire* en otros países haya que referirlo a otras causas: en el *patois* de Montpellier, que he tenido ocasión de oír, creo que la pronunciación vacila entre *paire* y *paiđe* o *paide*; igual desarrollo tuvo el latín *-arius*.

casos la *d* ofrece mucho mayor resistencia al cambio que en otra posición. A juzgar por las observaciones que tengo hechas hasta ahora, la *d* en estos casos no desaparece totalmente, sino que permanece regularmente como *d*: *medio*, *hediondo*, *cuidao*, *léido* (en vez de *leído*: por lo tanto el cambio acentual precede a la pérdida de la *d*, pues se dice *sabío* = *sabido*), *óido* = *oído*. A veces esta *d* apenas se distingue de la *r*, o bien aparece realmente una *r*; esto es lo habitual en *naire* = *nadie* (en el español actual y antiguo de muchas otras regiones existen también las formas *naide* y *naidie* (cf. CUERVO, 6ª ed., § 811). Así también he registrado *qa'tirio* junto a *qa'tidio*. Si en esta posición desapareciera la *d*, la *i* se transformaría en *y*; es decir, *medio* > *meyo*; y ante esto parece asustarse la lengua. Asimismo se dice *recaudo*, *recaudero*, con *d* segura. Después de *r* la *d* es por lo general firme y en el habla más baja se asimila a su punto de articulación, *ɾd*, como ya hemos dicho al hablar de la *r*. A veces se da también *r* en vez de *rd*; por lo menos yo oigo gritar a menudo por las calles a los vendedores de gallinas: «*póyo grande goríto*» (con *o* seguida de *cuchicheo*), en lugar de *gorditos*.

La *g* es en general de estabilidad considerablemente mayor que la *b* y que la *d*; sólo muy raras veces desaparece por entero, como en *áuja* = *aguja* ¹; *aújero*, y hasta *ájero*, por *agujero*, con dislocación del acento (se pronuncia también a menudo *ájero*). Lo mismo que la *k* y que la *j*, se asimila a todas las vocales que le siguen. Delante de *a*, *o*, *u* es usual la *g* postpalatal de oclusión en general no completa: *gama*, *gordo*, *gu'to*, *haga*, *kaiga*, etc. La firmeza de la oclusión parece vacilar de individuo a individuo ²; acaso fuera mejor transcribir ³. En el

¹ En cambio se interpela una *g* en *garúga* (*garúa*), aunque por otro lado he oído *gajúsúa* por *ganzúa*.

² [La pronunciación fricativa de la *g* es uniforme y única en todas las regiones de habla española; sólo después de nasal, y con frecuencia también en posición inicial absoluta, se pronuncia oclusiva. Parece como si el

habla de las personas educadas no me llamó la atención, al principio, lo incompleto de la oclusión, quizá porque en el norte de Alemania estamos muy acostumbrados a oír *g* por *ɣ*; sin embargo, en las primeras palabras francesas e inglesas que escuché de mis alumnos, noté que a algunos de éstos les era imposible, aunque pusieran toda su buena voluntad, pronunciar *got*, *gagner*, etc., con oclusión firme. Entre el pueblo, delante de *i*, *e* se pronuncia con toda claridad una fricativa medio o prepalatal, *ɣ*, *ʝ*; por tanto: *ɣinda*, *ɣerra*, *hiɣero* (*guinda*, *guerra*, *higuero*), etc. Esta *ɣ* se forma con mayor estrechamiento que la *y* (= *y* o *ll*), excepto cuando la *y* se encuentra delante o después de *i* (cf. más abajo en el párrafo de la *ll*).

La *g* en final de sílaba no es fonema castellano; las más de las veces no se acepta: *indino* o *endino*, *malino*, etc., son formas que se dan en todas las regiones del español como continuación del uso antiguo. Al quererse imitar la pronunciación culta *Magdalena*, aparece *Maudalena* (más común sin *g*; cf. más arriba, acerca de la *d*). El grupo *gr* inicial de sílaba es *gr*: *grande*,

doctor Lenz partiera aquí de una supuesta pronunciación *natural* de la *g* como oclusiva (sin duda por ser así en su lengua materna), y que la pronunciación fricativa de los chilenos fuese una desviación de ese patrón natural. El considerar los fonemas en abstracto, como entidades lingüísticas *generales*, y aparte de su existencia en los idiomas, era muy del gusto de nuestro autor, como se puede ver en su estudio fundamental *Zur physiologie und geschichte der palatalen*. Recuérdese también su concepción de la *r* y de los diptongos. Hoy no se puede mantener esta concepción de los fonemas abstractos y naturales, en la que tan fácilmente se confundía lo natural con lo propio de la lengua materna del autor. Estos supuestos fonemas naturales nada tienen que ver con la moderna concepción de los fonemas ideales, que son como intenciones o programas de pronunciación, esto es, el tipo de pronunciación, para cada consonante y para cada vocal, valedero dentro de un idioma determinado, como cosa distinta de las articulaciones reales que resultan en toda realización. Según la escuela del príncipe N. S. Trubetzkoy, la disciplina que estudia los fonemas ideales se llama Fonología, y la que estudia las articulaciones físico-fisiológicas se llama Fonética. Véase N. S. TRUBETZKOY, *Grundzüge der Phonologie*, Praga, 1939.]

agrio. El grupo *gl* es raro e impopular, p. ej.: *gloria*, *globo*; en posición inicial de palabra suele pronunciarse también *lobo* (*globo*), pero, naturalmente, *unглоbo*, puesto que después de *n*, o mejor *ŋ*, queda, como hemos visto más de una vez, oclusión firme en lugar de *g*. Acerca de *gu* ante vocal — bastante raro en español, pero frecuente en palabras americanas — he hablado al ocuparme de *w*; el escribir *guas*, *guanaco* o *huaso*, *huanaco* es del todo indiferente; ahora lo más usual es la grafía *gua*, pero *hue*, *hui*.

Quiero hacer aquí una observación aislada, que sin duda habría sido más oportuno mencionar al referirnos a la *f*. La palabra española moderna *moho* (portugués *mofo*) se pronuncia en Chile *mogo*; de la misma manera *mogóso*; esta *g* es, presumiblemente, un resto de la *f*, que pasó luego a *j* (*x*) y después a *h* y acabó por enmudecer¹.

Ya he tratado de la asimilación de las nasales a la oclusiva que les sigue y de la relación *b*: *β*, *đ*: *d*, *bu* + vocal, *hu* + vocal y *gu* + vocal: *gu*, *g*: *g*. Las nasales entre vocales simples permanecen invariables: *m*, *n*, *ñ*. La *n* final es también firme en Chile. Por el contrario, en Tacna pasa regularmente a *ŋ* (des-

¹ [No parece aceptable esa cadena de cambios. Esta *g* se relaciona sin duda con la de *canoga*, *oguir*, *loga*, *garuga*, *yo go tú*, que se registran en diferentes países. La forma *mogo* es antigua y la registra el diccionario de la Academia y Rodríguez Marín en *Dos mil quinientas voces*. Hoy ha sido recogida en Chile, Colombia y parte de Santander (véase *BDH*, I, nota de Alonso y Rosenblat a la pág. 172). La forma *moyo*, con aspiración de la *h*, tiene hoy una geografía mucho más extensa: Nuevo Méjico, Méjico, Santo Domingo, Costa Rica, Venezuela, Santander, Andalucía, Salamanca; y formas derivadas, como *moyoso*, etc., en la Argentina, Guatemala, Nicaragua, Ecuador, Salamanca y leonés occidental (véase la nota citada). *Mojo* representa la pronunciación aspirada de la *h*. En cambio *mogo* procede de la pronunciación *moo*, y la *g* es un refuerzo articulatorio de la vocal velar con el que la pronunciación popular deshace la concurrencia de vocales. De esta *g* epentética han hablado, además, ESPINOSA, *BDH*, I, § 97; HILLS, *BDH*, IV, pág. 22; PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *BDH*, IV, págs. 365-366].

pués de *u*, creo que con ligera nasalización de la vocal): *común*; *están*, *bien*, *nación*, *fin*; también *constancia*, *circunstancia*, y hasta *treinta*, pero *cuarenta*. Pero estos datos se basan sólo en la observación de uno de mis oyentes y en las informaciones suyas: él mismo pronuncia *únřei*, pero *um pan*, *un ombre*, formando sílaba la *n* con la *o* siguiente.

El grupo *ni* inacentuado se vuelve a veces ñ, mientras que *li* se conserva siempre como tal, es decir, no se cambia en *ll* ni en *y*; así, pues: *Alemania* > *Alemaña*, pero nunca *famiya* < *familia*.

Si no me equivoco, en algunas zonas centroamericanas hay fuerte tendencia a la nasalización de toda vocal delante de *n*; en Chile las vocales sólo son afectadas por *n* + fricativa conservada; lo son con particular intensidad delante de *x*, *χ*; menos, delante de *ns*, *np*, *ny*. El proceso se basa también en la asimilación de la nasal al fonema siguiente, pues, en seguida de la vocal, se produce la abertura de la nasal, pero pasando a formar la lengua al mismo tiempo no oclusión completa, sino estrechamiento de *x*, *s*, etc. Un instante después se cierra la abertura nasal, y la sonoridad laríngea cesa, mientras la lengua mantiene su posición anterior. Pero una *x*, *s* nasal abierta carece de toda consistencia fónica; la abertura nasal es tan desproporcionadamente mayor que la abertura bucal, que casi toda la corriente de aire espirado escapa por la nariz y el escaso residuo que sale por la boca es incapaz de provocar ruido de fricación.

La corriente espiratoria y el obstáculo articulatorio no guardan el equilibrio necesario para formar el fonema (cf. *Kuhns Zeitschr.*, XXIX, pág. 51). Ahora bien: como en nuestro caso durante el tiempo de la *n* originaria prosigue la sonoridad laríngea, sucede que después de la vocal aparece una sonoridad nasalizada de timbre indistinto (sin la coloración específica de una vocal determinada). El estrechamiento bucal, que se mantiene todavía, sólo da a esa sonoridad nasalizada una débil sombra de *ŋ*, *n* o *m*, según sea postpalatal, alveolar o labial

el estrechamiento (en lugar de la correspondiente oclusión). Esta pronunciación no es rara en Santiago; tenemos así: *na-ra~ja*, *ga~so*, *fa~farrón*, o, como también podría escribirse: *nara~ja* (o *lara~ja*), *gaⁿso*, *fa^mfarrón*, con signo de nasal imperfecta (o bien *g*, *z*, *w*, con el signo de nasalidad encima, para representar *x*, *s*, *φ* sonoras y nasalizadas). Pero este grado no es estable a causa de lo impreciso de la nasalidad; el estrechamiento (incapaz de producir fricación audible) se prolonga hasta el cese de la sonoridad, y mientras tanto se mantiene la posición de la vocal precedente; resulta así *aā + fricativa*; esto es, una vocal nasalizada hacia el final y prolongada hasta alcanzar la duración del *an* originario. De este modo se explica el antiguo alargamiento latino (cumplido en la lengua vulgar) de las vocales ante *ns*, *nf*, sólo que en latín la nasalización parcial de la vocal, en lugar de extenderse por toda ella (que es a lo que tiende el chileno), volvió a perderse. Por lo demás la nasalización no es en chileno muy fuerte (el velo del paladar no se baja; la abertura velo-faríngea no se extrema; y no varía el timbre de la vocal. Las vocales *o*, *u*, *a* parecen más propensas a nasalizarse que *e*, *i*. Ejemplos en la pronunciación más corriente: *espōja*, *lōja*, *cōforme* (*conforme*), *narāja*¹, *mājar blanco* (*manjar blanco*, plato de postre que se hace con huevo y azúcar), *ūjardín* (un jardín), *berenjena*, *unýindo* (*un guindo*), *uⁿsapalo*, *gaⁿso*, *oⁿce*, *fa^mfarrón*, *triu^mfo* o *triuⁿfo* (popularmente también metátesis como *trunfo*, etc.), *treⁿsa*, *costaⁿsia*, *īstaⁿte* o también *i'tante*, *i^mfierno* (*infierno*), etc., donde la vocal ante *n*, *m*, etc., se nasaliza en mayor ó menor grado. Otros cambios de la *n*, como en *garsúa* (*ganzúa*) son esporádicos; así, entre otros, *abardonao* (abandonado), que en la ortografía «*medio pelo*» se escribe también *abaldonado*².

¹ [Véase la nota 2 de la pág. 170.]

² [*Abaldonar* por *abandonar* se oye también en Nuevo Méjico, Costa Rica y Salamanca. ¿No habrá intervenido en la acción fonética un cruce con *baldón*?]

Fuera de las nasalizaciones mencionadas, ocurren algunos otros casos de los que paso a ocuparme. En primer lugar, *sí* y *no* se nasalizan con mucha frecuencia: *sĩ*, *nõ*; a menudo se pronuncia también *sẽ* o *sõ*, especialmente para afirmar con displicencia, sin agregar más palabras¹. Creo que, de modo análogo, los alemanes del norte — que normalmente dicen *ja* — a veces pronuncian también, con tono relajado, *jo*. La indiferencia del pensamiento corresponde aquí a la de la pronunciación. En casos aislados, también *hombre*, usado como apóstrofe, se reduce a *õ*²: *mírapohõ* (*mira, pues hombre*; la *h* es sustituto de la *s* de *pues*); en conversación más educada se dice a menudo: *míre pusõmbre*; simplificando también, *mirõ*, *pohõ* (*mira hombre*; *pues hombre*), etc.

En el infinitivo, en lugar de *dormil* o *dormí^l* aparece un *dormí[~]* y *dormí^ĩ*; así también *comé[~]*; pero aun sin que preceda nasal: *hasé[~]* y hasta *hasén* (*hacer*). Los infinitivos en *-ar* parece que no se nasalizan: en este caso lo normal es que aparezca una *l* después de la *a*, aunque a veces se encuentra también *an*. Como variante individual, no es rara en Santiago la pronunciación gangosa de todas las vocales por imperfecta oclusión velo-faríngea.

V

Para terminar tratando de las consonantes chilenas, debemos aún echar una ojeada a aquellas alteraciones fonéticas que no hay que entender como cambios orgánicos (condicionados por determinados cambios de acentuación, procesos de asimilación

¹ [Pronunciaciones análogas del *sí* afirmativo se oyen en todas partes. Con énfasis y no con indiferencia es muy corriente oír *sũ*. Como extremadamente relajada se usa también en todas partes una pronunciación de *sí* sin abrir la boca, reducida a la expulsión del soplo por la nariz, en el principio sordo y después sonoro, esto es, lanzando por la nariz primero el soplo correspondiente a la *s* y después el correspondiente a la *i*, sin realizar articulación alguna.]

² [Véase la nota 2 de la página 117.]

articulatoria, etc.), sino como errores más o menos esporádicos de articulación, como trabucamientos cometidos al intentar repetir una impresión auditiva. También para estos cambios tiene que haber determinadas leyes que hagan difíciles y casi imposibles ciertas repeticiones articulatorias muy seguidas y ciertos grupos de articulaciones. Sólo así puede explicarse que lleguen a obtener aceptación general en una lengua alteraciones fonéticas que empezaron por no ser más que trastrueques de pronunciación, semejantes a los que acechan en los trabalenguas ¹.

Sirvan de ejemplo para tales metátesis por trastrueque algunas palabras que en gran parte se encuentran también en otras regiones del español: *teatro* > *triatlo*, *capricho* > *crapicho*, *encucillar* > *encruquiyar* (de *en cucullas*); *pared* > *paer* (de *pader*), *polvareda* > *porvaera*, *vereda* > *vedera*, *prohibido* > *probidío*, *derretir* > *re(d)itir* (cf. español *aderredor* > *alrededor*), *murciélago* > *murciégalo*, *estómago* > *estógamo*.

Aquí hay que agregar también casos como *trizado* > *crisao*, (de *triza*; cf. español *trema* > *crema*); asimismo *lunar* > *nunal*, *arveja* > *arberja* (en la ortografía «medio pelo»: *alverja*), y *Valparaíso* > *Marparéiso*.

De especie algo diversa es la introducción de nasal, que siempre ha sido muy del agrado del español (cf. *enjambre* = *examen*, *zambullir* al lado de *zabullir*, etc.): *Mapocho* > *Mampocho* (el río sobre el que está Santiago), *examen* > *insamen*, *tropezar* > *trompezar*, *zafarrancho* > *zanfarrancho*. La lista de ejemplos podría aumentarse fácilmente, pero sin añadir ningún interés fonético ni lingüístico. Ya hemos hecho también alguna otra observación sobre este punto, como *abardonao*, *garzúa*.

Como apéndice, quiero finalmente agregar algunas observaciones sobre *el español de Méjico*. Están tomadas del trabajo

¹ Ejemplos chilenos: *Una cabra tigre tigres trapos traga; traga trapos tigrés una tigre cabra. Cochero techa tu chosa, techa tu chosa, cochero, con romero flor y rosa, con rosa flor y romero.*

que con ese título ha publicado hace poco un doctor F. SEMELEDER en las *Mitteilungen des deutschen wissenschaftlichen Vereins in México*, tomo I, cuaderno 1 (Méjico, 1890), donde es difícil que sea accesible a los filólogos europeos¹. De todos modos, lo cierto es que el autor no es un filólogo.

Según él, en mejicano la *ll* española es *y*; *c* (*e, i*), *z* = *s*; *b* = *v* (es decir, igual que en español); *nadie* > *naide*; *catedral* > *catredal* (ambas palabras están registradas con esta misma forma en CUERVO). En la página 14 se dice: «Se reconoce a los habitantes del estado de Jalisco en que añaden a todas las palabras, sin excepción, una resonancia nasal; los habitantes de la costa oriental, como los cubanos, se tragan la *s* final de palabra o la transforman en un sonido aspirado, que suena casi como *f*. Lo mismo sucede frecuentemente hasta con *s* interior de palabra»... «La *r* final de palabra toma con frecuencia el sonido de una aspiración o de un soplo semejante a la *f*».

Refiriéndose a un pasaje, que cita, de la gramática de Diez sobre la antigua pronunciación de la *x* como *š*, dice el autor en la página 15:

«Me permito añadir una observación personal. El sonido *sch*, que ocurre con gran frecuencia en la lengua náhuatl, lo reprodujeron los españoles desde el comienzo con *x*. PIMENTEL, en su *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*, 1862, I, pág. 165, dice: «la *x* suena como la *sh* inglesa o la *ch* francesa». Varios gramáticos, y entre ellos el padre jesuíta Horacio Carocho en su *Gramática de la lengua azteca*, impresa en 1645 y reeditada en 1795, no observan absolutamente nada sobre la pronunciación de la *x*; esto demuestra que la *x* tenía entonces, al menos en 1645, el mismo sonido en azteca que en español². Los nahuas o aztecas pronuncian *axololl*

¹ [El trabajo de F. Semeleder ha sido publicado en el tomo IV de esta BIBLIOTECA, págs. 75-86 traducido y anotado por Pedro Henríquez Ureña.]

² Claro que esta conclusión no es obligada, pero siempre conserva fuerza probatoria la representación de la *š* indígena por *x* en la primera época

(el conocido anfibio) como *ašolotl*, *xochill* (la flor) como *šochill* y *tlaxcalli* (los pasteles chatos de harina de maíz, que los españoles denominan *tortillas*) como *tlaxcalli*; los criollos y los indios que hablan español pronuncian *acholote*, *solschil* o *sutschil* y *tlaskal*. Los mejicanos, bajo el influjo de la cultura española, perdieron tempranamente la antigua pronunciación de la $x = \check{s}$.

28 de marzo de 1891.

de la conquista. Cortés y sus acompañantes pronunciaban sin duda $x = \check{s}$, pero una vez que este signo se adoptó para representar el fonema indígena, pudo naturalmente ser mantenido aunque la x española cambiara de pronunciación.

VI

Las vocales y sus combinaciones

En comparación con las importantes alteraciones de las consonantes en chileno, los cambios cualitativos en su vocalismo — especialmente en las vocales simples — son bastante escasos. De más bulto son los cambios de cantidad. El castellano de Madrid, en efecto, se caracteriza muy especialmente por carecer — en absoluto, según mis noticias — de vocales propiamente largas, como las que presenta, por ejemplo, el alemán: *See, Sohn, Vater*. Pero como tampoco posee vocales reducidas, el resultado es que casi todas las vocales del español de Madrid son igualmente largas, — es decir, para el sentimiento alemán de la lengua, igualmente breves —. Recuerdo con toda claridad la impresión que me hicieron las primeras palabras que oí de un madrileño, con sus sílabas breves, abiertas y entrecortadas: «*ën tödä mī vīdä nō ölvīdäré*»...; esas vocales causan en un oído alemán impresión tan extraña como las consonantes alargadas del italiano ¹. Las diferencias cuantitativas de las vocales, aunque sin duda existen, son para nosotros tan insignificantes que los signos de larga y breve que Paul Förster ha prodigado tanto

¹ Tenía yo escritas ya estas observaciones cuando en el curso del año pasado recibí los tres primeros tomos de *Phon. Stud.*, y me ha sido grato hallar confirmadas mis apuntaciones en el acertado estudio de STORM (*Phon. Stud.*, II, pág. 145 sigs.) Naturalmente, también ha sido para mí muy bienvenida la *Fonética castellana*, de ARAUJO, en el tomo III. Más adelante volveré a referirme a esta obra a propósito de algunas cuestiones dudosas.

en su gramática, me parecen un pasatiempo no sólo inútil sino perjudicial, así como sus arcos sobre los pretendidos diptongos. También los peruanos pronuncian las vocales libres con rapidez chocante para mi oído alemán. En cambio, *el chileno hace, en lo esencial, las mismas distinciones que el alemán entre vocales libres y trabadas; ch, ñ, ll* valen como iniciales de sílaba, o que corresponde a su naturaleza de consonantes simples; así, pues: *á:-go, mú:-ôo, ó:-ôo, bé:-lo*¹, o más bien, en chileno central, *ñe-yo*, con vocal algo alargada; no *ãn-jo, müt-šo*, como se inclinan a pronunciar los alemanes.

Gran tendencia al alargamiento presentan las vocales delante de *n* + consonante y delante de *s* (reducida) + consonante sonora. En el primer caso la nasalización de la vocal es, sin embargo, más frecuente de lo que yo había supuesto antes (véase, cap. IV). No sólo se dice *õ:"se, e'põ:ja, larã:ja*², *gã:"so* (con vocal nasal larga y con *n* reducida), sino también, no pocas veces, *kõ:nté:nto, kã:nta:o*, etc. Pero por lo general esta nasalización es muy débil y no consigue alterar la cualidad de la vocal. Yo he llegado a convencerme de que muchos chilenos nasalizan, aunque débilmente, las vocales, después de consonante nasal, casi regularmente; así especialmente *mõ, mã, nõ, nã*. El alargamiento de las vocales, en particular delante de *n* + cons. y *s* + cons., es también muy usual en Buenos Aires; en Santiago, ésa es la pronunciación casi exclusiva en el habla enfática, que adquiere así un desagradable paso arrastrado.

La altura de las vocales se altera también — por lo general muy perceptiblemente — en el habla vivaz de los santiaguinos. Especialmente es muy común el falsete, y la palabra se une a menudo a una mímica facial ciertamente muy expresiva, pero también muy desagradable, en que se bajan las cejas, se alzan

¹ *a:, e:, i:, o:, u:* indican vocales largas.

² Esta es la forma realmente popular, y no *naranja*, como doy en estos *Estudios chilenos*, IV. Como ejemplos del cambio *n > l* — que, por lo demás no es específicamente chileno — se podría añadir, además de *abaldonar*, también *alimar* (*animar*), *alimal* (*animal*).

las ventanas de la nariz y se tuerce a un lado la boca. Todos los días pueden oírse por centenares en las calles y tranvías los *me paré:ce*, ¿*quién sá:be?*), ¿*cómo no!* acompañados de esta gesticulación. Por lo demás, el juego de gestos y ademanes del chileno es bastante pobre. La melodía verbal suele no sorprender a los alemanes del norte; ante todo, para ellos el chileno no «canta» al hablar; sólo en lenguaje oratorio, no en la conversación, es costumbre pronunciar muy aguda la última sílaba de cada grupo fonético en que no se cierra el pensamiento; para un alemán, esto resulta en los chilenos mucho más extraño que en los franceses, pues el final de las palabras españolas es predominantemente trocaico, de modo que en los finales de esos grupos la penúltima sílaba se pronuncia con acento espiratorio, pero en tono grave, mientras que la última es débil, pero aguda y a veces prolongada.

Otra particularidad del chileno es la costumbre de cuchichear la última o las últimas sílabas de una frase, de suerte que se vuelven casi o del todo imperceptibles. Se puede apostar diez contra uno a que todo chileno a quien, hablando de un hombre adinerado (*platuó*), se le pregunte: ¿*Tiene mucha plata?* contestará: *mú:ê^a*, con *a* cuchicheada ¹.

Es sabido que las variedades *cualitativas* de las vocales en español no son muy ricas; en general es suficiente, como señala ARAUJO, *Phon. Stud.*, III, pág. 320, distinguir sólo una *a*, *e*, *i*, *o*, *u*. La *u* y la *i* son las vocales extremas; la *a* es exactamente el punto medio de la serie vocálica, y corresponde a la *a* de la pronunciación correcta alemana (*Bühnenaussprache*) en *vater*; ejemplo: *padre*. La *o* está por lo general a mitad de camino entre *u* y *a*, esto es, entre la *o* abierta y la *o* cerrada del francés y del italiano; igual posición ocupa la *e* en la serie anterior. Ambas vocales son un poco más abiertas en

¹ La repetición de la palabra correspondiente de la pregunta es mucho más usual que la simple afirmación con *sí*; pero además, es frecuentísimo el *cómo no* usado para afirmar, algo como en Sajonia *ei freilich*.

sílaba trabada, especialmente ante *r* y ante *i*. La *e* — y en menor grado la *o* — es cerrada en final de palabra. Todo esto es general al español de todas las regiones, y es especial del chileno la tendencia a la *e* cerrada después de palatales, como *xénte*, *muxér*, *késo* y en el ya mencionado y no raro alargamiento de las vocales: *diferéncia*, *conté:nto*. Sólo se trata aquí de tendencias, que se realizan unas veces más, otras menos, sin ser obligatorias.

Por lo que se refiere a la articulación de las vocales, es característica del chileno la relajada articulación labial. En general no es la *u* la que se pronuncia con redondeamiento y abocinamiento, sino la *o*, pero a su vez la *o* — en oposición a la *o* alemana y más aún a la francesa — se pronuncia con los músculos labiales completamente relajados y no tensos. La *u* se articula por lo común con abertura estrecha y alargada de los labios, que se acercan relajadamente. A pesar de esta característica pronunciación, me parece que el timbre de la *u* chilena no se aleja mucho de la *u* española normal, aunque sin duda su tono cuchicheado es sensiblemente más alto.

Es bastante rara en chileno la *e* con redondeamiento, es decir la tendencia a *ö*, que también aparece en castellano según resulta de la transcripción *muöre* = *muere*, de ARAUJO, *Fonética castellana*, en *Phon. St.*, III, página 320. Donde con más frecuencia se observa es en *eu* (excepto delante de *l*, *r*), que se pronuncia entonces *öu*, con *ö* bastante abierta; p. ej.: *peumo* (una fruta chilena), *peuco* (variedad de halcón), *cheulo* ('labihendido'); a veces también *chueco* ('patituerto'), y en pronunciación descuidada *bueno* y *luego*. Como expresión de asentimiento se oye unas veces *bueno* (o cuchicheada), otras *wen* o *buön* y aun *muön*. En la fórmula de despedida *hasta luego* (que por lo demás se puede emplear también cuando se tiene firme intención de no ver al otro en meses o años o nunca) se pronuncia *a'ta luégo*, *'ta luégo*, *ta luöo*, *ta lö*¹.

¹ *a* > *o*, por influencia de *w*, aparece especialmente en las formas de *aguitar* acentuadas en la terminación: *awoitando*, *awoitamo*, pero más

Quando el habla popular chilena se aparta del castellano en la pronunciación de vocales simples acentuadas, se trata por cierto, sin excepción, de formas que también se encuentran en otras regiones y que, en general, también pueden registrarse en el español de los siglos xv y xvi. Lo mismo vale para la mayoría de los cambios de vocales inacentuadas y para la dislocación acentual en grupos vocálicos como *aí, eí, oí, aú*, etc. De donde se infiere que para el español de América hay que partir de *un habla popular española bastante nivelada del siglo xv*, cuyos rasgos característicos se borraron luego, en su mayor parte, por el español clásico del siglo xvi. Con esto se hace mayor todavía la analogía entre la evolución del latín al romance y la del castellano al español de América.

La demostración pormenorizada de esa tesis espero poder darla más tarde, cuando mi material americano y antiguo-español sea más completo. Bástenos por ahora recordar formas como *mesmo, anide* y *añide, rétulo, naide*, etc. en vez de *mismo, añade, rótulo, nadie* (compárese con los datos que trae CUERVO) y las vocales inacentuadas en formas como *escrebir, recebido, insaminar, empolla, ingüento, estiluto, escuro, rebusto, preduto, estáculo* (= *escribir, recibido, examinar, ampolla, ungüento, instituto, oscuro, robusto, producto, o(b)stáculo*). Clara tendencia asimiladora se manifiesta en *revulusión, ecunumía, orgulloso, cumunicar, ducumento, ucupa(d)o, ucullo, turumba* (= *larumba*), *pilliscón* (= *pellizcón*), *pidigüeño* (= *pedigüeño*), *aviriguación, li pidía, varraco* y muchas otras cuya forma clásica y cuya forma estrictamente chilena podrá el lector reconstruir fácilmente.

Como ejemplo de desaparición total de vocal átona, sólo he encontrado *φra'téro* < *forastero*. La *a* inicial en sustantivos femeninos vacila a veces debido al contacto con la *a* final del

frecuente es *awáitemé*, o con alguna ligera tendencia a *awoitemé*. [La labialización de la *e* en el diptongo *ue* ha sido señalada en Castilla, Andalucía, Navarra, León, Nuevo Méjico, Perú, Ecuador, San Salvador. Véase *BDH*, I, pág. 56, nota de Alonso y Rosenblat.]

artículo, p. ej. *acequia, una cequia, la cequia*, de donde *do cequia (dos acequias)*.

Veamos ahora los llamados *diptongos* del español. Con la palabra *diptongo* se han cometido muchos excesos. Para la Fonética general podrá no ser una gran desgracia el llamar diptongo a todas las combinaciones posibles de dos vocales, tanto si está acentuada la primera como la segunda; pero el fonetista en ningún caso debe atenerse a la imagen escrita externa, sino que debe designar cosas distintas con distintos nombres. Yo entiendo la palabra *diptongo* ante todo en el mismo sentido que SIEVERS (*Phonetik*, 2ª edición, pág. 120); su definición es ésta: «Se entiende por diptongo la combinación de dos vocales simples pronunciadas en un mismo golpe espiratorio, es decir que forman una sola sílaba, y la primera de las cuales lleva el acento más fuerte». De igual modo, yo llamo *diptongos verdaderos* aquellos en que la abertura de las mandíbulas se estrecha hacia el final. Todos los diptongos del alemán literario (*ai, au, oi*) y todos los diptongos ingleses son «verdaderos». En cambio el francés, el español y el italiano no tienen, por lo que veo, ningún diptongo «verdadero». El diptongo del alemán *mein* o del inglés *mine* es de naturaleza completamente distinta del italiano *mai* o del español *hay*. En este último se oyen claramente dos sonidos *a, i*, lo que no ocurre en el *ái (áe)* alemán e inglés. Sin embargo, creo que el *ai* italiano y español en los ejemplos citados más arriba responden por entero a la definición de Sievers y que se pronuncian en una sola corriente espiratoria, con acento más fuerte en la primera de las dos vocales simples. Por eso mi opinión es que la definición de Sievers no es completa. En los diptongos propios del sistema fonético inglés y alemán, el acento no sólo carga sobre el primer elemento, sino también sobre el pasaje del primero al segundo; en el grupo *ái* italiano y español, el acento está únicamente en la *a*; luego la presión espiratoria disminuye, y con esta débil presión se produce la transición articulatoria a la *i* siguiente. Aquí hay que notar que en un verdadero diptongo la lengua no perma-

nece ni un momento inmóvil en un mismo punto; de donde resulta que un verdadero diptongo no se puede alargar, aunque se ejecute lentamente la articulación entera, es decir, el movimiento del predorso y dorso de la lengua, desde la baja posición de *a* hasta la elevación de *i*. En este caso toda la serie gradual de las vocales entre *a-ē-e-i* se percibe con mayor o menor claridad. Claro que también se puede alargar la primera y la segunda vocal del diptongo y pronunciar *a:-aēi* o *aē-i*; desde luego, la segunda de estas pronunciaciones es más fácil que la primera, pues ésta pasa fácilmente a *a:i* ya que al final de la *a* larga se requiere un esfuerzo especial para mantener una presión espiratoria tan fuerte durante el movimiento de la lengua, que suene luego claramente un timbre de vocal. Al final de la *a* larga ya está casi agotado el esfuerzo, y la lengua ejecuta generalmente con demasiada rapidez el pasaje a *i*. Creo sobre todo que los diptongos auténticos necesitan presión espiratoria muy fuerte: justamente por eso se originan y desarrollan casi exclusivamente en sílabas acentuadas y de vocales largas que por su longitud emplean una gran corriente de aire espirado. La esencia del verdadero diptongo radica, a mi entender — y no se trata de una concepción enteramente nueva — en que la lengua, durante las vibraciones laríngeas y simultáneamente con la salida de una fuerte corriente espiratoria, ejecuta un cambio continuo de posición; yo llamo *dip-tongo* únicamente al sonido que se produce durante el movimiento mismo ¹.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

¹ En rigor el nombre de *dip-tongo* (= 'dos sonidos') no conviene precisamente a esta combinación fónica; quizá fuera más adecuada otra designación, o acaso emplear *mono-ptongo* en este sentido. Pero temo que ésto aumentaría aún más las confusiones. Preferimos, por tanto, mantener nuestro «dip-tongo auténtico» y llamar a toda otra combinación de vocales «dip-tongo impropio» o simplemente «grupo vocálico». Así, pues, *ai* en el alemán *Mai*, *mein*, inglés *try*, *mine*, es un diptongo verdadero; *ái* en el español *hay* en un grupo vocálico descendente. En estos grupos vocálicos, el segundo elemento es una vocal débilmente acentuada que, cuando va seguida

Según esto, sólo puede haber, en principio, dos diptongos principales: *aɛi* y *aɔu*; del primero ya he hablado; en el segundo, la parte (media y) posterior del dorso lingual se retrae en dirección a la extremidad posterior del velo y a la pared faríngea, a la vez que se eleva ligeramente. No necesito volver a explicar que los labios siguen al mismo tiempo moviéndose continuamente en la pronunciación de *ai*, los labios pasan de la abertura amplia al estrechamiento alargado; al pronunciar *au*, pasan a redondeamiento y abocinamiento. En la mayoría de los casos no se logra llegar por entero al extremo de la serie vocálica: es sabido que lo más corriente no es pronunciar *ai* sino *ái*; no *au*, sino *áo* o *aɔ*. Es del todo indiferente, como dice con razón Sievers, hasta dónde llega el movimiento y dónde comienza y termina. La serie *ai* se fragmenta, pues, en los sub-diptongos *ae*, *aɛ*; *ei*, *ɛe*, *ei*. Si el movimiento se extiende por un espacio más limitado, como en las vocales largas *i*, *u* del inglés, sería más práctico hablar sólo de «vocal diptongal». Los sub-diptongos de la serie *au* son naturalmente *ao*, *aɔ*, *ou*, *oo*, *ou*.

Ateniéndome a la cruz vocálica de Trautmann, con sus cuatro series — que hoy por hoy considero como el mejor de los esquemas vocálicos propuestos —, llamo a *au*, etc., diptongos de la primera serie, y a *ai*, etc., diptongos de la segunda serie. Hay también, naturalmente, diptongos de la tercera y de la cuarta serie. Tenemos, pues: *aũ*, *aõ*; *aõ*; *õö*, *õü*, *õü*, y correspondientemente los de la cuarta serie, que dejaré de lado teniendo en cuenta su rareza. Todos los diptongos hasta aquí citados satisfacen la condición de que el punto de articulación de la lengua y el de los labios avancen regularmente, en mayor o menor grado, en una dirección determinada; en todos ellos

de otra vocal, se convierte generalmente en semivocal o en consonante por lo que pasa, con mayor o menor claridad, de estar en el final de la primera sílaba a estar en el comienzo de la segunda. Compárese la pronunciación del español *ay*, plural *ayes*; *ley*, plural *leyes* (*le-yes*) con el alemán *mái*, *mái-es*.

la abertura de las mandíbulas disminuye durante el movimiento. Igual cosa ocurre también en algunos diptongos entre la segunda y la tercera serie, a saber: *öe, öi, öi, eö, eü, eü*. Si se tratara de establecer una terminología completa, yo propondría para estos diptongos el nombre de *díptongos de transición* de la segunda a la tercera serie, o de la tercera a la segunda, y hasta los llamaría, para ser más preciso, diptongos de transición *indirectos*, mientras que *öe, öe, üi* y *eö, eü, eü*, serían diptongos de transición *directos*. Estos últimos son ya de formación anómala, pues las vocales normales *ö-e, ö-e, ü-i* se pronuncian con igual posición de la lengua: sólo hay, pues, avance progresivo en la articulación labial, pero está uniformemente realizado. Los grados intermediarios por los que debe pasar la articulación son fáciles de señalar en todos los casos; así entre *ü* e *i* hay una vocal que a la posición lingual de la *i*¹ une una posición de los labios que, debiendo, naturalmente, corresponder hasta en lo más mínimo a la abertura de las mandíbulas, está, por lo demás, a mitad de camino entre *o* y *e* o entre *o* y *e*.

Correspondiendo a esto, hay una docena de diptongos auténticos entre la primera y la cuarta serie vocálica de Trautmann.

De naturaleza muy parecida a la de los diptongos que hemos mencionado son los que, partiendo de *o*, pasan a la segunda y tercera series: *oe, oe, oi, öö, öö, öö, öü*. La lengua puede avanzar fácilmente de la posición de *o* a la de *e*, sin pasar por la posición de *a*: lo que es fácil comprobar también acústicamente si se pronuncia con mucha lentitud *oi* o *öü*. Los grados intermedios son fonemas de tipo *ö*, y no *a*. Lo mismo vale para *eö, eö, eü*. En cambio, me parece que las demás combinaciones con abertura constante o cada vez más estrecha de las mandíbulas ya no podrían formar verdaderos diptongos; me refiero a *oe, oi, ui; oo, öü, uü; y eo, eu; iu*. Por lo menos

¹ Dejo aquí de lado el hecho de que la *ü*, por lo general, no tiene exactamente la posición lingual de la *i*, sino de una *e* cerrada.

estos grupos vocálicos producen una impresión francamente distinta de la de diptongos como los alemanes *ai*, *au*, *oi*. La causa hay que buscarla, sin duda, en que aquí la articulación lingual primera y la final distan demasiado una de otra y no pueden unificarse con suficiente rapidez mediante un movimiento continuado. La articulación lingual de *o*, *u* es del todo opuesta a la de *e*, *i*; por eso no hay entre ambas una transición continua, sino que la segunda parte de la combinación es formada, durante el retroceso de la primera, por otra parte de la lengua. Así es que ambas vocales, aunque se produzcan bajo una presión espiratoria más acentuada en el primer elemento, se suceden una a la otra bruscamente. Para establecer una continuidad articulatoria, es preciso que una de las vocales centrales, *a*, *e*, *o* (o también una *ö*, indiferente para la posición de la lengua) asuma el papel de intermedia-ria. Así resultan los llamados *triptongos*, como *eau*, *ieü*, en los cuales, sin embargo, el elemento medial tiene mayor abertura de las mandíbulas — y por tanto mayor intensidad de sonido — que el primero, por lo que fácilmente atrae hacia sí el acento, resultando *eáu*, *ieü*. Son tan abundantes los ejemplos pertinentes en francés, provenzal, rético y muchos otros dialectos, que creo superfluo indicarlos ¹.

Examinemos ahora los diptongos inversos. Teóricamente, las series *úa* = *uoqa*, *ía* = *ieqa*, con sus subdivisiones, deberían formar diptongos tan unitarios como *au*, *ai*. Sin embargo, no es así. Para que las vocales débiles *u*, *i*, de menor abertura, conserven el acento, deben ser formadas con exactitud y claridad. Si la lengua, sin detenerse en la posición de *i*, pasara a las vocales siguientes, más abiertas, entonces la *i* cedería inevitablemente su acento a la vocal vecina, más fuerte, y se volvería semivocal, lo que, de hecho, tiene comprobación abundantísima en gramática histórica. Por el contrario, cuando la *i*

¹ En casos como *bels* > *beaus*, *fils* > *fieus*, la *e*, con su elevación posterior de la lengua semejante a la de *u*, actúa exactamente como la vocal *u*.

retiene el acento, comprobamos que la vocal abierta que le sigue se pronuncia a menudo con muy débil presión espiratoria y, en consecuencia, también pasa fácilmente a articularse de modo poco claro, indistinto ¹. Los *ie*, *úa* de este tipo impresionan en forma completamente distinta de *ái*, *áu*. En cambio, combinaciones como *óa*, *éa* por su carácter se acercan mucho más al diptongo. Si a esta combinación (en general menos diptongal), pronunciada con abertura creciente de las mandíbulas, se agrega además la ya mencionada imposibilidad de ejecutar una transición articulatoria regularmente progresiva, como en *úe*, *ío*, etc., los dos elementos quedan tanto más claramente separados.

Llego, pues, a la conclusión de que los diptongos legítimos sólo son posibles partiendo del centro de la cruz vocálica en dirección a los cuatro extremos; como centro debemos considerar, además de la *a*, también *o*, *e*. Y, a mi entender, la esencia del diptongo radica en el movimiento continuado de la lengua y de los labios, en el que el producto fónico, bajo un acento descendente, debe causar una impresión completamente *unitaria*, *indivisible*. De ahí que yo compararía más bien estos diptongos legítimos *ái*, *áu*, etc., no con grupos consonánticos como *bl*, *tr*, sino con fonemas como *ê*, *ŋ*, *l*, *t'*, *d'*, que tampoco pueden ser descompuestos sin que al hacerlo se altere su carácter esencial.

Los grupos vocálicos que no llevan el acento en la primera parte permanecen como vocales separadas; la primera de ellas, como no es silábica, puede fácilmente volverse consonante. Estas combinaciones de vocales no tienen nada que ver con diptongos como *ai*, *au*, *öü*. Es cosa sabida que dos y aun tres vocales cualesquiera pueden ser pronunciadas en una misma presión espiratoria, pero con eso no se forman necesariamente, ni mu-

¹ Siguen el primer camino la mayoría de los diptongos *ie*, *úo* románicos; la segunda solución es la adoptada por los de las lenguas germánicas, especialmente los del alemán,

cho menos, diptongos. Es del todo indiferente que tales grupos vocálicos cuenten en el verso como una o como dos sílabas. Nada en absoluto influye en la pronunciación el hecho, p. ej., de que *traer* valga en el verso por una sílaba o por dos. La corriente espiratoria no necesita ser interrumpida para pronunciar varias vocales consecutivas, y los grados de debilitamiento son innumerables. Cuantas más sean las vocales que se cuenten en el verso en una sola sílaba, con tanta mayor rapidez se pronuncian y tanto mayor es, entre ellas, el número de las que funcionan como semivocales; en este caso nunca ocurre, en español, la supresión completa de una vocal, pero dos vocales iguales se funden a menudo en una más o menos alargada. Aquellas vocales que por naturaleza no forman diptongo, nunca cambian de timbre en tales contracciones; aquellas que al reunirse forman diptongo no pueden pasar a ser semivocales. Con esto me opongo a la opinión de Sievers y otros, para quienes la segunda parte del grupo alemán *ai*, *au* sería semivocal. El legítimo diptongo es, en mi sentir, tan inescindible como un vocal larga ¹.

¹ [La posición tan personal del autor con respecto a los diptongos estriba en la creencia — y no por descuido, sino sentida con fuerza polémica — de que el diptongo no consiste meramente en pronunciar dos vocales en una sola sílaba, sino en pronunciarlas en una sílaba, a la manera alemana. De los millares de lenguas extendidas por el mundo y de las alternativas históricas sufridas por esos millares de lenguas a través de los siglos, hay que tomar como canon para los diptongos la pronunciación alemana, y justamente en la época en que al autor ha tocado vivir. Por haber sido Lenz un autor de tan grande competencia técnica, este caso es especialmente instructivo para mostrar hasta qué punto los modos de la lengua materna se imponen al individuo como los naturales. Es errónea la afirmación de Lenz de que en *aire*, *peine*, *pausa*, *cauce*, *pie*, *liene*, *puerta*, *suelo* la *i* y la *u* son simplemente vocales. Las variedades de articulación son muy grandes de región a región, sobre todo en los diptongos descendentes; pero en todo caso la *i* y la *u*, cuando son primer elemento de diptongo, comienzan con estrechamiento consonántico, que se va ensanchando progresivamente hasta adquirir abertura plenamente vocálica; y cuando son segundo elemento del diptongo, la *i* y la *u* co-

En lo que se refiere a los grupos vocálicos del español, debo volver una vez más a aludir a las afirmaciones de Paul Förster, y una vez más, desgraciadamente, para rebatirlo. Förster dice (*Span. Sprachlehre*, § 19), siguiendo a Brücke, con mucha razón, que en el encuentro de dos vocales son posibles tres casos: 1.º Están separadas por una oclusión glótica¹; 2.º «se da a cada una de la vocales su valor fónico peculiar de tal manera que, en la continuidad de la voz, el pasaje de la posición articulatoria de la primera vocal a la de la segunda se efectúa con cierta rapidez y sin fonemas de transición; pero en cada una de las vocales se mantiene la posición articulatoria tanto

mienzan con abertura vocálica que se va estrechando progresivamente hasta adquirir estrechamiento consonántico. Véase T. NAVARRO TOMÁS, *Manual de pronunciación española*, §§ 48, 49, 64, 65, y 120, y *RFE*, X, págs. 40-42.

La historia de nuestra lengua se acuerda con esta descripción del estado presente de nuestros diptongos; en efecto, las consonantes sordas, que se han sonorizado entre vocales (*pacare* > *poco*, *sapere* > *saber*) no se han sonorizado cuando precedía un diptongo descendente (*paucum* > *poco*, *sapiat* > *saipat* > *sepa*), y la *e* final, que se ha perdido después de las consonantes *t*, *d*, *n*, *l*, *r*, *s*, *c*, no se pierde cuando a esas consonantes precede otra consonante o un diptongo descendente (*pan*, pero *peine*, lo mismo que *carne*; *pez*, pero *cauce*; *mar*, pero *aire*, etc.). Este comportamiento se mantiene a través de la evolución de la lengua hasta el presente: en el castellano del sur de Navarra, cuya pronunciación estudiamos hace años con abundantes inscripciones quimográficas y palatográficas, las oclusivas sordas intervocálicas, *p*, *k*, (y menos la *t*), se pronuncian con tanto relajamiento que la oclusión apenas se cumple más que un par de centésimas de segundo antes de la explosión, y, simultáneamente, como otra manifestación del mismo relajamiento articulatorio, por toda la articulación se extiende una sonoridad imperfecta. Pero cuando a *p*, *t*, *k*, precede un diptongo decreciente (*flauta*, *gaita*, *jaupa!*) la articulación es oclusiva en unas diez centésimas de segundo y la sonoridad falta por completo. Prueba de que la *i* y la *u*, segundos elementos de diptongo, se comportan como consonantes, y no como vocales, en su relación con la consonante siguiente.]

¹ Así en alemán, en pronunciación clara, lo más frecuente es *be'antworten*, *ge'übt*, etc., y también *ide'al*. En este caso, las vocales no entran, por lo general, en contacto.

tiempo, que las vocales se oyen clara y separadamente; p. ej. en italiano *paura*; 3.º Si se pasa gradualmente de la posición bucal de una de las vocales a la de la otra y durante el pasaje se continúa haciendo sonar la voz, no resulta ninguna de las dos vocales, sino un nuevo fonema que pasa por innumerables matices vocálicos, un diptongo o triptongo cuya duración vale por la de una vocal sencilla y que, por tanto, puede ser breve o largo». Con estas consideraciones teóricas yo estoy en completo acuerdo, excepto con la conclusión ¹. Vayamos ahora a su aplicación. El primer caso se presenta, según él, en el español *sa-é-la*, *ra-íz*, *o-ír*, *cré-a*, *rí-es*, etc. (!); el segundo no aparece en español (!), y el tercero se presenta dondequiera que a Förster se le ocurre trazar su arco: inclusive, p. ej., en *ca-erá*, *fe-aldad*, *hé-ro-e*, *hero-ico*, etc. (!). Por el contrario, yo encuentro que el primer tipo de «diptongo» apenas puede ser pronunciado por un aparato fonador español y, de todos modos, no es usual; en cambio el segundo ofrece la pronunciación normal de casi todos los grupos vocálicos españoles; y el tercero, es decir, el diptongo auténtico en nuestro sentido, ocurre a lo más raramente en palabras como *caigo*, *oigo*, en las que, como habitualmente se dice, el diptongo de la primera sílaba se ha formado por atracción de una *i* de la segunda sílaba. Sobre este punto no me hallo todavía plenamente seguro; quizás también en la buena pronunciación española haya aquí que pronunciar sólo vocal + semivocal: *ái*, *ói*, lo que me parece indudable en el caso de *ái* (nunca *ái*). Son posibles pronunciaciones teóricas en las que apenas se pueda distinguir si se dice todavía *ái* o más bien *ái*. No hay frontera rigurosa que separe los diptongos verdaderos de los correspondientes grupos fónicos centrífugos (vocal acentuada + semivocal). Me parece que en Chile no es raro pronunciar *caigo*, *oigo*, *paire* (*padre*) con diptongo verdade-

¹ Como he indicado más arriba detenidamente, el diptongo (por lo menos el auténtico) es de duración media, y no es fácil prolongarlo sin alterar su carácter.

ro, lo que no ocurre nunca, en cambio, en los grupos vocálicos correspondientes a dos sílabas en latín, como *heróico*, *a-irado* ¹, ni tampoco en final de palabra: *estóij*, *sóij*, *(h)áj*.

Los grupos vocálicos del español reciben en Chile tratamiento muy distinto según la cualidad y acentuación de las vocales; asimismo los grupos vocálicos secundarios — es decir, aquellos que sólo han aparecido en la vida independiente del habla chilena por caída de consonantes — no han avanzado por lo general en su evolución tanto como los primarios. Según sean las consonantes en contacto, se produce una serie de finas distinciones.

Vocales originariamente dobles se tornan simples. Ejemplos en palabras son bastante raros, con excepción de *ee*. El apellido *Saavedra* es pronunciado por las personas educadas *sa:bé^dra* ², por el pueblo *sa:bégra* y *sabégra*; *azahares* se reduce a *asare*; *creer*, *leer* se pronuncian popularmente como *ver*: *crel*, *lel*, sin alargamiento especial de la vocal; en el habla culta, *lér*, *crér*, con presión espiratoria y tono ascendentes. Una finca en las inmediaciones de Santiago, *La Dehesa*, es llamada popularmente *laésa*. La pronunciación *rempujar*, *reemplasar* es también la del habla culta y corresponde a la antigua forma con una sola *e*; las artificiales formas académicas *reempujar*, *reemplazar* han trascendido poco en la pronunciación, incluso en España misma ³. No tengo presente ahora ningún ejemplo popular de *ii*, *oo*, *uu* primarios ⁴. Las vocales dobles secundarias resultan especial-

¹ [La pronunciación de los chilenos, como la de casi todos los hispano-americanos, es *heroi-co*, con el diptongo *oi*, como en *estoy*, *oigo*, etc. En España lo más corriente es *heró-ico*. La pronunciación *a-irado* no ocurre ni en España ni en América. Quizá algún accidente ocasional de pronunciación dió pie a Lenz para componer esta distinción de base etimologista.]

² La *a*: es *a* larga con acento descendente (presión respiratoria y altura de tono); ésta es también la pronunciación castellana usual.

³ [*Reempujar* no es forma académica; *rempujar* es rústico por empujar. *Reemplazar* es la forma corriente en España, no *reemplazar*.]

⁴ Ya he hablado de *moho*, *mohoso* y de su pronunciación *mogo*, *mogoso*. En la literatura gauchesca argentina se lee *amojosao*, pero son usuales tam-

mente de la caída de una *d*. En este caso la pronunciación puede ser: 1.º una verdadera vocal doble con dos crestas de acento espiratorio, pero sin cierre ni abertura glótica entre una y otra: *aa*, *oo*, etc. Si es la primera o la segunda de las vocales la que lleva el acento más fuerte, eso depende del estado primitivo; así, pues: *náa*, *tóo*, pero *naándo*. 2.º Mediante una nueva contracción, resulta una sola vocal larga con acento descendente o ascendente: *ná:*, *tó:*; *ná:ndo*; ésta es la forma más frecuente. 3.º Pero no es raro que resulte también una vocal simple: *ná*, *tó*, *amá*, etc. Por lo general, estas tres formas alternan, en un mismo individuo, con una cuarta forma con *d* conservada en mayor o menor grado. Todo depende en cada caso de la posición sintáctica, de la atención del hablante y de su intención expresiva.

Los grupos vocálicos en sílaba no acentuada son en general poco familiares al hispano hablante, y tienden — no sólo en chileno, sino en todas las hablas populares hispánicas y también en el hablar corriente de las personas educadas — a simplificarse, especialmente si se trata de grupos vocálicos que sólo aparecen en cultismos; así, la pronunciación vulgar en español

bién formas como *jedor*, *jediendo* donde la antigua *f* subsiste como *j*, lo mismo que en andaluz actual. En Chile sólo se encuentran todavía restos de *f*- ocasionalmente en formas del verbo *huir*, pronunciado poco más o menos como *ϕuýir*, *huyó* > *ϕuyó*, donde quizá se haya conservado por contaminación con formas como *fué* > *ϕué*. En Chile he escuchado también *ϕuýentár* < *huyentar*. [No hay en la Argentina otros casos de *h* aspirada. Las hablas rurales de casi toda América, como las de Santander, oriente de Asturias, Salamanca, Extremadura y Andalucía, han conservado la *h* aspirada, identificada en la pronunciación con la *j* local; pero Chile y el Río de la Plata hacen excepción, salvo en las palabras aquí aducidas. El chil. *juir* (*huir*) es, sin duda, un caso de *h* conservada, y no de *f*. Sólo que en Chile y la Argentina la *f* y la *j* son fonemas recíprocamente contaminados (*fuego* 'juego', y *juego* 'fuego'), de modo que no es extraño oír en la *j* inicial de *juir*, como en la de *juego*, etc., una fricación bilabial simultánea o alternando con la fricación velar.]

es *individo*, *contino*, *mostro* (*monstruo*); en chileno: *indibío* (también *endibío*), *contino*, *mostro*; además, *reliá* (*realidad*), *casoliá* (*casualidad*), *uropeo* (*europeo*), *Isayĩre* (*Eizaguirre*, apellido), *él se susida* = *suicida* (más popular: *se mata solo*); *ogáo* (*ahogado*). Así se explican también arcaísmos, extendidos aún por toda América, como *unque* (en Chile también *enque*) = *aunque*, *ande* = *aonde* (*adonde*). Asimismo *estáuta* (en Chile también *e'tuata*) por *estatua* y otros casos parecidos de atracción y metátesis pertenecen al español general, así como la vacilación entre *ien-* y *en-* en proximidad de *i* + vocal, especialmente en palabras terminadas en *-encia*, *-iencia*; ejemplos: *diferiencia*, *ausiencia*; *cencia*, *concencia*; y análogamente *inciensio* en vez de *incienso*. Estas últimas formas no son desarrollos populares, sino confusiones de las personas semiilustradas.

Los grupos vocálicos centrifugos ¹ con acentuación en el primer elemento permanecen, en lo esencial, invariables en chileno. Es muy débil la tendencia a pronunciar *ái*, *éi* como verdaderos diptongos, y nunca se da esta pronunciación en el caso de *áu* y otros. Mucho más fuerte es esa tendencia en el Perú, y probablemente también en Argentina. En Tacna se pronuncian formas como *bayáis* (*vayáis*), *áura* (*ahora*), etc. En obras dialectales argentinas encuentro *beile* (*baile*) junto a *bailará*; *reis* (*raíz*), junto a *ray* (*rey*), *raina* (*reina*), e inclusive *trai*, *train*, *traindo*, *cair* (= *trae*, *traen*, *traendo* < *trayendo*, *caer*); *aura* por *ahora*. En cambio en la pronunciación chilena las dos vocales están casi siempre claramente separadas; ejemplos: *tráigo*, *cáigo*, *áire*. Y lo mismo el *ai* secundario ²: *páire*, *máire*. Un bonito ejemplo de «ultracorrección» (Überentäusserung), según la designación de Gartner ³, es la forma *adre* por *aire*, forma que, naturalmente, no es popular sino propia de los

¹ Centrifugos en el sentido de la cruz vocálica de Trautmann, como he explicado más arriba.

² En este caso quizás haya una mayor tendencia al diptongo auténtico.

³ Cf. *Rätorom. Grammatik*, § 25. [Ultracorrección es término atinado, puesto en circulación científica por Menéndez Pidal, *Orígenes del español*.]

*mediopelo*¹; se trata de una falsa analogía con la corrección de la forma vulgar *paire* (*padre*).

áe se conserva: *trae*, *traen*; en sílaba átona se transforma en *ai*: *cairé* < *caeré*, *ailante* < *adelante*.

áo se conserva: *amáo*, *sordáo* (*soldado*), *ráo* (*rabo*); también se conserva *au*: *saue*, *paua*. Pero delante de *r* y de *l* todos los grupos vocálicos terminados en *u* con acentuación descendente (ya sea primarias, ya se hayan originado en el chileno mismo) muestran fuerte tendencia a la consonantización de la *u*, que se cambia en ^b (es decir, ^b formada muy relajadamente, en la que la sonoridad laríngea domina, con mucho, al ruido consonántico). Esta ^b reducida pasa, con mayor o menor claridad, de su anterior posición final en la sílaba primera a la posición de inicial en la sílaba siguiente. Esta tendencia es antigua en español, como lo demuestra *Pablo* < *Paulus*, pero en chileno ha sido continuada; tenemos, pues: *jaula* < casi *jabla*².

ei se conserva las más veces invariable: *peine* (la *e* en general bastante abierta, casi *ei*), *sei*³ (*seis*); *ei* secundario: *créito* (*crédito*), *méico* (*médico*)³. Formas verbales como *serí*⁴ (*seréis*), *vi*⁴ (*veis*), *matí*⁴ (*maléis*) requieren explicación especial por analogía. *éu* se conserva en general invariable⁴. Ya he hablado sobre la tendencia a *öu*: *peumo*, *deuda*; pero delante de *l*, *méyla*,

¹ *Al farmaséclico le dió un adre* (al farmacéutico le dió un aire = 'se resfrió'), es una frase humorística.

² [La consonantización de esta *u* en ^b, *jabla*, *bable* (*jaula*, *bául* < *baúl*), *Abrelío*, *Abrora*, *Rosabra*, etc., ocurre también en Nuevo Méjico, Colombia, Paraguay, la Argentina. En España existe en menor escala. Sobre su carácter hispánico y su extensión, véase A. ALONSO, *Consonantización de u* (*Problemas de dialectología hispanoamericana*, IV).]

³ [La personal concepción de los diptongos que tenía Lenz le hace igualar aquí *ei* en *peine*, *seis* y *créito*, *méico*. Sin embargo, para el sentimiento chileno del idioma tienen decisivas diferencias: *ei* se pronuncia en una sílaba en *seis*, *peine*, y en dos sílabas en *créito*, *méico*.]

⁴ [*Eu* de los nombres propios se hace en Chile *u*, como en el resto de las hablas vulgares y rurales de América y de España: *Ugenio*, *Eluterio* o *Luterio*, etc. Bibliografía en *BDH*, I, pág. 107, nota de Alonso y Rosenblat.]

casi mé-bla = *médula* (sólo esta forma es usual aquí). Sospecho que aquí hay que buscar también el origen de la palabra chilena *pebre*, pronunc. pébre. En España *pebre* significa pimienta, y salsa con mucha pimienta, y es claro que procede etimológicamente del latín *piper*. Pero en Chile *pebre* significa casi exclusivamente 'papilla', y en especial 'puré de papas' (al que precisamente el chileno no suele echar pimienta), mientras que la pimienta se llama *pimienta*, como en casi todas las regiones de España. Esto me hace presumir que haya influido la palabra francesa *purée*, que el chileno es incapaz de pronunciar, y repite, en el mejor de los casos, — he podido comprobarlo en criados míos, — como *piure*. A nadie extrañará que haya habido influencia del francés en una expresión culinaria; si no se admite tal influencia, será muy difícil explicar ese cambio semántico de *pebre*¹.

ói permanece invariable: *oigo, oiga, hoy*. Sólo al vocear los vendedores de periódicos, *de hoy* se transforma a veces en *deí*, y hasta en *déi* y *éi*; así: ¡*La Nación déi!* ¡*La Libertá:i!* (*La Libertad de hoy*).

óu no es un grupo vocálico primitivo en español y aparece casi únicamente como secundario, por ejemplo, *doutor* o *doutol* (*doctor*). En el apellido *Cousiño* es usual reemplazarlo por *au*: *er parque Causiño* (parque nacional de Santiago), *la cervecería e Guble* y *Causiño* (*cervecería de Gubler* y *Cousiño*, la más grande de Santiago).

Los grupos vocálicos centrífugos acentuados en el segundo ele-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

¹ [En toda España y América el galicismo *la purée* ha quedado como *el puré*, con cambio de género y pronuncianco la ü (u francesa) como u (*ou* francesa). También en Chile. Los criados del doctor Lenz no acertarían a pronunciar la ü de *la purée*, pero no tendrían dificultad alguna para pronunciar *el puré*. Es decir: la forma **puré**, que Lenz sospecha mezclada en *pebre*, no existía en Chile, y, por tanto, no podía influir. La forma **puré**, que existía y existe, no ha intervenido, desde luego. Así, pues, la explicación del cambio semántico de *pebre* es difícil, pero hay que buscarla en la historia culinaria de Chile, y no en la imposible intromisión de **puré**.]

mento, como ya hemos visto, tienden indudablemente en todos los dialectos hispánicos a desplazar el acento a la primera vocal. De este cambio acentual tengo ejemplos procedentes de todos los países hispanohablantes de Sudamérica, ejemplos que demuestran que la pronunciación *páis, léido, bául, óido* es usual no sólo en el pueblo bajo, sino también entre personas educadas. No obstante, no me parece imposible que esta acentuación se haya desarrollado independientemente en cada país o, por lo menos, que en español el cambio hubiera comenzado desde luego en la época de la hispanización de América, pero sin acabar entonces todavía de cumplirse. A mi juicio, esta hipótesis es la que por fuerza hay que admitir, en vista precisamente de ciertas formas chilenas ¹. En efecto: mientras en todas partes *aí* se iguala con el antiguo *ái* (*tráido*, lo mismo que *tráigo*), esto no ha ocurrido en Chile; *ái* persistió como *ái*, y en cambio *aí* pasó probablemente a *eí* y luego a *éi* igualándose con el *eí* an-

¹ [Nebrija, en la época del descubrimiento de América, registra ya las formas *véinte, váina, réina, tréinta*, que hasta entonces habían acentuado la *i*. Pero la lengua, al afianzarse las formas gracias a la fijación literaria, no siguió extendiendo esta evolución al resto del vocabulario. Los dialectos de diferentes regiones reanudaron libremente esta evolución después. Lo prueba la misma distribución geográfica del fenómeno. Véase A. ALONSO, *Problemas de Dialectología hispanoamericana* (Buenos Aires, 1930), I, *Cambios acentuales*, págs. 9-37 (publicado también en *BDH*, I, pág. 317 y sigs.). En España diptongan (*cáido*, etc.) Castilla, Navarra, Aragón, Vizcaya, Álava, Albacete; no diptongan León, Extremadura ni Andalucía. En América diptongan todos los países menos las Antillas (donde la tendencia es muy débil), el litoral del Ecuador, algunos Departamentos de Colombia, el Paraguay y la zona guaraníca de la Argentina. El judeo-español no diptonga, excepto en Brusa. Conclusiones: «Aunque se hallan esas acentuaciones en la Argentina como en Méjico, en Chile como en Colombia, no se puede deducir de ello que ya eran generales en la primera época de la colonización, porque las regiones argentinas, paraguayas, colombianas y ecuatorianas que han mantenido las antiguas acentuaciones *páis, baúl*, etc. nos aseguran que los cambios son posteriores. También viene en nuestro apoyo el que en las Antillas, zona de la más temprana castellanización, no hayan alcanzado estas diptongaciones ni la extensión léxica ni la profundidad social que en otras partes de América». Etc.]

tiguo; así, pues, en chileno se dice *cáigo*, *tráigo*, y al mismo tiempo *kéido* (*caído*), *tréido*, como *léido* < *leído*, *créido* < *creído*. Otros ejemplos: *ei* (*ahí*), *péi'* (*país*), *méi'* (*maíz*), *de'béido* (*desvaído*). El mismo desarrollo parece haber seguido el *aé* primitivo, como lo indica *féina* (*φéina*) < *faéna*. Delante de más de una consonante estos *éi* se han reducido a *e*, o bien *aí*, *aé* pasaron directamente a *e*; los ejemplos son ciertamente poco numerosos: el nombre de un camino próximo a Santiago, que se escribe *lo Barahinca* se pronuncia entre el pueblo *lo Barenca*, *maestro* resulta *mestro*, *maestranza* > *mestransa*¹. Las formas verbales de *caer*, *traer* parecen estar sometidas a influencia analógica de *ver*: los infinitivos son *quel*, *trel*; los gerundios, *k'(i)endo*, *triendo*; *traed* ha dado *tre*. Sin duda *quando* podría proceder también de *caendo* (en todo caso, siempre sería esta forma, *caendo*, conservada dialectalmente, y no *cayendo*, la que se admitiera como punto de partida). Debido al sonido prepalatal *k*, el vocalismo de *kéndo* resulta muy parecido al de *viendo*, y por influjo de esta doble analogía ha debido aparecer *triendo*, en lugar de la forma esperable **trendo*. Asimismo la forma de los infinitivos puede explicarse simplemente por razones fonéticas, pues no es usual *ei* delante de *r* final², pero *tré* en vez de *traed* no parece conciliarse con *féina* < *faena*.

Al lado de estas formas con *éi* por *aí* ocurren también las formas con *ái*: *pái'* (*país*), *ái* (*ahí*), *tráido*, pero no pertenecen a las capas más bajas del pueblo, sino a las personas semiilustradas. La pronunciación de *aí*, *aé*, *aú* es en general incómoda para los chilenos, como se advierte en el hecho de que, en esos casos, tienden a dislocar el acento aun cuando el diptongo sea muy reciente; así, la acentuación vacila ya a menudo en los numerosos diminutivos en *-ilo*, como *náíta*, casi como *náita* (*nadita*), *tóito* (*todito*), por ejemplo: *tóito lo día* (*todos los días*); así mismo *curáera*, a veces casi *curáira* (*curadera*, 'borrachera'), etc.

¹ También en el Perú, *mestro*, *mestransa*.

² Lo prueba el infinitivo *réi*, sin *r* (= *reír*), usado también en la Argentina.

aó da úo, coa tendencia a áu: áuga (*ahoga*), áora y aun áura < *ahora* (junto a la forma genuinamente popular *agora*, como en antiguo español). También *áu* > áu: áuma (*ahuma*), sáuma (*sahuma*); con tendencia a **h** delante de *r*, *l*: láure, a menudo ta^bre (*tahur*), baule, a veces ba^ble (*baúl*), donde la *e* paragógica indica claramente la tendencia a evitar el diptongo descendente *au* delante de *r*, *l* y a llevar la **h** al comienzo de la sílaba siguiente, formada expresamente para ese fin. A estos ejemplos de *áu* primario (pues la *h* no cuenta como consonante) hay que añadir *áuja* < *aguja*, de la que ya en textos antiguos se encuentran variantes como *abuja* y *ahuja*. Asimismo *ájero*, con dislocación acentual¹, en vez de *agujero*; entre personas semieducadas, *ájero*. Por lo demás la acentuación de *áu* secundario (procedente de *abú*, *agú*) vacila entre *áu*, *áú* y netamente *áu*; ejemplos: láuna, sáuco, tráuco (*laguna*, *sabuco*, *trabuco*); también es frecuente oír: e'(o son) láuna (*es la una*). En todas estas formas con *áu*, tenemos en Chile — ya lo hemos visto — grupos vocálicos descendentes, no verdaderos diptongos como en alemán *Haus*. En Tacna, por el contrario, esos grupos vocálicos se pronuncian como verdaderos diptongos: láure, báule, áuja, inclusive *sestáugándo* (*se está ahogando*), *se áuga* (*se ahoga*), *astáura* (*hasta ahora*), *es láura* (*es la hora*).

Sobre *éi* < *eí*, *ói* < *oí*, nada tengo que agregar a las formas ya citadas como *léido*, *créido*, *óido*; ciertas excepciones a esta regla en formas verbales corresponden a la morfología.

El *eú* secundario (no conozco *eú* primario) no da *éu*, sino que se comporta como los otros grupos vocálicos ascendentes con *e* como primer elemento, de los que trataré a continuación, y se

¹ Esta manera de dislocación acentual es muy empleada en Chile, como lo es en todos los dialectos hispánicos. Ya he citado *jilguero*, y también *méndigo*. En cultismos es muy frecuente: *cólega*, *plebíscolo*, etc. Cf. CUERVO, *Leng. bog.*, cap. I. [Véase ahora el extenso estudio de AMADO ALONSO, *Cambios acentuales*, en *Problemas de Dialectología Hispanoamericana*, págs. 41-62, recogido en *BDH*, I, 349-370.]

transforma en *iú*; por ejemplo, *mordiúra* (*mordedura*), ¿*kiúbo*? ¿*quiubo*? (¿*qué hubo*?).

Los grupos vocálicos de acentuación descendente que no sean centrífugos permanecen invariables. Son *éa*, *éo*, *óa*, *óe*, *úa*, *úe*, *úo*, *úa*, *úe*, *ío*; creo inútil citar ejemplos. Sólo los grupos *óa*, *úa* parecen tender a insertar entre ambas vocales una *g* o una *b* relajada; por ejemplo, *canoga* o *canoba* < *canoa* ¹.

He oído también muchas veces el apellido *Novoa* pronunciado *Noóba*. La pronunciación usual de *garúa* ('llovizna') y *garuar* es en Chile *garuga* y *garugar*, y hasta suele escribirse la segunda *g*. En Ecuador, Perú y Argentina conozco sólo la grafía *garúa*, que figura también en los diccionarios. Mientras no me sea conocido el origen de esta palabra, no puedo establecer si se trata realmente de *g* epentética; parece proceder del Perú, pero no puedo dar con una etimología quichua adecuada. El diccionario araucano de Febrés, impreso en Lima en 1765, transcribe *garuga*, con *g* ².

En las palabras terminadas en *éo*, *ío*, *úa*, ocurre no pocas veces, que, por falsa analogía, se inserta una *d*, forma que no es propiamente popular, sino «*medio pelo*»; es fenómeno especialmente frecuente en el canto (cf. más arriba, *Estudios chilenos*, IV). En esta pronunciación se basa la frase burlésca *¡Tanto frío! no se puée pasar el rido para ir a ver el tido*], y esta otra:

¹ *Canoa* 'canal de la acequia' es seguramente la misma palabra que *cano* *embarcación*. Véase LENZ, *Dicc. Etim.*, págs. 175, 848, 921.

² La existencia antigua de la *g* parece también asegurada por esta rima:

Con el tiempo y la garuga
todo se arruga.

O también:

Con la frehca y la garuga
toa la vieja se arrugan.

[Garuga se oye también en el Río de la Plata y en Méjico; ver HENRÍQUEZ UREÑA, en *BDH*, IV, pág. 365.]

No ha llegado el correo del Callado (No ha llegado el correo del Callao), que ridiculiza también la forma correcta *llegado*.

eá, eó, eé se convierten, como *eú*, más o menos completamente en *ia, io, ié*; del mismo modo, *oá, oé* pasan a *uá, ué*. Tanto en los *ia, io, ié, uá, ué* de este origen como en los primarios, se suscita la cuestión de si el primero de los dos elementos se hace o no consonántico. Hay que empezar por distinguir dos casos: primero, *i, u* delante de vocal acentuada y en posición inicial; segundo, después de consonante. En el primer caso la ortografía es *y* o *hi* (*yerba, hierba*); en el segundo, *hu* (*huésped, hueso*). Paul Förster habla en todos los casos de «diptongos», excepto en *y* inicial (*verno*), que según él equivale a la *j* alemana; en el grupo *hue* la *h* se pronunciaría ligeramente, tanto si la *h* es «originaria» (*huésped*), como si proviene de *f* (*huelgo*) o ha sido «sobreañadida» (*hueso*). Contra este mito, que reproducen casi todas las gramáticas españolas, de la *h* ligeramente perceptible se alza Escriche en su *Reforma de la ortografía castellana*, tantas veces citada, pág. 46 y sigs.¹ Escriche distingue, con mucho acierto, que *hie, hue* se pronuncian *ye, we*, pero subraya que, en oposición al francés, no aparecen *ye, we* cuando precede consonante: por lo tanto, en español se dice *bien*, en francés *byen*; en español *rueda*, en francés *rwa*. Otro parecer distinto es el de Araujo (en *Phonetische Studien*, III, pág. 314 y sigs.). Según él se pronuncia *weso, ágwa, wéno, kwída*, con la misma *w* que la del francés *trwá* (*trois*); además *θjélo, pronunθjaθjón, pátrja, njégo, pjédra*, pero *yédra*. Por de pronto, creo que Araujo no ha sido afortunado en la elección de su sistema de transcripción fonética. Lo usual es que la *j* designe una consonante pura (*j* del alemán correcto), mientras con *y* se indica generalmente la semivocal intermedia entre *i* y *j* (vocal con ruido consonántico de fricación) que resulta cuando se levanta tanto la lengua, partiendo de la posición de *i*, que se torna perceptible el rumor fricativo, pero no tanto como para

¹ [Véase también A. Alonso y A. Rosenblat, *BDH*, I, pág. 148, nota 2.]

que desaparezca del todo el timbre vocálico. Araujo emplea ambos signos al revés; para él *y* es la consonante pura y *j* la semivocal ¹. Pero además me parece que Araujo yerra también en el fondo de la cuestión. La *y* española de *ya*, *yerno* no es de ningún modo la consonante pura del alemán correcto (del norte de Alemania) en palabras como *Jahr*, *jeder*, y del francés *bjē*. Admitido esto, Araujo quizá tenga buena parte de razón cuando dice que la *i* de *pedra* no es tan consonántica como la *y* de *yedra*; tendría que ser entonces una *i* aspirada muy poco consonántica, que por cierto apenas merecería una transcripción especial ². Me parece que a Araujo le ha confundido, en su grafía *pjédra*, la transcripción del francés; pero el francés *pierre* se pronuncia de manera totalmente distinta. Tampoco me parece lícito transcribir sin más toda *u* española ante vocal

¹ [Los fonéticos alemanes eligieron la **j** para la fricativa sonora dorsopalatal, porque ése es el signo ortográfico en alemán. Esta práctica la adoptó el llamado alfabeto fonético internacional (usado para la enseñanza de idiomas) y es hoy general entre los ingleses (Jones, etc.), que reservan el signo **y** para la **ü**. También algunos fonéticos franceses (Passy y otros) mantienen esa distinción. Pero la mayoría de los autores franceses (Grammont, el *Atlas Lingüístico de Francia*, etc.) y todos los españoles mantienen la **y** para el sonido consonántico (*yeux*, etc.). El sistema consagrado por N. Tomás y la *Revista de Filología Española* para los estudios hispánicos, hoy usado por los hispanistas de todos los países, mantiene una triple distinción: **y** consonántica en *mayo*; **j** simiconsonántica en *pié*; **ï** semivocálica en *aire*.

² [Lenz parece significar aquí, según se comprueba en otros pasajes, que la *y* inicial española no pierde del todo su carácter vocálico, no es tan completamente consonante como la alemana de *Jahr*, es decir que la sonoridad laríngea no va acompañada, en toda su duración, del ruido producido por el soplo en el punto de articulación. Pero lo cierto es que la diferencia se cumple en sentido inverso. Nuestra *y* (*ya*, *yerno*) con gran frecuencia es africada, esto es, iniciada con oclusión, y tiene un marcado frotamiento de fricación, mucho más sensible que en alemán. Esto sin contar ahora las pronunciaciones vulgares y dialectales (Madrid, Andalucía, Río de la Plata), donde el carácter consonántico de toda *y* (no sólo de la inicial) se acentúa mucho más.]

acentuada con *w*, por lo menos en casos como *mwi*, pronunciación contra la que ya habla la ortografía académica con su *y* conservada (*muy*), que supone la acentuación *múy*¹. Asimismo la pronunciación *weno*, *wéi*, — donde *v* es bilabial fricativa (por lo tanto, nuestra *ñ*) —, es meramente teórica². Yo creo que para el buen español es del todo suficiente dejar en las transcripciones, después de consonantes, *i* y *u*. Uno y otro fonema, en esta posición, fácilmente se tornan apenas un tanto consonánticos, y la *w* española de *hueso*, *hueste* sólo tiene muy escaso rumor consonántico y un timbre puramente vocálico de *u*, como la *w* inglesa de *water*. Para los alemanes, sólo es preciso hacer notar que las vocales españolas nunca comienzan con oclusión glótica perceptible y que, sobre todo, *hueso*, *hierro*, etc. empiezan con abertura de la glotis. 'ieño, 'ueso serían pronunciaciones tan falsas como 'ieño, 'ueso, o tan falsas como pronunciando a la alemana jeño, vesó³. Es casi indiferente que, al hablar en español, un alemán trate de pronunciar *luego* o *lwego*; lo que sí debe evitarse es *lu'ego*, como no es raro oírlo aquí en boca de alemanes. Por lo demás, creo que también en buen español vacila ligeramente el grado de consonantización de *i*, *u* según sea la consonante que les precede, lo que en el habla de Chile se percibe con toda claridad.

La *i* seguida de vocal acentuada conserva en general su timbre puramente vocálico después de *b*, *p*, *d*, *t*, *f*, *s*, *m*, *n*, *r*,

¹ [La acentuación *múy* no falta en algunas regiones leonesas; pero la pronunciación española general, lo mismo que la académica, es *mwí*, como transcribía Araujo y como transcriben todos los filólogos modernos españoles y extranjeros hispanistas.]

² [Las transcripciones *bwéno*, *bwéi* corresponden a la pronunciación real de los españoles e hispanoamericanos. Todo el quid pro quo estriba en que para Lenz la *w* no puede representar otro sonido que el correspondiente alemán.]

³ [*Hierro*, contra la creencia de Lenz, se pronuncia normalmente *yéño*, con una *y* consonante, no sólo tan consonante como la *j* alemana, sino con mayor producción de vibraciones consonánticas. A veces es africada.]

l; después de *ɸ* tiende a *y*, y hasta a *j*¹: *byento* (*viento*), *byendo* (*viendo*), *byato* (*beato*). Cuando va precedida de una prepalatal, la *i* se funde con ella más o menos completamente, de suerte que tanto *guie*, *quie* como *gue*, *que* coinciden sus pronunciaciones respectivas en el mismo modo, a saber, *ýe*, *ké*. También *xe* (*ge*, *je*) suena *xe* (casi *xie*, muy avanzada). Cf. más arriba, donde se trata de esas consonantes.

La *u* ante vocal acentuada se conserva las más veces como vocal pura cuando va precedida de *b*, *p*, *d*, *t*, *s*, *l*, *m*, *n*; se pronuncia *w* después de *r*: *perwáno*, *cirwéla*, *řwéa* (*rueda*). La *ɸ* y la *g* se confunden con la *u*, pronunciándose *w*: *wéno*, *wérto* (*bueno*, *vuelto*), *wáso* (*guaso*); lo mismo suenan las combinaciones iniciales *huá*, *hué*, *huí*: *wérto* (*huerto*), *wuébo* (*huevo*), *wiñča* (*huincha*, palabra araucana); después de *n*, la forma más frecuente es *gu*; más raro es *mbu*: *con güero*, *un güeso*, *un güei* (menos popular *um buey*).

El grupo *gu* entre vocales es *w*: *áwa* (*agua*), *iwál* (*igual*), pues la *u* se confunde con la *g* originaria.

La *u* precedida de *f* o de *j* forma *u:ɸ*, una dorso-postpalatal fricativa de la familia de la *u*, con redondeamiento labial característico del chileno, es decir la consonante sorda correspondiente a *w*. La *u* pierde entonces, en mayor o menor grado, su sonoridad, de manera que su transcripción fonética puede vacilar entre *ɸuégo* y *ɸégo* (= *fuego* o *juego*). Después de *k* tampoco es rara la pérdida de sonoridad: *kuál* o *kwál*, *kuénta* o *kwénta*, etc.

No pocas veces aparece clara tendencia a dislocar el acento de *ié*, pero no he logrado hasta ahora hallar las condiciones precisas de ese fenómeno². Así es frecuente oír *un díe* (*un*

¹ [Esto es, tiende a hacerse semiconsonante y hasta consonante. Téngase en cuenta que Lenz representa la semiconsonante con *y*, y la consonante con *j*, al revés que la generalidad de los hispanistas.]

² Mientras que en general la acentuación de *ié*, *ué* en español parece ser estable, recuerdo haber oído un español del norte — creo que de Zaragoza — que acentuaba siempre *cúerpo*, *búeno*, *tiempo*, *siempre*, *líene*, etc. [No de

diez, moneda de diez centavos), es casi normal pronunciar *disiocho* (*dieciocho*), lo mismo como numeral que como sustantivo (en el sentido de 'fiesta del 18 de septiembre', aniversario nacional chileno). Es muy frecuente la pronunciación *říele* y *říle* (*rieles*), *deřilando* (*desrielando*); regularmente *mío* o *míeo* (*miedo*). Junto a *ken* (*quién*) suele oírse *kin*, especialmente en la frase favorita *kin sábe* o bien *kin sá*:

El fenómeno correspondiente en *ue* sólo lo he observado, hasta ahora, en *cu'tión* = *cuestión*, en sílaba protónica; también en la Argentina encuentro documentada la forma *custión*. Es claro que *vío* en lugar de *vió* no corresponde a este capítulo; se trata, como en la forma más completa *vido*, de palabras pertenecientes al buen español antiguo, conservadas, al parecer, en toda América y también en dialectos españoles. (Para *oé*, *oá* sirvan de ejemplo *cuete* (*cohete*), *almuà* (*almohada*).

Una conducta especial siguen los grupos vocálicos *ui*, *iu*, compuestos de dos vocales débiles. Se pronuncia, retrotrayendo el acento moderno (¿conservando el antiguo?), *cúida*, *de'cúido*; en cambio *wítre*, *ungüítre* (*buitre*, según Tollhausen *búitre*, según Booch-Arkossy *búitre*). *řwio* se acomoda, a *řwéa*; si se acentuara *rúido*, la *d* no hubiera podido desaparecer: cf. *cúida*. En general *fuí*, *fué* resulta *fi*, *fe*, o conserva, a lo sumo, restos de una *u* semiensordecida. En Chile, la *u* es en general el fonema más fuerte [del grupo *ui*], como se echa de ver en la palabra *curagüilla* (especie de junco), que se pronuncia *kura-búya*, alternando con *kurawíya*. *Iu* es bastante raro; en *viuda* el acento cae las más veces igualmente sobre ambas vocales;

Zaragoza; sería leonés, quizá de Zamora, donde tales pronunciaciones ocurren. Véase FRITZ KRÜGER, *Westspanische Mundarten*, Hamburgo, 1914, págs. 64-65, y *El dialecto de San Ciprián de Sanabria*, Madrid, 1923, págs. 22-23. Para el oeste asturiano, A. W. MUNTHE, *Anteckningar om folkmalet i en trakt af vestra Asturien*, Upsala, 1887, § 24, y F. HANSSSEN, *Gramática histórica*, § 49. Véase también A. CASTRO, *RFE*, I, pág. 181, y MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes*, pág. 125, nota 2.]

junto a *ciudá* (*ciudad*), suele también oírse en Chile, como en Perú y en otras partes, *suidá*.

Son raras las vocales llamadas «svarabhakti» (epentéticas). Sólo he tomado nota de *engirifao* (*engrifado*) y *kilín* (*clin*).

Agregaré, finalmente, algunas palabras sobre los grupos vocálicos formados por fonética sintáctica. Como regla general puede afirmarse que en el habla culta ninguna vocal cae por completo, fuera de unas pocas pero firmes excepciones como *dél* por *de él* (ejemplo: *la casa de él*). En el habla popular estos casos son numerosos; forman arcaísmos del antiguo español que se han conservado con *estotro*, *estotra* = *este otro*, *esta otra*. El artículo masculino *el*, ante palabras que empiezan por vocal, se reduce a una simple *l*: *e'tá l'ombre*; lo mismo *la* seguida de vocal (*l'ocasión*) y *el*, femenino, seguido de vocal, aun cuando vaya precedido de consonante: *en l'awa* (*en el agua*). Es muy corriente suprimir la *e* de *estar*: *no'tói* (*no estoy*), *ya'tá* (*ya está*); con contracción todavía más violenta, *ontá* = *donde está*; lo mismo el demostrativo *esta*: *entamañana* (*en esta mañana*), *entanoche* (*en esta noche*). Las vocales finales de sustantivos y adjetivos desaparecen a menudo cuando la palabra siguiente comienza con vocal, aun cuando ésta haya pasado a ser inicial debido a la desaparición de una *d* que le precedía: *kárg-e léña* (*carga de leña*); a veces la elisión se hace hasta por sobre una *s* final perdida: *¡pap-i poroto verde!* (grito de los verduleros: *papas y porotos verdes*). No es posible establecer reglas exactas pues el mayor o menor grado de desaparición de la vocal final: depende en absoluto de la rapidez con que se habla. En los textos fonéticos que siguen, señalaré las vocales débiles invirtiendo el signo en *a*, *e*, *i* (*ɐ*, *ə*, *ɪ*), y quebrándolo en *o*, *u* (*ɔ*, *ʊ*).

VII

TEXTOS FONÉTICOS

[Estos textos fonéticos, tal como Lenz los publicó en los *Phonetische Studien* de Viëtor, tomo VI, estaban plagados de erratas y de graves faltas de oído del propio Lenz, especialmente en los acentos y en la representación de las sonoras *b*, *d*, *g*, precedidas o seguidas de *r* o *l*. Lenz transcribió indebidamente con acento *porque*, *aunque*, *bajo* (preposición), *para*, *onde* (*donde*); transcribió indebidamente sin acento *él*, *no*, *tú*, *un*, *una*, *fué*, *más* (muchas veces), *es*, *sol*; se equivocó en *muy* (*múi*). Transcribe con *d* oclusiva *Madrid*, *bodrio*, *muerde* (y muchos casos de *rd*), *remedio*, *-o demonio* (y otros casos semejantes); con *g* oclusiva, *cargado*, *algo*. En *Algele* interpretó la *g* como *gue*.

Hemos tenido que subsanar las erratas y los yerros más evidentes, pues importa aquí más el conocimiento del español chileno que la historia de los aciertos y descuidos de los dialectólogos. Para las enmiendas hemos tenido en cuenta las minuciosas explicaciones del propio Lenz y nuestro personal conocimiento del español chileno. Respetamos la teoría de Lenz — razonada, aunque equivocada — sobre los diptongos, y mantenemos las transcripciones con dos vocales cuando él así las puso: *biento*, etc. En trozos populares transcribe Lenz con diptongo, según su teoría, pero representando con *y* el primer elemento: *byénto*. Nosotros hemos reservado y sistemáticamente para representar la consonante, y hemos puesto *j* para la semiconsonante primer elemento de diptongo. Otras alteraciones de signos hemos hecho para transcribir la *rr*, que Lenz representaba con *ř* y nosotros lo hacemos con *ṛ̌*, y para transcribir el grupo *tr*, que Lenz representaba con *tř* y nosotros con *tṛ̌*. En los *Estudios*, Lenz alternó ambas notaciones. En la realidad, la *rr* y la *r* tras *t* tienen en Chile pronunciación asibilada, pero todavía el timbre de ambos fonemas se reconoce sin duda como de la familia de las *erres* y no de las *eses*; es decir, su estrechez articulatoria tiene forma alargada básicamente, aunque con contaminación de redondeamiento. Esto para la Fonética acústico-fisiológica; para la Fonología, que se ocupa de los fonemas como entidades ideales que forman el sistema de signos sonoros de una lengua, sin vacilación alguna ambos fonemas son *rr* y *r*. Queda el lector, pues, advertido de lo que los presentes textos fonéticos significan.]

1. *Lengua conversacional culta.*

DE ANTONIO DE TRUEBA, *Narraciones populares* (Leipzig, Brockhaus, Colección de Autores Españoles, XXXIII), pág. 6 y sig.: *El Cura de Paracuellos*, cap. II, con algunas omisiones.

Un Grande de España abandonaba con frecuencia su palacio de Madrid y se iba a Algete. ¿A que no saben Vds. a qué iba? Pues iba a sacar la tripa de mal año, porque le sucedía una cosa muy rara: no podía atravesar bocado en su casa, aunque su cocinero estudiaba con el mismísimo demonio para abrirle el apetito, y en Angete comía como un sabañón del bodrio cargado de pimentón y azafrán con que se alimentaban, tumbados con él en los surcos, los trabajadores de una posesión que tenía allí...

Pepillo se apresuró a bajar de los cerros, saliendo al encuentro de aquel señor con el libro bajo el brazo y el sombrero, gorra o lo que fuese, en la mano.

— Muchacho, le dijo el Grande, ¿qué es lo que todos los días lees con tanta atención en esos cerros?

— Señor, leo unos libros muy sabios, le contestó Pepillo chispeándole los ojos de admiración y entusiasmo al hablar de los libros que leía.

— ¿Y lees para entretenerte o para instruirte?

— Para instruirme, señor.

— ¡Hola! ¿Conque quisieras ser sabio?

— ¡Vaya si quisiera!

— Pues para tu oficio no se necesita saber mucho.

— Señor, el saber en todos los oficios es bueno. Mi padre, que esté en gloria, decía que el saber no ocupa lugar, y tenía mucha razón.

un grande de pána-abandonába¹ kon frekuénsia su palásio de ma-drí i se-ibā-alχéte ɟa ke nó sáben u'tée(s) a ké íba? pue-sibā sakál la trípa² de máláno, porke le suse^die-una kósa mui řára³: no podía-atra-berár bokáo-en su kása, auŋke su kosinéro e'tu^diába kon el mi'misimo demónio para-abrille lapetito, y⁴ en alχéte komia kom(ə) un sa^bañón del bódrío kargáo de pimentón y asafrán koŋ ke sə-alimentá^ban, tumbáo^c kon él en lo-súrko^c, lo^ctrabaxa^(d)óre δə-úna posesión ke teni-ayí. . .

pepiyo sə-apresuró-a baxár de lo-séřo^c, saliénde-al enkuéntro ðəakél señór kon el libro baxo-el bráso y el sombréro, góřa o lo ke φ(u)éseən la máno.

— mučáčo, le^(d)ixo əl grande, ɟké^clo ke tó^(d)o lo ðia^c lé^c kon tánta-atensión en éso-séřo^c?

— señór, léo uno^c libro^c mui sábio^c, le konte^ctó pepiyo, či^cpeáñdole lo-sóxo de a^dmirasión i entusiá^cmo al ablár de lo^c libro^c ke leia.

— ɟi lé^c parə-enjretené.ite o parə-i(n)^ctruíte?

— parə-i⁽ⁿ⁾^ctruírme, señór.

— ¡óla! ɟkoŋke kisiéra-ser sábio?

— ¡báya si kisiéra!

— pue^c para tu ofisio no se nesesíta saber múčo.

— señór, el saber en tó^(d)o^c lo-sofisio-sé^c wéno. mi pá^dre ke^cté-ŋ glória desía kel saber no-okúpa lugar, i tenia múča rasón.

¹ Las palabras unidas con doble guión se pronuncian ligadas, con especial relajamiento en el caso de las vocales representadas por **ɐ**, **ə**, **ɪ**, **ʊ**, **u**. Las consonantes que se transcriben con tipo pequeño, sobre el renglón, se articulan relajadamente; las que van entre paréntesis pueden desaparecer del todo.

² La mayoría de los hablantes pronuncian siempre **ɪř**.

³ La mayoría pronuncian como **ř** la **r**- inicial.

⁴ y seguida de vocal, generalmente **y**.

— Ciertamente que la tenía. ¿Y tú piensas pasar la vida guardando toros?

— Si no hay otro remedio, me contentaré con eso, aunque tengo esperanzas de ser algo más...

2. Lengua popular

El relato siguiente, que tiene en Chile general difusión, aunque con diversas variantes, y que por su estructura recuerda mucho un cuento alemán¹, se transcribe aquí según fué narrado por una anciana de Ñuñoa. Doy, a dos páginas, la pronunciación chilena y el texto con ortografía española, y agrego algunas notas para facilitar su comprensión.

LA AVERIGUACIÓN DE LA TENCA²

Una vieja estaba pelando un día dos granos de trigo, y la tenca le comió uno, y la vieja le echó la maldición que la helada tenía que quemarle una patita.

Un día fué la tenca donde³ la helada y le dijo:—Helada, le dijo, ¿por qué sois tan brava que me quemáis la patita a mí?

Y la helada le contestó:—Más bravo es el sol que me derriete⁴ a mí.

Y entonces va la tenca donde está el sol y le dice:—Sol, ¿por qué sois tan bravo que derretís⁴ la helada y la helada me quema la patita a mí?

¹ «Der Herr der schickt den Jockel aus, er soll den Hafer schneiden; der Jockel schneid't den Hafer nicht und kommt auch nicht nach Haus», etc.

² *Mimus thenca*, pájaro cantor muy común en Chile.

³ *Donde* usado como preposición (= francés *chez*) es también muy usual entre las gentes cultas.

⁴ *Derretir* > *re(d)ilir*. Cf. español general *rededor* < *derredor*. Es trueque muy frecuente en Chile y más aún en el habla rústica de la Argentina: *reóta* < *derrota*; arg. *redemente* < *de repente*.

— siéitamente ké la tenía. ¿i tú piénsa' pasál la bída wardándo tóro?

— si nó ay-ótro řemédío, me kontentaré kon éso, aunke ténge-e'peránsa' de sér álgo má'...

(Hemos representado la pronunciación con que lee ese trozo un chileno culto, siempre que no pretenda mostrar que habla «castellano puro» (por lo demás, aun en ese caso la pronunciación no resultaría mucho más pura). En la conversación, la generalidad de los chilenos presentarán todavía más rasgos dialectales que los indicados en nuestro ejemplo, tales como tř en lugar de tr, a veces -l final en lugar de -r, etc. Las variantes intermedias son innumerables).

labiriasión de la třénka

úna řjéxa tá^(b)a pelánde ún día dó gráno e třigo, i la třénka le komió úno, i la řjéxa leó la mardisión ké lelá tenía ké kémálló úna patíta.

ún día qué la třénka onde lelá i le íxo: — elà, le íxo, ¿porké sói tam brá^(b)a ké me kémái la patít-a mí?

i lelá le konte'tó: — má řráo é-ej sól ké me řéitó a mí.

yeñtónse bá la třénka ontersól i le íse: — sól, ¿porké sói tam bráo ké řéitillelá i lelá me kéma la patít-a mí?

El sol le contesta:—Más bravo es el nublado que me tapa a mí.

La tenca va donde está el nublado y le dice:—Nublado, ¿por qué sois tan bravo que tapáis al sol, y el sol derrite la helada, y la helada me quema la patita a mí?

—Más bravo es el viento que me corre a mí.

La tenca va donde está el viento y le dice:—Viento, ¿por qué sois tan bravo que corrís al nublado y el nublado tapa el sol, el sol derrite la helada y la helada me quema la patita a mí?

—Más brava es la pared que me ataja a mí.

La tenca va donde la pared y le dice:—Pared, ¿por qué sois tan brava que atajáis al viento, y el viento corre al nublado, y el nublado tapa al sol, y el sol derrite la helada, y la helada me quema la patita a mí?

—Más bravo es el ratón que me agujerea a mí, — le dijo la pared.

Entonces la tenca va donde está el ratón y le dice:—Ratón, ¿por qué sois tan bravo que agujereáis a la pared, y la pared tapa al sol... Etc.

—Más bravo es el gato que me caza a mí...

—Gato, ¿por qué sois tan bravo que cazáis al ratón...?

—Más bravo es el perro que me muerde a mí...

—Más bravo es el palo que me mata a mí...

—Más bravo es el fuego que me quema a mí...

—Más brava es el agua que me apaga a mí...

—Más bravo es el buey que me traga a mí...

—Más bravo es el hombre que me mata a mí...

—Más bravo es Dios que me hace a mí...

Entonces la tenca va donde está Dios y le dice:—Señor, le dice, ¿por qué sois tan bravo que hacéis al hombre, y el hombre mata al buey, y el buey traga el agua, y el agua apaga el fuego, y el fuego quema el palo, el palo mata al perro, el perro muerde al gato, el gato caza al ratón, el ratón agujerea la pared, la pared ataja el viento, el viento corre al nublado,

er sól le konté'ta: — má bráo é-eɹ nubláo ke me táp-a mí.

la tŕęŋka bá ontáj nubláo i le ise: — nubláo, ɟporké sói tam bráo ke tapái aɹ sól, yeɹ sól řeite lelá, i lelá me kéma la patít-a mí?

— má bráo é-er bięnto ke me kóřə a mí.

la tŕęŋka bá ontár bięnto i le ise: — bięnto, ɟporké sói tam bráo ke koří(s) aɹ nubláo, yeɹ nubláo tápə eɹ sól, eɹ sól řeite lelá i lelá me kéma la patít-a mí?

— má brá^(b)a é' la paér ke mə atáx-a mí.

la tŕęŋka bá onde la paél i le ise: — paél, ɟporké sói tam bráa ke ataxái ar bięnto yer bięnto kóřə aɹ nubláo yeɹ nubláo tápaɹ sól yeɹ sól řeite lelá i lelá me kéma la patít-a mí?

— má bráo é-eřřatón ke mə auxeré-a mí, — le ixo la paél.

eŋtónse la tŕęŋka bá ontářřatón i le ise: — řatón, ɟporké sói tam bráo kə auxeriái a la paél, i la paér tápa-ɹ sól... *Etc.*

— má bráo é-er gáto ke me kás-a mí.

— gáto, ɟporké sói tam bráo ke kasái ařřatón...?

— má bráo é-er péřo ke me muéɹde¹ a mí...

— má bráo é-er pálo ke me mát-a mí...

— má bráo é-er qégo ke me kém-a mí...

— má brá^(b)a é láwa ke mə apág-a mí...

— má bráo é-er wéi ke me tŕęg-a mí...

— má bráo é lómbre ke me mát-a mí...

— má bráo e díó' ke mə ásə a mí.

eŋtónse la tŕęŋka bá oŋtá díó' i le ise: — seŋól, le ise, ɟporké sói tam bráo ke así(s) alómbre i lómbre mát-ar wéi yer wéi tŕęga láwa i láwa apágál qégo, er qégo kémal pálo, er pálo mát-ar péřo, er péřo muéɹde ar gáto, er gáto kás-ařřatón, eřřatón auxeréa la paél, ɹa paér

¹ muéɹde. La segunda persona [morfológicamente plural], que aparece en el trozo suprimido, es moɹdí'. Así también matái', kémái', etc.

el nublado tapa al sol, el sol derrite la helada y la helada me quema la patita a mí?

Y Dios le contesta:—Más bravo soy yo que te mato a vos. — Y le dió un papirote y la mató, y feneció la averiguación.

La calchona ¹

Éstos eran dos casados que vivían en el Salto ²; tenían quinta, siembras y tres niñitos. El marido salía a trabajar. Lo que ³ el marido salía a trabajar, venía ella y se echaba unos untos, que tenía debajo del catre, y salía ella, pues, hecha oveja escondida del marido y dejaba los niñitos solos. Y una vez llegó el marido y no la halló. Y preguntó por ella. Le dijeron los niñitos que había salido y se fué él para su trabajo. Cuando llegó, se enojó con ella y le preguntó dónde andaba, y le dijo que había ido a hacer una diligencia. Y al otro día, cuando se fué el hombre para el trabajo, le dijo que no fuera a hacer lo que hizo ayer. Entonces ella le dió rabia y lo hizo adrede. Y el hombre les había dejado dicho a los niñitos que la aguaitaran. Lo que salió él, entró ella para adentro de la casa y los niñitos la fueron a aguaitar, y la vieron que sacó unas ollitas que tenía debajo del catre y se echó por todo el cuerpo y salió hecha oveja y salió ⁴. Se fué; y el niñito que la aguaitó no lo vió ella. Fué el niñito que la aguaitó y les dijo a los otros: «Mi mamita salió hecha oveja». Y el del medio ⁵ le dijo: «Vamos a echarlos ⁶ nosotros también para seguir a mi mamita, a ver dónde va». Y se echaron y quedaron a la orilla del fuego hechos zorritos. En esto llega el padre y los

¹ *Calchona* 'bruja'. Este cuento es de la misma fuente que el anterior.

² Hay varios lugares de este nombre en las inmediaciones de Santiago.

³ *Lo que* 'cuando'. Muy usual. [También en la Argentina.]

⁴ Doble significado de *salir*: 'resultó convertida en oveja y se alejó de la casa'.

⁵ Es decir, el hijo mediano, el segundo.

⁶ *Echarlos*, usado para la primera persona plural = *echarnos*.

atáx-ar biénto, er biénto kóřə aɹ nubláo eɹ nubláo táp-aɹ sól, eɹ sól
řeíte lelə i lelə me kéma la patít-a mí?

i dió' le koñté'ta: — má bráo sói yó ke te máto a bó, — i le dió um
papiróte i la mató, i ϕenesió labiriwasióñ.

la kalçóna

é'to' éran dó' kasáo ke bibían en eɹ saɹto, teniaɹ kinta, siembra'
i tře' niñito. er marío salí-a tře(b)axál. lo kel marío salí-a tra(b)axál
benía éya i s-eçába únosúñto ke tenía ðebáxo el kaɹře i salía éya, pué',
éç-obéxa e'koñdier marío i ðexába lon niñito sólo. yúna bé' yegól marío
i no layó. i preguntó por éya. leiçéron lo' niñito kə abía salío i se ϕé
él pa su třeabáxo. kuáñdo yegó, senoxó kon éya i le preguntó óñðə aɹ-
ðába i le íxo ke abía éido asér únə eliçénsia. yəl ótře día kuando se
ϕé lómbre pal třeabáxo le íxo ke nó ϕéra asél lo ke iso ayél. eñtóⁿse
éya le dió řábia i lo iso airér. yel ómbre le' abía exáo ðiço a lon ni-
ñito ke lawoitáran. lo ke salió él, eñtře éya paéñtře e la kása i lo' ni-
ñito la ϕéron awoitál, i la biéron ke sakó úna' oyíta ke tenía ebáxo əl
kaɹře i seçó por tó er kuérpo i salió éça obéxa i salió. se ϕé; yel ni-
ñito ke lawoitó, no lo bió éya. ϕé er niñito ke lawoitó i le ðixo a lo'
ótře: mi mamíta salió éç-obéxa. yel ðer médio le íxo: bámo' a eçálló'
losótře¹ tamién, pa seýir a mi mamíta, a ber óñde bá. i seçáron i kíáron
a loríya er ϕégo éço sořito. en é'to yéga ər páire i lo' ayó eço sóřo.

halló hechos zorros. Y él tan enojado les preguntó: «Y tu mamita ¿dónde está?» Y el mayor le contestó: «Salió hecha oveja». Y el hombre le preguntó: «Y los untos, ¿dónde los deja?» Y el niño se los fué a entregar. El padre les echó untos a los chilillos y los hizo cristianos¹ y entonces agarró las ollas y las disparó para afuera. Hizo tira los untos y los echó al fuego. Cuando llegó ella tan enojada y le dijo: «¡Ya no me veréis más!» y salió a andar y en los pedacitos que quedaban de las ollitas, el pegadito² se echó ella hasta mitad del cuerpo; quedó la mitad hecha cristiana y la mitad hecha oveja; y se salió a andar y se fué al convento de la Domínica y de ahí la corrieron y se fué ella. Y ya él se fué a confesar del pecado que cometió y ningún padre lo absolvió; y lo mandaron para Roma y por allá quedó él, y ella quedó hecha oveja aquí. La corretearon los niños, y la machucaron mucho, hasta que se murió. Y se acabó el cuento.

¹ *Los hizo cristianos.* La expresión más usual es *volverse gente*. Por lo demás, también *cristiano* suele usarse como 'gente, hombre'.

² Es decir, la bruja se untó con los restos que había en los trozos de las ollas.

yéɹ ʃan enoxáo le' preguntó: i tu mamita ¿ónde 'tá? yer mayól le koŋte'tó: salió éċ-obéxa. yel ómbre lè preguntó: i los úŋto, ¿ónde lo éxa? yeɹ niŋito se lo qé a enʃregál. el páire leċó úŋto a lo' ċikiyo i lo' iso kri'tiáno yeŋtóⁿse agařó la' óya i la' e'paró pa qéra. iso tira los úŋto i lo eċó ar qégo. kuando yegó éya tan enoxá i leixo: yá nó me beri'má', i salió aŋdár yen lo' peasíto ke keábaŋ de la' oyíta er pegaito seċó éya a'ta mitá er kuérpo; keó la mitá éċa kri'tiána i la mitá éċa obéxa; i se salió aŋdár i se qé ar kombéŋto e la ċominika i déi la kořiéron i se qé éya. i yá éɹ se qé a koⁿqesál der pekáo ke kometió i niŋgúm páire lo iⁿsorbió¹; i lo maŋdáron pa řóma i puayá keó él, yéya keó éċ-obéxa akí. la kořetiáron lo' niŋo, i la maċukáron múċo a'ta ke se murió. i sə akabó ər kuéŋto.

Para terminar, quisiera insistir una vez más en que las observaciones hechas en estos *Estudios chilenos* no aspiran de ningún modo a ser completas. Un dialecto vivo es tan rico que nunca puede describirse en forma acabada. Sobre mis sospechas de influencia araucana en la pronunciación chilena volveré nuevamente en otro lugar. Pronto he de publicar una morfología del español de Chile — dispongo ya del material casi completo — y también contribuciones lexicográficas al diccionario español y estudios de folklore chileno². No puedo cerrar estas líneas sin expresar la más viva gratitud a mi discípulo D. Luis Trujillo por la múltiple ayuda que me ha prestado

¹ *Inorbió*: No es proceso fonético regular, sino deformación de la palabra culta, sólo usada en el lenguaje de la iglesia.

² [Lenz no llegó a publicar un estudio de la morfología del español de Chile; lo único que tenemos de él en este terreno es su *Zur spanisch-amerikanischen Formenlehre*, en la *ZRPh*, 1891, que incluimos en este volumen (*Sobre la morfología del español de América*). Su contribución lexi-

para mis trabajos, especialmente en la recolección del material lingüístico y literario: canciones populares, dichos, proverbios, narraciones, etc., tarea en que, como genuino hijo del pueblo, demuestra especial maestría. No son muchas, en Chile, las personas cultas que no hablen con desdén del bajo pueblo. No es que únicamente en la joven América vayan unidas la semi-ilustración y la vanidad; pero aquí las excepciones parecen todavía más raras que en otras partes. Y tanto más honrosas.

Santiago de Chile, 9 de marzo de 1892.

cográfica al diccionario español es el *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*. Santiago de Chile, 1905-1910. A estudios de folklore chileno dedicó numerosísimos trabajos publicados en los *Anales de la Universidad de Chile* y en otras revistas científicas.]